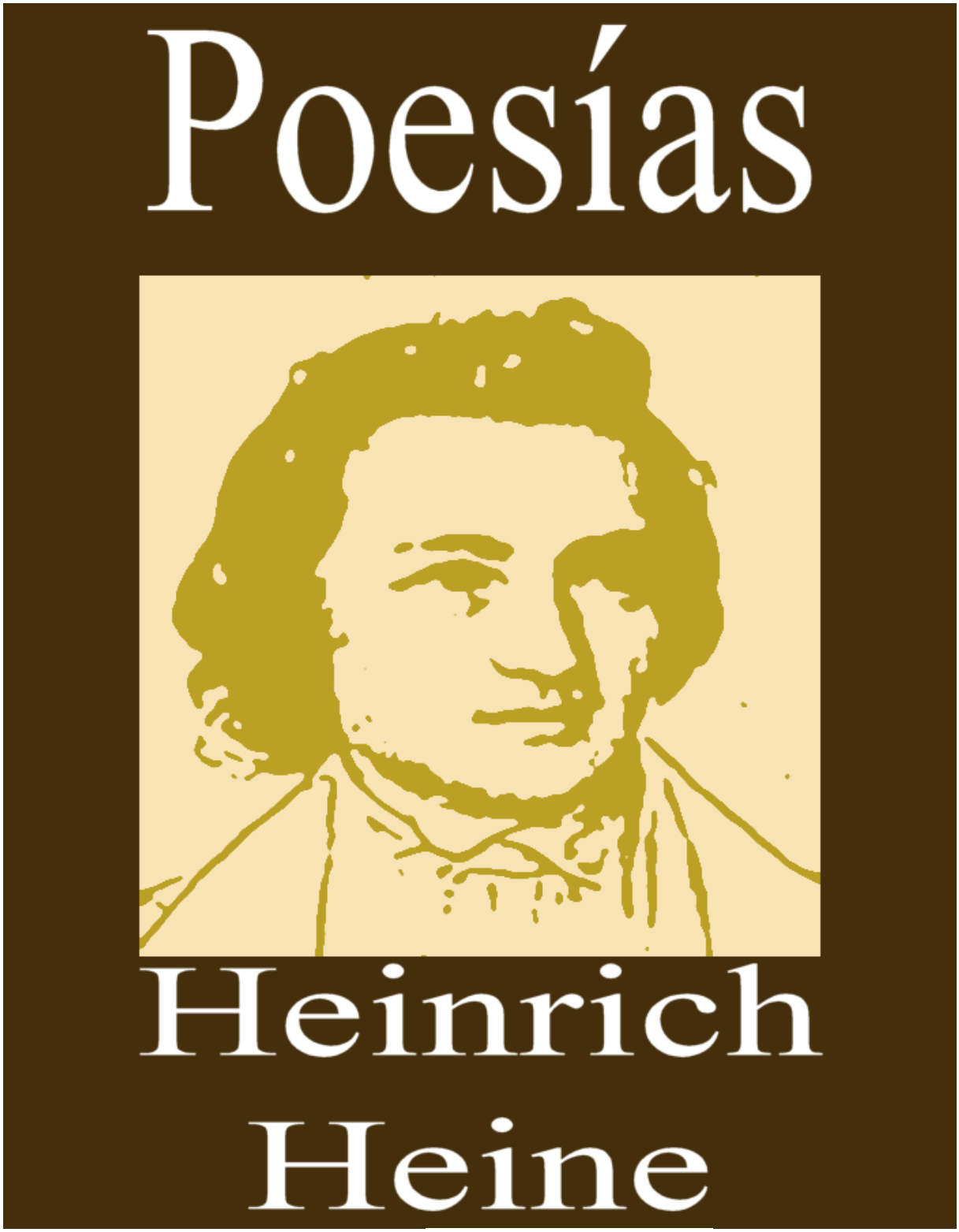
Poesías
Heinrich Heine



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Libro de los Cantares

Prólogo de la tercera edición

Este es el viejo bosque aún hechizado:
los tilos aromáticos florecen;
para endulzar mi corazón hastiado
los rayos de la luna resplandecen.

Penetró en él con indecisa planta;
oigo voz melodiosa en las alturas:
es el oculto ruiseñor que canta
amores y amorosas desventuras.

Canta con melancólica alegría
tristes goces, pesares halagüeños;
y es tan dulce su voz, que al alma mía
vuelve otra vez los olvidados sueños.

Sin detener el pie, sigo adelante;
y surge entre los árboles obscuros
un alcázar tan alto y arrogante
que al cielo tocan los audaces muros.

Cerradas todas las ventanas miro,
y silencio tan hondo en él se advierte,
que parece ese lúgubre retiro,
la mansión misteriosa de la Muerte.

A la puerta, una esfinge: forma horrible
y bella al par; amable y pavorosa:
el cuerpo y garras de león temible,
el busto y seno, de mujer hermosa.

El ansioso deseo centellea
en sus inquietos ojos penetrantes;
sus rojos labios, que el deleite arquea,
sonríen satisfechos y triunfantes.

Y entona el ruiseñor tan dulce trino
que ya el impulso resistir no puedo;
y al besar aquel rostro peregrino,
en la traidora red prendido quedo.

La Esfinge sepulcral se agita y mueve;
respira el duro mármol y solloza;
cual vampiro voraz, mis besos bebe,
y absorbiendo mi sangre, triunfa y goza.

Sedienta apura mi vital aliento,
y me abraza después de tal manera,
que en mis entrañas destrozadas siento
las implacables garras de la fiera.

¡Dolor que embriaga! ¡Dicha que sofoca!
¡Sin límites las penas y los goces!
¡Néctar del cielo en su incitante boca!
¡En su garra cruel ansias feroces!

Y canta el ruiseñor: «¡Hermosa Esfinge!
¡Oh soberano Amor! ¿Qué ley tirana
toda ventura que nos das restringe
y con mortal tribulación la hermana?»

Ese problema, que mi dicha trunca,
resuelve, Amor, causante de mis daños:
yo no he podido resolverlo nunca,
y estoy pensando en él millares de años.

Cuitas Juveniles

(1817-1821)

Ensueños

- 1 -

Soñé un tiempo feliz mirtos y rosas,
tiernos halagos y febril pasión,
dulces labios, palabras engañosas,
y cantares de notas temblorosas
llenos de melancólica emoción.

Disipáronse -¡ay Dios!- aquellos sueños
y la imagen triunfal, de ojos risueños,
que en ellos siempre, como reina, vi;
sólo quedan -¡recuerdos halagüeños!-
los que en mis rimas encerré y fundí.

Vosotras ¡oh mis huérfanas canciones!
como aquellas soñadas ilusiones,
disipaos también, raudas volad;
y a las que tanto amé, dulces visiones,
este suspiro abrasador llevad.

- 2 -

Tuve un sueño -¡extraño sueño!-
aterrador y halagüeño,
pavoroso y dulce al par;
en desecharlo me empeño,
y aún me está haciendo temblar.

Era un jardín: más primores
en ninguno jamás vi;
sin afanes ni temores,
contemplaba yo las flores;
mirábanme ellas a mí.

Las aves, en dulce coro,
cantaban himnos de amor;
rojo sol, de rayos de oro,
daba con triunfal decoro
un matiz a cada flor.

Prestábale su ambrosía
al aire el fresco vergel;
todo brillaba y sonreía;

todo en él resplandecía,
todo enamoraba en él.

En taza de mármol bella
brotaba allí un manantial;
hermosísima doncella
lavaba afanosa en ella
un blanco y luengo cendal.

Llena su mirada amante
de luz estaba y candor;
trenzas de oro su semblante
coronaban, semejante
al de un ángel del Señor.

La contemplaba y crecía
la grata ilusión en mí;
con interior alegría
reconocerla quería,
aun cuando nunca la vi.

Cantaba con voz doliente,
con acento angelical:
«Lava, lava, clara fuente,
lava, límpida corriente,
lava este blanco cendal.»

Acerquéme. conmovido,
y con ansioso interés,
le dije, casi al oído:
-«Ese lienzo, ángel querido,
¿me dirás para quién es?»

-«Prepara el ánimo fuerte:
lo que estoy lavando yo,
es tu sudario de muerte.»
Y cuando habló de esta suerte,
al punto despareció.

Por arte de hechicería
halléme en selva sombría
de arboleda secular;
asombrado, no sabia
ni qué hacer, ni qué pensar.

Escuché lejanos ecos,
como golpes de hacha secos;
rompiendo breñas corrí,
y de la selva en los huecos
un claro espacioso vi.

Encina altiva y pomposa
alzábase en medio de él;
y allí mi virgen hermosa

aquella encina frondosa
hería con hacha cruel.

La hería con vivo empeño,
cantando extraño cantar:
-«Hacha de brillo risueño,
hiere, hiere el duro leño;
él las tablas me ha de dar.»

Acerquéme sorprendido,
y con secreta emoción
le dije casi al oído:
«Las tablas, ángel querido,
¿me dirás para quién son?»

-«Aproximase la hora:
tu propio féretro ves».
Tal, con voz aterradora,
contestó la encantadora;
y desapareció después.

Llanura desierta y fría,
sin límites se extendía:
al verme en aquel lugar,
asombrado, no sabía
ni qué hacer, ni qué pensar.

Caminando a la ventura,
Una imagen distinguí
de inmaculada blancura;
la doncella hermosa y pura
estaba también allí.

Afanosa hería el suelo
con un pico brillador;
la miré con vivo anhelo,
y me dio grato consuelo
y a la vez vago estupor.

Heria el suelo afanosa,
cantando extraño cantar:
-«Cava, buen pico, una fosa;
cava una fosa espaciosa,
cava, cava sin cesar.»

Acerquéme estremecido,
y con creciente interés
le dije, casi al oído.
-«Esa fosa, ángel querido,
¿me dirás para quién es?»

Contestóme breve y presto:
-«Está ya todo dispuesto:
esta fosa es para ti».

Y a mis pies, al decir esto,
abierta la fosa vi.

Miré al fondo, y vi la fría
obscuridad con pavor;
me asustaba y me atraía,
y cuando en ella caía,
desperté lleno de horror.

- 3 -

Vime en sueños a mí mismo,
ceremonioso y formal,
todo vestido de gala,
guante blanco y negro frac.
Encontrábame delante
de mi adorada beldad,
y haciéndole reverencia,
díjele afable y galán:
-«Si sois vos, señora mía,
la hermosa que va al altar,
si sois vos, señora mía,
mis plácemes aceptad».
Sentí, cuando así le hablaba,
escalofrío glacial;
se me anudó la garganta,
y no pude decir más,
Rompió la hermosa de pronto,
rompió de pronto a llorar,
y sus lágrimas borraron
su imagen angelical.
¡Ojos claros y serenos,
astros de amor y de paz,
mil veces en gratos sueños
me habéis engañado ya;
mil veces también, despierto,
me volvisteis a engañar,
y a pesar de tanto engaño,
por mi bien o por mi mal,
he de dar crédito a todo,
a todo cuanto queráis!

- 4 -

Vi en sueños un hombrecillo
chiquitín y petulante,
que alargando bien las zancas,
andaba estirado y grave;
muy planchada la pechera,
muy acicalado el traje,
Por dentro, tosco y grosero,

insolente y miserable;
por fuera, trazas ilustres,
ribetes de personaje;
en dichos, un Alejandro;
en hechos, un badulaque.
-«¿Quién es, me preguntas? Mira
y te lo pondré delante».
Así el Dios de los Ensueños
me dijo y en los cristales
de un espejo, vi moverse
tropel de extrañas imágenes.
Estaba el buen hombrecillo
al pie del altar; mi amante
también; al *sí* que él decía,
con otro *sí* contestábale;
y gritaban con gran bulla
todos los demonios: *¡Amen!*

- 5 -

¿Qué inesperada fiebre me devora?
¿Qué ponzoñosa indignación me inflama?
Hierve en mis venas sangre abrasadora;
arde en mi pecho repentina llama.

Un sueño -¡triste augurio del destino!-
mi pobre corazón hizo pedazos:
el hijo infausto de la Noche vino
y palpitante me llevó en sus brazos.

Transportóme en sus brazos voladores
a una mansión magnífica y brillante;
todo eran luces, músicas y flores:
abierto un salón vi; pasé adelante.

Allí, nupcial festín: mesa fastuosa
estaba ya servida y bien poblada.
A los novios miré: la nueva esposa
-¡qué sorpresa, gran Dios! -¡era mi amada!

Era mi amada, como siempre, bella:
y era un desconocido el nuevo esposo.
acerquéme temblando, y detrás de ella
aguardé conmovido y silencioso.

La música sonaba, y de amargura
llenaba, aún más, mi corazón herido:
ella estaba radiante de ventura;
él su mano estrechaba embebecido.

Y llenando la copa transparente,
la probaba, y después se la ofrecía:

ella, al labio llevábala sonriente
y era mi sangre ¡ay Dios! lo que bebía.

Una manzana de purpúreo brillo,
ella, amorosa, entonces le brindaba;
hincaba él en la fruta su cuchillo;
¡y era en mi corazón donde lo hincaba!

Mirábala después con embeleso,
tendía a su cintura el brazo fuerte,
besábala por fin, ¡y el glacial beso
sentía yo de la aterida Muerte!

Hablar quería, pero el labio mío
mudo estaba al reproche y a la queja;
la música rompió con mayor brío;
lanzóse al baile la feliz pareja.

Giró en torno de mí vertiginosa
la multitud gentil y alborozada;
el esposo, en voz baja, habló a la esposa,
que encendida le oyó, más no enojada.

Y huyendo la enfadosa compañía,
salieron del salón con pie furtivo;
yo les quise seguir, y no podía:
estaba medio muerto y medio vivo.

Junté las fuerzas que el dolor nos roba,
y por palpar mi desventura cierta
llegué arrastrando a la nupcial alcoba,
y dos viejas horribles vi a la puerta.

Era una la Locura, otra la Muerte,
espectros al umbral acurrucados,
que un dedo seco, tembloroso, inerte,
posaban en los labios descarnados.

Horror, espanto y duelo, todo junto,
lanzó en un grito el alma desgarrada;
después, eché a reír, y en aquel punto
me despertó mi propia carcajada.

- 6 -

En noche muda y sombría,
cuando yo dulce dormía,
a mi tranquilo aposento
vino la adorada mía
por arte de encantamiento.

Contemplábala extasiado;

con igual placer y agrado
contemplábame ella a mí;
abrió al fin el labio osado
y de pronto dijo así:

-«Tuya soy: desde este instante
me entrego a ti sin reproche;
seré tu dócil amante
desque suene media noche
hasta cuando el gallo cante.»

Llenóme de asombro aquella
súbita proposición:
la hermosísima doncella
prosiguió, amorosa y bella:
-«Por mi amor, tu salvación.»

-«De mi voluntad rendida
dispón, oh prenda querida,
y gózate en la victoria;
te doy mi sangre y mi vida;
mas no el reino de la gloria.»

Oyó la gentil doncella
mi firme contestación;
y más amante y más bella,
volvió a su extraña querella:
-«Por mi amor, tu salvación.»

Siniestra y lúgubremente
su voz para mí sonaba;
un volcán era mi frente,
la angustia me sofocaba
y me faltaba el ambiente.

Entonces vi aparecer
serafines y querubes
ceñidos de rosicler;
y entre borrascosas nubes
ministros de Lucifer.

Luchaban éstos, armados
contra la grey celestial,
y por ella rechazados,
huían por todos lados
los negros genios del mal.

Yo, en tanto, a la amada mía
contra mi pecho oprimía
cual cervatilla amorosa;
y ella en mis brazos gemía,
tan bella cual quejumbrosa.

Gemía, y yo penetraba

la causa de su dolor;
sus dulces labios besaba,
y al fin, rendido, exclamaba:
-«Ya es tuyo todo mi amor».

Tal dije, con loco anhelo;
y en aquel momento mismo,
sentí mi sangre hecha un hielo;
tembló a mis plantas el suelo;
se abrió delante un abismo.

Por ese abismo surgía
la legión triste y sombría;
pálida a mi hermosa vi,
y aunque ansioso la oprimía;
disipóse y la perdí.

Y giraba alrededor
el tropel aterrador,
cada vez menos distante;
y lanzaba mofador
su carcajada insultante.

Y estrechando más y más
los hijos de Satanás
su cadena de vestigios,
gritaban: -«Nuestro serás
por los siglos de los siglos.»

- 7 -

Cobrada tienes la paga,
¿por qué tardar, seor Demonio?
Sentado en mi triste cuarto,
aguardo inquieto y ansioso:
a sonar va media noche;
falta la novia tan sólo.

Ráfagas del Camposanto,
leves y callados soplos,
¿habéis visto a mi adorada?
Tal digo, y surgen de pronto
descoloridos fantasmas,
que envolviéndome en su corro,
-«La hemos visto, la hemos visto»-
exclaman a un tiempo todos.
Tú, el de la roja librea,
¿qué embajada traes, buen mozo?
-«Anuncia Su Señoría
que vendrá dentro de poco:
por los aires va su coche;
dos dragones son su tronco».

Tú, peliblanco vejete,
¿qué quieres? ¿Con qué propósitos
vienes, mi difunto dómine,
tan lúgubre y melancólico?
¿Por qué mudo me contemplas
y levantando los hombros,
te vas? Y tú, ¿por qué chillas,
velludo y horrible mono?
¿Por qué así, negro gatazo,
chisporrotean tus ojos?
¿Por qué, brujas desgreñadas,
alborotáis de ese modo?
¿Por qué de nuevo repites
con canturreo monótono
¡oh locuaz ama de leche!
tus cuentos burdos y tontos?
Vete a casa, ama de leche;
los romances y coloquios
no son, vieja charlatana,
de las circunstancias propios:
hoy mis bodas solemnizo;
y engalanados y orondos
vienen ya los convidados
a honrar el fausto consorcio.
¡Salud, caballeros! ¡Eso
es cortesía y buen tono!
La cabeza por sombrero
lleváis en la mano todos.
¡Chusma de piernas colgantes!
¡Racimos de horca gloriosos!
¿Por qué, si el viento ha cesado,
venís tan tardos y zompos?
También, montada en la escoba,
has venido, vejestorio;
tu hijo soy yo, Marizápalo,
y tu bendición imploro.
Abriendo las secas fauces
en el carcomido rostro,
gruñe la pícara bruja:
-*«Per secula seculorum!»*
Dando tumbos vienen luego
doce músicos indómitos,
incansables rascatripas,
regocijo de los sordos;
vestido de colorines,
va el payaso, haciendo el bobo;
y el sepulturero inquieto
corre de un lugar a otro.
Van detrás doce beatas
bailando con doce acólitos;
lleva el compás Celestina,
y entonan a voz en coro,
con música de salmodia
cantares escandalosos.

Calla tú, ropavejero,
¡no te desgarres los bronquios!
Guarda ese ropón de pieles;
pues, aquí, en el Purgatorio,
fuego tenernos de balde,
en cuyo ardiente rescoldo
huesos de rey y mendigo
calientan del mismo modo.
Gibosas y patizambas
son las floristas: ¡qué monstruos!
Y vienen cabeza abajo,
dando vueltas en redondo.
¡Pasad, caras de mochuelo!
¡Basta de zambra y holgorio!
¡Descanso dad a los huesos,
que crujen secos; y rotos!
El infierno está de huelga;
sueltos andan los demonios;
la música de los réprobos
toca el rigodón diabólico.
¡Calla, tropa alborotada,
que ya viene el bien que adoro!
¡Lárgate, canalla! Apenas
mis propias palabras oigo.
¿No escucháis el traqueteo
de un coche que pasa próximo?
¿En dónde estás, cocinera?
Corre y abre el portal pronto.
¡Bienvenida, hermosa mía!
¿Cómo estás, dulce tesoro?
También vino el celebrante:
sentaos, señor canónigo,
el de la pata de cabra,
el de las barbas de choto;
vuestra mano humilde beso
y a vuestras plantas me postro.
¿Por qué tan pálida y muda,
mi amor? Está el desposorio
dispuesto; caro me cuesta,
pago bien los vidrios rotos;
pero, porque seas mía,
-ya lo ves- me avengo a todo.
Arrodíllate a mi lado.
¡Oh momento venturoso!
En mi seno palpitante
busca tu cabeza apoyo;
y en mis brazos convulsivos
te estrecho anhelante y loco.
juntos nuestros corazones.
palpitan, ebrios de gozo,
y suben al quinto cielo
nuestros audaces propósitos.
Bogan en mar de venturas
nuestras almas, y hasta el trono

llegan de Dios, cuando súbito,
cual nubarrón espantoso,
su negra mano el Infierno
extiende sobre nosotros.
El hijo triste y sombrío
de la Noche, el matrimonio
bendice; en libro de fuego
el formulario estrambótico
deletrea; sus plegarias
son blasfemias, y a sus votos
los condenados responden
con infernal alborozo.
Silban, graznan, gritan, rugen
con tal fuerza y de tal modo
que atrás dejan huracanes
borrascas y terremotos.
Tenue vislumbre azulada
rasga el horizonte lóbrego,
y Marizápalos gruñe:
«Per secula secolurum».

- 8 -

De la casa yo volvía
donde tengo mis amores,
vagando entre las fantásticas
sombras de la media noche.
Pasé junto al Camposanto;
miré adentro, y parecióme
que las tumbas, entreabiertas,
me llamaban sin dar voces.
Acerquéme hacia el sepulcro
del juglar, en cuyos bordes
quebraba incierta la luna
sus pálidos resplandores.
Un espectro vaporoso
surgió a mis ojos entonces,
y me dijo: «¡Bienvenido,
hermano! Acércate y oye».
Era el juglar en persona:
sobre el sepulcro sentóse:
pulsé con diestra convulsa
vihuela de ásperos sones
y así comenzó sus trovas,
con voz agria y desacorde.

«Cítara, ¿la canción ya no recuerdas
que hizo vibrar tus palpitantes cuerdas
y encendió el alma en fuego abrasador?
La llama el ángel beatitud celeste;
suplicio eterno, la precita hueste;
La humanidad, ¡amor!»

Todas las tumbas se abrieron
al pronunciar este nombre;
alzáronse mil espectros;
acercáronse veloces,
y cantaron, dando vueltas,
en espantoso desorden.

«Tú los ojos nos cerraste;
tú a la huesa nos echaste,
¡amor, implacable amor!
¿Por qué, ni en la noche obscura
de la misma sepultura,
nos dejas en paz, traidor?»

Así gruñían y aullaban,
dando alaridos feroces;
y el Juglar, en medio de ellos,
sentado en la tumba, inmóvil,
arañaba la vihuela
con extrañas contorsiones.

«¡Qué baraúnda! ¡Qué ruido!
¡Qué tropel! ¡Qué confusión!
Gentes sin ley ni sentido,
bien habéis obedecido
mi mágica evocación.
Cual marmota en su guarida,
en la tumba aborrecida
yacemos sin respirar;
hoy recobramos la vida;
¡a reír, pues, y a gozar!
Fueron nuestro afán las bellas,
y corrimos tras sus huellas
on rabioso frenesí:
venid; hablaremos de ellas:
no nos oye nadie aquí.
Cada cual su historia cuente;
cada cual su mal lamente,
y refiera sin temor
cuándo y cómo le hincó el diente
la jauría del amor».

Una escuálida estantigua
salió del tropel indócil:
avanzó unos cuantos pasos;
y dijo así con voz torpe.

«Aprendiz era de sastre;
siempre dale que le das,
con el dedal y la aguja,
con la aguja y el dedal.
Hábil era cual ninguno
en zurcir y en remendar,

con el dedal y la aguja,
con la aguja y el dedal.
La sobrina del maestro
me pareció una deidad,
con el dedal y la aguja,
con la aguja y el dedal.
El corazón traspasóme
y aquí he venido a parar,
con el dedal y la aguja,
con la aguja y el dedal».

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
con paso grave y solemne
otro espectro adelantóse.

«El bandido generoso
era mi noble ideal;
de su gloria estaba ansioso:
turbaba, a más, mi reposo
una mujer celestial.
Lloré su arrogancia austera,
y turbada la razón,
mi mano -¿quién lo dijera?-
hundióse en la faltriquera
de un vecino ricachón.
Un sayón de bajo vuelo
atrapóme, sin pensar
que quise en mi desconsuelo,
los lloros con el pañuelo
de mi vecino enjugar.
¡No fue ligero el bromazo!
doblar me hizo el espinazo,
y en la casa negra di,
que abrió el maternal regazo
benéfica para mí.
Áspero cordel tejiendo,
allí me fui consumiendo,
pensando siempre en mi amor:
tomé un berrinche tremendo,
y reventé a lo mejor».

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
muy pintado y relamido
salió otro fantasma entonces.

«Yo fui rey de las tablas: cifré todo mi anhelo
en los papeles tiernos de amante y de galán:
los bofes arrojaba, gritando: *'¡Santo Cielo!'*
y suspiraba flébil después: *'¡Mi dulce imán!'*
Era María Stuardo mi amor: ¡oh, cuán hermosa
brilló siempre a mis ojos! Constante Mortimer,
la devoré sediento con mi pupila ansiosa;

mas ella jamás quiso mis guiños comprender.
Un día, medio loco, grité con voz ahogada:
'¡María! ¡Oh santa! ¡Oh mártir! Contigo también voy'.
Saqué el puñal del cinto; me di la puñalada;
se me escapó la mano convulsa, y aquí estoy!»

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
un estudiante afligido
vino después dando voces.

«En su sitial peroraba
el tétrico profesor;
a su lado yo, en un banco,
dormía como un lirón,
soñando siempre con su hija,
que era más bella que el sol.
Mil veces en su ventana
cariñosa me miró:
¡Hermosa flor de las flores!
¡Prenda de mi corazón!
Un majadero muy rico
cogió aquella hermosa flor.
Invoqué a todos los dioses
contra la infiel y el traidor;
eché solimán al vino;
mis ruegos la muerte oyó;
y cual buenos camaradas
nos abrazamos los dos».

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
y salió al frente otro espectro
arrastrando soga innoble.

«De dos cosas se alababa
el conde cuando bebía:
de las joyas que guardaba
y de la hija que tenía.
Tus joyas guarda y esconde;
no te las roben jamás:
la hija que tienes, buen conde,
es lo que me gusta más.
Bajo llaves y cerrojos
guardaba sus dos amores;
iban siempre con cien ojos
rondando sus servidores.
Pero, cerrojos y llaves,
¿qué me importaban a mí?
La escala de cuerdas suaves
arrojé al muro, y subí.
Penetré por la ventana
de la hermosa prenda mía;
y escuché al punto cercana

una voz que así rugía:
'¿Te faltan acompañantes?
Conmigo, infame, vas bien:
si te gustan los diamantes,
a mí me gustan también.'
Era el conde, y al momento
puso en mi sus toscas manos
el enjambre turbulento
de esbirros y de villanos.
'Nadie me toque ni ofenda:
no soy cobarde ladrón;
sólo he robado una prenda,
es un tierno corazón.'
Nadie mis explicaciones
escucha, ni por mí aboga;
ya sus bárbaros sayones
échanme al cuello la soga.
Y al asomar por Oriente
el astro matutinal,
mi cadáver vio pendiente
del travesaño fatal».

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
con la cabeza en las manos,
otra sombra presentóse.

«Bajo el brazo la escopeta,
y el alma de amor, repleta,
a cazar al monte fui;
¡Qué graznidos en la umbría!
Era el cuervo que decía:
'¡Ay desdichado de ti!'
Buscaba de loma en loma
una cándida paloma
para obsequiar a mi amor;
y en los troncos y en las ramas,
y en jarales y en retamas
clavaba el ojo avizor.
Oí suspiros distantes:
'Serán tórtolas amantes'
pensé, y en su busca fui.
Al llegar a un bosquecillo,
miré y preparé el gatillo:
¡cielos santos, lo que vi!
Era la tórtola mía
y en sus brazos la oprimía
un doncel con tierno afán.
'¡Ojo cazador certero!'
sonó el tiro justiciero;
rodó por tierra el galán.
Entre esbirros inhumanos,
agarrotadas las manos,
pasé después por allí:

¡qué graznidos en la umbría!
Era el cuervo que decía:
'¡Ay desdichado de ti!'»

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
y el juglar con esta copla
dio al concierto fin y postre:

«Hechicera canción cantaba un día;
la hechicera canción acabó ya:
helóse el corazón que ella encendía,
y cuando el nido maternal se enfría,
el pájaro se va».

Sonaron las carcajadas
más fuertes y más feroces;
dieron vueltas y más vueltas
fantasmas y fantasmones;
tocó la campana la una
en el reloj de la torre;
y cada espectro en su huesa
aullando precipitóse.

- 9 -

Dulce y tranquilo dormía,
sin zozobras y sin ansias,
y en sueños vi una doncella
de hermosura sobrehumana.
Era hechicero su rostro;
su tez como el mármol blanca;
luminosas sus pupilas;
luenga su crencha y rizada.
A mí vino blandamente,
cual vaporoso fantasma,
y en mi pecho reclinóse
la virgen hermosa y pálida.
Como late conmovido
por temores esperanzas,
a su contacto latía
mi corazón, hecho un ascua.
El corazón de la hermosa
no ardía ni palpitaba:
era de nieve su pecho,
y de hielo sus entrañas.
-«Mi corazón no palpita,
mi sangre está congelada;
mas también conozco y siento
de amor la celeste llama.
No arde la vida en mis venas,
ni mis mejillas inflama;

pero como dulce amiga
vengo a ti: no temas nada».
Dijo, y me estrechó en sus brazos
con tal brío y fuerza tanta,
que en ellos aprisionado
me oprimía y sofocaba.
Cantó el gallo en aquel punto,
vigía de la mañana,
y desapareció al oírlo
la virgen hermosa y pálida

- 10 -

Muchos cadáveres yertos,
todos a mi voz despiertos,
saqué de la sepultura;
y hoy no quieren esos muertos
volver a la noche obscura.

Me hizo olvidar el terror
las provechosas lecciones
del experto profesor,
y me asedia espantador
ejército de visiones.

¡Déjame, turba sombría!
¡No me acoses sin cesar!
El placer y la alegría,
a la clara luz del día
aún puedo en el mundo hallar.

Lucharé con insistencia
hasta respirar la esencia
de la ambicionada flor;
¿qué me importa la existencia,
si ha de faltarme el amor?

En mis brazos estrecharla
una vez, sólo una vez!
¡Ceñirla y acariciarla,
y apasionado besarla
con amorosa embriaguez!

¡Oír el *sí* palpitante
de su labio celestial!
Eso, espectros, es bastante
consígalo, y al instante
os sigo al antro infernal.

Lo sabe la grey impía,
y me llama noche y día
con gestos de Belcebú:

¡Oh dulce enemiga mía!
no me importa: ¿me amas tú?

Cantares

- 1 -

Todos los días digo al levantarme:
  ¿Vendrá mi dulce bien?
Todas las noches digo al acostarme:
  engañóme hoy también.

Paso insomne la noche, en el quebranto
  de mi tenaz dolor;
paso el día dormido, en el encanto
  de un sueño burlador.

- 2 -

  En la quietud de la noche
mi mal a solas lamento,
de la vana muchedumbre
los regocijos huyendo.
  A solas corren mis lágrimas,
corren sin tregua ni término;
enjugarlas no consigo
con mis suspiros de fuego.
  Un día, niño inocente,
cifré mi dicha en los juegos;
gozaba el don de la vida
sin saber lo que son duelos.
  Jardín alegre era el mundo
de lozanas flores lleno;
rosas, lirios y violetas
mis únicos pasatiempos.
  Soñando en verde floresta
vi juguetón arroyuelo;
miréme en sus claras linfas;
estaba pálido y tétrico.
  Estaba tétrico y pálido
desque mis ojos la vieron:
trocóse en pena mi júbilo
sin sentirlo ni saberlo.
  De los cielos descendida,
dulce paz llenó mi pecho;
de los cielos descendida,
huyó otra vez a los cielos.
  Tinieblas llenan mis ojos,
sombras me van persiguiendo;

escucho sobresaltado
dentro de mí extraño acento.
Acométenme furiosos
ignotos padecimientos,
y mis entrañas quemando,
me consume extraño incendio.
Y esta hoguera que me abrasa,
y este dolor, del que muero,
amor, amor soberano,
míralo bien, ¡tú lo has hecho!

- 3 -

Sobre mi pecho pon tu manecita ;
lo sentirás latir con inquietud:
un traidor carpintero en él habita,
y está claveteando mi ataúd.
Golpea sin descanso el día entero,
y mi sueño robó su golpear:
acaba pronto, infame carpintero,
y déjame morir y descansar.

- 4 -

Cada cual con su pareja
pasea bajo los tilos;
yo, abandonado de todos,
solo voy conmigo mismo.
El corazón me da un vuelco
cuando esas parejas miro:
pareja también yo tengo;
pero lejos de estos sitios.
Mucho tiempo estoy sufriendo
y más tiempo, no resisto:
cierro la breve maleta;
tomo el bastón de camino.
Andaré leguas y leguas,
y a la boca de un gran río
la ciudad veré que encumbra
tres torres por obeliscos.
Allí serán mis angustias
trocadas en regocijos,
y mi dulce parejita
llevaré bajo los tilos.

- 5 -

Cuna de mi pena ansiosa,
sepulcro donde reposa
mi tranquilo bienestar,

ciudad querida y hermosa,
¡adiós! te voy a dejar.

¡Adiós, umbral consagrado
por la huella de su pie!
¡Adiós, sitio afortunado,
donde primero, extasiado,
su hermosura contemplé!

¡Ojalá nunca te viera,
reina de mi corazón!
No, atribulado, sufriera
esta suerte lastimera
que ha de ser mi perdición!

Perturbar no quise tu alma,
ni la victoriosa palma
de tu ansiado amor ceñir;
a tu lado, en dulce calma,
soñé tan sólo vivir.

Pero tú no lo has querido:
con tus palabras de hiel
me arrojas; pierdo el sentido,
y el corazón malherido
sucumbe a la prueba cruel.

Iré, incierto caminante,
llevando a cuestas mi mal;
hasta que en tierra distante
pose la sien delirante
sobre la tumba glacial.

- 6 -

El esquife detén, rudo barquero;
aún vuela al puerto el alma acongojada;
de dos hermosas despedirme quiero;
de Europa y de mi amada.

Sangre brotan mis ojos escaldados,
sangre también mi corazón herido;
con sangre escribiré los prolongados
tormentos que he sufrido.

¡Ahora, cuando la sangre ves que vierto,
¿ahora tiemblas, mi bien, y palideces?
Tú, que convulso, agonizante, yerto,
me viste tantas veces!

¿La historia sabes del Edén perdido,
de Eva y la sierpe que a la estirpe humana

tentó con falso halago? ¡Siempre ha sido
don fatal la manzana!

¡Muerte en las manos de Eva cariñosas;
incendio, en las de París, de Ilión fuerte;
en las tuyas, mi amor, entrambas cosas:
incendio, y después, muerte!

- 7 -

Los montes y castillos de su orilla
copia el Rhin en sus móviles espejos,
y avanza jubilosa mi barquilla
que inunda el sol de luces y reflejos.

Contemplo los cristales brilladores
en blandas olas de oro convertidos,
y renacen de nuevo los dolores
dentro del corazón adormecidos.

Me halaga, me enamora y me seduce
el brillante raudal; mas no me engaña:
la tersa linfa, que falaz reluce,
sombra y muerte en su fondo sólo entraña.

¡Perfidia oculta y aparente halago!
Eres, oh Rhin, imagen de mi hermosa:
escondiendo, cual tú, su horrible estrago,
dulce también sonríe y cariñosa.

- 8 -

Al pronto, desesperado,
dije, al verme en tal estado:
soportarlo no podré.
Pero, al fin, lo he soportado:
el cómo, yo me lo sé.

- 9 -

En el vergel paterno
vivió lánguida vida
durante el crudo invierno
la flor descolorida.
Sopló el alegre Mayo
sus ráfagas de amor:
siguió en triste desmayo
la moribunda flor.

La flor descolorida

habló y me dijo así:
«Del vástago cogida
quisiera ser por ti.
-No atenderé tu ruego,
pues voy, loco de amor,
buscando sin sosiego
la purpurina flor».

-«La flor que de esa suerte
tú buscas, no hallarás;
tras ella hasta la muerte
desconsolado irás.
No cogerá tu mano
la purpurina flor:
lo mismo que yo, hermano,
enfermo estás de amor».

La flor descolorida
habló, temblando, así;
con mano conmovida
del tallo la cogí.
Calmó al instante el alma
su afán devorador,
y gozo en dulce calma
angelical amor.

- 10 -

Cual ataúd que mano lastimera
orna de rosas y hojas de ciprés,
aqueste libro engalanar quisiera,
y en él mis versos sepultar después,

¡Ojalá mis fantásticos amores
pudiese con mis versos sepultar!
En el sepulcro del amor las flores
del sosiego feliz suelen brotar.

Abriendo allí su cáliz, nos envían
sus aromas de mágica virtud:
¡para mí, sólo florecer podrían
ocupando yo mismo el ataúd!

¡Ved aquí mis cantares, encendidos
cual roja lava del Vesubio ayer,
que en el volcán del corazón fundidos,
fueron brillante ráfaga al nacer!

Mudos y tristes hoy, mustias sus galas,
yacen yertos, sin vida y sin calor;
mas revivir aún pueden, si sus alas
sobre ellos bate el genio del amor.

Aunque lejos estás, amada mía,
este libro a tus manos llegará;
y la pasión que lo dictaba un día,
melancólica en él renacerá.

Y perdiendo las letras su sentido,
te mirarán con plácida avidez;
y de olvidado amor blando gemido
suspirarán mis versos otra vez.

Romances

- 1 -

El triste

A compasión mueve a todos
triste y pálido mancebo,
que en el rostro lleva escritos
sus callados sufrimientos.
Sus sienes calenturientas
refresca piadoso el viento;
doncellas bien desdeñosas
le ven con ojos benévolos.
Huyendo de todos, corre
al bosque, donde risueños
los pájaros y las hojas
forman alegre concierto.
Pero enmudecen las aves
y ruge el bosque siniestro
apenas ven que se acerca
el afligido mancebo.

- 2 -

Dos hermanos

Allá, en el monte, el castillo
envuelto en la noche obscura;
espadas acá, en el valle,
que chocan y que fulguran.
Embístense dos hermanos
con igual cólera y furia;
¿Por qué, manos fraternales
con tan fiero enojo luchan?
Laura, la linda condesa,
es la que tiene la culpa:
ambos en amor se abrasan,
sedientos de su hermosura.
¿A quién la dama prefiere?
Nadie resolvió esa duda;

decididla, pues, vosotras;
fallad, espadas desnudas.
Los tenaces combatientes
sin piedad ni tregua pugnan;
apenas suena un mandoble,
otro mandoble retumba.
Id con tiento en las tinieblas,
aceros que el odio empuña;
sombras, visiones y ardides
la traidora noche oculta.
¡Oh fratricidas hermanos!
¡Valle infausto! ¡Negra tumba!
El uno al otro en el pecho
la espada a la vez sepultan.

Muchos siglos han pasado
y generaciones muchas;
y aún el desierto castillo
mira hacia la honda llanura.
Por ella, de noche, vagan
dos sombras, leves y mudas,
y apenas suenan las doce,
otra vez la espada cruzan.

- 3 -

El pobre Pedro

I

Con placer que el baile excita
danzan Juan y Margarita;
Pedro inmóvil, cejijunto,
de ellos los ojos no quita,
más pálido que un difunto.

Margarita es ya de Juan,
y en traje de bodas van
orondos y relucientes;
Pedro, con rabioso afán,
hinca en los puños los dientes.

Contemplando a la pareja
habla en voz baja, y se queja,
y prorrumpe al cabo así
«¡Como Dios no me proteja,
no sé qué será de mí!»

II

«Siento una pena aquí dentro
que me oprime el corazón;
do quiera vaya, me encuentro
siempre fuera de mi centro,
siempre en la misma aflicción.

»A mi amada busco loco,
cual si pudiera calmar
la angustia en que me sofoco;
y -¡ay Dios! -no puedo tampoco
su presencia soportar.

»Trepo al monte que hasta el cielo
se encumbra y hallo el consuelo
de que nadie me ha de ver:
allí, al menos sin recelo
podéis, lágrimas, correr!»

III

El pobre Pedro va errante,
macilento, vacilante,
más muerto que vivo: al verle
sorprendido el caminante
se para a compadecerle.

Dice la doncella hermosa:
«De la fosa éste vendrá».
Doncella de faz de rosa,
no es que viene de la fosa;
es -¡ay!- que a la fosa va.

Le llama la tumba pía,
porque ha perdido a su amor:
allí en paz y sin porfía,
aguardará el postrer día:
¿dónde estuviera mejor?

- 4 -

Los granaderos

A Francia dos granaderos,
allá en Rusia prisioneros,
vuelven ya: ¡suerte feliz!
Al llegar una mañana
a la frontera alemana
doblan ambos la cerviz.

Nueva oyeron lastimera;
está ya la Francia entera
en poder del invasor;
deshecho y roto el altivo
Gran Ejército; ¡cautivo!
¡cautivo el Emperador!

Escuchan, mudos de espanto,
la nueva fatal: el llanto
baña su curtida tez;

y con ansias reprimidas
uno dice: «Mis heridas
se abren todas otra vez».

Dice el otro: «¡Acabó todo!
¡Morir! fuera el mejor modo
de dar término a este afán,
Mas, ¡los pobres pequeñuelos!...
¡La mujer!... ¡Oh santos cielos!
si les falto yo, ¿qué harán?»

-«¿La mujer?... ¿Y qué me importa?
¿Los hijos?... El alma absorta
llora desdicha mayor.
¿Pan les falta?... ¡Por Dios vivo!
¡Que lo mendiguen!... ¡Cautivo!
¡Cautivo el Emperador!»

«Una súplica sagrada
he de hacerte, ¡oh camarada!
¡Compadécete de mi!
Para abrir mi humilde huesa,
llévame a tierra francesa,
dormiré mejor allí.

»Esta cruz resplandeciente,
de roja cinta pendiente,
ponla sobre el corazón;
en su sitio, al diestro lado,
el fusil bien colocado;
la espada en el cinturón.

»Así, a punto, y siempre en vela,
estaré, cual centinela
fijo siempre en su lugar;
hasta que oiga en feliz día
rechinar la artillería
y los caballos trotar.

»Y el Emperador, al frente
de su ejército impaciente
cabalgará, y al clamor,
armado saldré de tierra,
y otra vez iré a la guerra,
detrás del Emperador».

- 5 -

Don Ramiro

-«¡Doña Clara! ¡Doña Clara!
¡Tras tantos años de amor!
tu propia mano traidora

la puñalada me dio.
»¡Doña Clara! ¡Doña Clara!
es la vida alegre don;
y el sepulcro obscuro y frío
me inspira miedo y horror!
»A Fernando das mañana
la mano y el corazón:
¿Me convidas a la boda?
¿Quieres que a ella asista yo?»
-«¡Don Ramiro! ¡Don Ramiro!
amargos tus dichos son,
como la ley de los astros
que mis designios burló.
»¡Don Ramiro! ¡Don Ramiro!
desecha ese negro humor;
piensa que hay muchas mujeres,
y que nos separa Dios.
»Vencedor eres del moro;
sé tu propio vencedor:
ven a mi boda mañana
sin recelo ni aprensión».
-«Iré a tu boda mañana;
te lo juro por quien soy:
iré, y bailaré contigo:
¡Adiós, Doña Clara! -¡Adiós!»
Crujió la ventana al punto,
petrificado él quedó;
luego hundióse en las tinieblas,
cual lúgubre aparición.

Cuando las nocturnas sombras
rasgó el matutino albor,
cual jardín lleno de flores,
Toledo resplandeció.
Alcázares y palacios
brillan a la luz del sol;
las cúpulas de los templos
parece que de oro son.
De las campanas al vuelo
suena el confuso clamor;
se elevan de los altares
el cántico y la oración.
¡Mirad, allá, en la capilla!
¡Allá, en la Plaza Mayor!
¡Mirad, mirad, qué gentío!
¡Qué tropel! ¡Qué confusión!
Nobles damas, cortesanos,
hidalgos, hombres de pro;
y al clamor de las campanas
une el órgano su voz.
La multitud abre paso:
ya la pareja salió:
Doña Clara y Don Fernando
los felices novios son.

Hasta el palacio del novio
corren las gentes en pos;
celébrase allí la boda
con señorial esplendor.
Tras el festín, el torneo;
todo es fiesta y diversión:
rápidas pasan las horas;
pronto la noche llegó.
Congréganse para el baile
en la cámara de honor;
cien lámparas resplandecen
en el dorado artesón.

El novio y la novia ocupan
altos sitiales los dos;
se están diciendo en voz baja
dulces palabras de amor.
Muchedumbre engalanada
puebla el soberbio salón:
vibra aguda la trompeta
sordo redobla el tambor.
-«¿Por qué, bellísima dama,
el esposo preguntó,
por qué la mirada fija
clavas en aquel rincón?»
-«¿No ves allí un hombre envuelto
en su negra capa? -No;
es, replicó sonriendo,
sombra, quimera, ilusión».
Y la sombra se acercaba,
y era un embozado ¡ay Dios!
y Clara, toda encendida,
a Ramiro saludó.
Ha comenzado ya el baile;
vuelan, al acorde son,
los galanes y las damas
en vértigo embriagador.
-«De buen grado, Don Ramiro,
bailaré contigo yo;
pero venir no debiste
con tan negro capotón».
Él, los ojos penetrantes
fija en la que fue su amor;
ciñe su cintura, y dice:
«Me llamaste, y aquí estoy».

En los giros de la danza
abrazados van los dos;
vibra aguda la trompeta,
sordo redobla el tambor.
-«Pálido estás cual la nieve»
dice con trémula voz
la bella, y él le responde:
«Me llamaste y aquí estoy».

Chisporrotean las luces;
brilla el soberbio salón:
¡Cómo vibra la trompeta!
¡Cómo redobla el tambor!
¡«Fría, cual hielo, es tu mano».
Clara, espantada, exclamó;
y él, con voz más tenebrosa,
-«Me llamaste, y aquí estoy».
-«¡Suelta, suelta, don Ramiro!
¡Suéltame, por compasión!»
Siempre la misma respuesta:
«Me llamaste, y aquí estoy».
Alegre suena la música,
y en torbellino veloz
gira y se revuelve todo
cual fantástica visión.
-«¡Suéltame! ¡suéltame!» exclama
la novia, llena de horror;
y él replica: «Me llamaste,
me llamaste, y aquí estoy.»
Ella, al fin, airada grita:
-«¡Suéltame, en nombre de Dios!»
y al pronunciar ese nombre,
Ramiro despareció.
Quedó Clara inmóvil, yerta,
sin sentidos y sin voz;
bajó la siniestra imagen
a su lúgubre mansión.

Ya retorna en sí la dama,
ya las pupilas abrió;
mas al punto se las cierra
espanto nuevo y mayor.
Desque el baile comenzara
estuvo -no hay duda, no-
sentada junto a su esposo,
sin moverse del sillón.
-«¿Por qué, pregunta Fernando,
se te ha quebrado el color?
¿Por qué, de tus bellos ojos,
se ha nublado el claro sol?»
Clara, dudosa, espantada,
-«¿Y Ramiro?» -preguntó;
y no pudo más su lengua,
que paraliza el horror.
Hondas, tempranas arrugas,
fruncen con ceño feroz
la frente del caballero,
y con gesto aterrador,
-«Saberlo no quieras, dice:
¡Historias trágicas son!
-¿Pero Ramiro?... -Ramiro,
esta mañana murió!»

- 6 -

El mensaje

-Paje, ensilla tu alazán,
y sin tregua ni reposo,
cabalga con vivo afán
hacia el soberbio y famoso
castillo del rey Duncán.
Albérgate en un rincón
de cualquier camaranchón,
y di a un mozo, de pasada:
«Dos las hijas del rey son;
de ellas ¿cuál la desposada?»
Si te responde -¡ojalá!-
«La morena», vuelve acá,
vuelve pronto, en son de fiesta;
si 'la rubia' te contesta,
entonces... no hay prisa ya.
Vuelve; mas compra primero
una soga al cordelero,
y después -¡la pena me ahoga!-
mudo y fatal mensajero,
ven y dame aquella soga.

- 7 -

Vuelta a casa

-No quiero volver solo, amada mía;
conmigo ven al lúgubre aposento
de la triste mansión, obscura y fría,
mi madre, al umbral acurrucada,
espera con ansioso pensamiento
del hijo la llegada.
-¡Suelta, déjame en paz, hombre sombrío!
¿Quién jamás te llamó? fuego es tu aliento;
tu diestra, hielo frío.
Ardiente llama en tus pupilas brilla;
mortal amarillez en tu mejilla.
Gozar quiero, con ansias amorosas,
la luz del sol, la esencia de las rosas.
-Deja los resplandores
del sol y los perfumes de las flores:
arroja el velo que tu sien cubría,
pulsa las cuerdas de la lira de oro,
canta el himno nupcial, amada mía,
y el viento de la noche te hará coro.

- 8 -

Baltasar

Aproxímase ya la media noche;
duerme en paz Babilonia.
En las alturas del augusto alcázar
chispean las antorchas.

Va y viene de la regia servidumbre
la innumerable tropa;
preside Baltasar regio banquete
en su cámara propia.

Los palaciegos, de su dueño en torno,
siéntanse a la redonda;
apuran el licor que centellea
en las fúlgidas copas.

Gritan los bulliciosos comensales;
los vasos entrechocan;
al monarca aburrido, la algazara
deleita y alboroza.

Sus marchitadas, pálidas mejillas
el júbilo arrebola;
el vino, de su ingénita fiereza
los ímpetus provoca.

Crece su audacia; la blasfemia horrible
al labio infame brota;
la cortesana turba la blasfemia
repite, aplaude y loa.

Llama altivo el monarca: un siervo acude
parte, y al punto torna;
y trae, del templo del Señor robados,
los vasos y las joyas.

Con sacrílega diestra un cáliz de oro
el impío rey toma;
lleno está ya del vino del banquete,
tan lleno que rebosa.

Hasta el fondo lo apura, y luego exclama
con palabras de mofa:
«Mira, Dios de Judá, cual te saluda
el rey de Babilonia».

Dice, y al punto en sus entrañas siente
fatídica zozobra;
silencio sepulcral súbito apaga
las carcajadas locas.

¡Mirad! ¡Mirad! Sobre el brillante muro
aparece una sombra;
es una mano que con fuego escribe
palabras misteriosas.

Baltasar en las letras encendidas
clava la vista atónita;
tétrica palidez cubre su rostro
sus rodillas se doblan.

La cortesana grey, despavorida,
queda inmóvil absorta;
vienen los Magos, y las letras miran:
descifrarlas no logran.

Aquella misma noche, antes que el alba
aclarase las sombras,
a manos de los suyos cayó muerto
el rey de Babilonia.

- 9 -

Los trovadores

A disputar su valía
en la excelsa poesía
hoy los trovadores van:
¡grave será la porfía!
¡arduas las justas serán!

La imaginación alada
les da fogoso corcel;
la palabra bien templada
les sirve de noble espada,
y es el arte su broquel.

Hermosísimas doncellas
les miran desde el balcón;
lauros brindan todas ellas;
pero no está entre esas bellas
la que anhela el corazón.

Llenos de salud y vida
van otros a combatir;
ellos, a la lid reñida,
van ya con mortal herida,
sin temblar y sin gemir.

Y el que más doliente lanza
el canto desgarrador,
aquél la victoria alcanza,
y la más dulce alabanza
del labio más seductor.

- 10 -

En el balcón

Pasaba, pálido y triste,
pálido y triste un mancebo:
la hermosa doncella estaba
en el balcón entreabierto.
La hermosa doncella, al verle,
decía: «¡Válgame el cielo!
Está ese desventurado
más pálido que un espectro».
Alzó aquel desventurado
los ojos grandes y negros,
y de la doncella hermosa
miró el balcón entreabierto.
Sintió la hermosa doncella
extraño desasosiego,
y se puso de repente
más pálida que un espectro.
Sintió la doncella hermosa
arder amorosos fuegos,
y estaba días y días
en el balcón entreabierto;
y tras los días ansiosos,
en los brazos del mancebo
caía todas las noches
a la hora de los espectros.

- 11 -

El caballero herido

Muchas historias he oído;
ninguna, como ésta, cruel:
un hidalgo bien nacido
está de amor malherido,
y su dama le es infiel.
Por infiel y por traidora,
a la que insensato adora
debiera menospreciar;
cual flaqueza infamadora
su propio dolor mirar.
Quisiera mover querella
gritando en la justa así:
«Amo a una hermosa doncella;
quien encuentre falta en ella,
salga y cierre contra mí».
Quizás todos callarían;
pero no su desazón:
y al fin sus armas tendrían
que herir, si luchar querían,
su mísero corazón.

- 12 -

Al zarpar

En el inquieto mástil apoyado,
las olas cuento y sigo hasta la orilla:
¡Adiós, tierra natal, hogar sagrado!,
¡Qué aprisa vas, barquilla!

Ante la casa paso de mi amante:
en su alegre ventana el sol destella;
casi me miro en su cristal brillante;
mas ¡ay! ¡no hay nadie en ella!

Reprimiré este lloro lastimero
que a mis pupilas da velo sombrío:
el mal que te amenaza, arrostra entero;
¡valor! corazón mío.

- 13 -

El cantar del arrepentimiento

Galopa Ulrico en la selva;
susurra plácido el viento;
ve el hidalgo entre las ramas
bella imagen en acecho.
«Te conozco, bella imagen,
dice, y lo dice gimiendo;
eres mi perseguidora
en la ciudad y en el yermo.
»Cual dos rosas son tus labios,
tan amorosos y frescos;
mas las palabras que lanzan
llenas están de veneno.
»Por eso yo los comparo,
al rosal hermoso y pérfido,
que entre sus hojas obscuras
oculta el áspid horrendo.
»Esos son de tus mejillas
los seductores hoyuelos,
la fosa a la cual me arrastran
mis insensatos deseos.
»Esos son los blondos rizos
que se enroscan a tu cuello,
red del Enemigo malo,
que me aprisionó con ellos.
»Esos tus ojos azules
como el estanque sereno,
que del cielo juzgué puertas,
y son puertas del infierno».

Galopa Ulrico en la selva;
zumba pavoroso el viento;
otra imagen ve el hidalgo,

tan pálida que da miedo.

«¡Madre mía! grita al punto;
¡Madre de mi amor primero!
¡Cuánto amargué yo tu vida
con mis dichos y mis hechos!
»¡Secar quisiera tus lágrimas
con la llama de mis duelos!
¡Quisiera animar tu rostro
con la sangre de mi pecho!»
Galopa y galopa Ulrico;
se obscurecen tierra y cielo;
sopla el viento del ocaso;
suenan extraños acentos.
Sus palabras repetidas
oye el lloroso mancebo:
pájaros son de la selva
que están cantando y diciendo:
«Hermoso cantar tú cantas,
el del arrepentimiento;
cuando lo hayas terminado,
vuelve a cantarlo de nuevo».

- 14 -

La canción de los florines

¿Qué te has hecho, mi tesoro,
que perdido busco y lloro?
¿Dónde estáis, florines de oro?

¿Estáis entre los dorados
pececillos esmaltados,
que surcan tranquilamente
los senos aljofarados
de la cristalina fuente?

¿Estáis entre las doradas
florecillas perfumadas,
que abren en vergel umbrío
sus corolas empapadas
en las perlas del rocío?

¿Estáis entre los dorados
pajarillas matizados,
que, robando al sol sus galas,
visos atornasolados
dan a sus abiertas alas?

¿Estáis entre las doradas
estrellas, siempre inflamadas,
que, para darnos consuelo,
tiernas y dulces miradas

nos dirigen desde el cielo?

No estáis, dorados florines,
en las cristalinas fuentes,
ni en los umbrosos jardines,
ni del aire en los confines,
ni en los cielos transparentes.

Para buscaras, en vano
registrara el orbe entero;
pues estáis -¡oh trance fiero!-
en las garras de milano,
de un implacable usurero.

- 15 -

A una cantante después de haberle oído una antigua canción romancesca

Aquel poderoso hechizo
olvidar no podré nunca:
la oía por vez primera,
y era su voz suave música
que el pecho oprime, y los ojos
con dulces lloros enturbia,
sin que el alma se dé cuenta
del bienestar que la inunda.
Un sueño llenó de pronto
mi imaginación confusa:
en la cámara materna,
que débil lámpara alumbra,
leía crédulo niño,
fabulosas aventuras,
mientras silbaban los vientos
entre las pálidas brumas.
Cuerpo las fábulas toman:
levántanse de su tumba
los héroes; en Roncesvalles
estalla tremenda lucha;
allá cabalga Rolando;
allá van las huestes suyas;
allá van también con ellas
Ganelón, ¡que Dios confunda!
Por él, a traición herido,
Rolando cae, y aún empuña
y al labio lleva la trompa,
que con tal clamor retumba,
que, allá lejos, al gran Carlos,
lleva su grito de angustia.
Rolando muere, y su muerte
mi sangriento sueño trunca.
Clamorosa me despierta

tempestad de aplausos súbita:
cesó el poderoso hechizo;
dio fin la extraña aventura;
todos, batiendo las palmas,
exclamaban '¡bravo!' y 'hurra!'
y la artista saludaba
con reverencias profundas.

- 16 -

Ciertamente

Cuando aviva la alegre primavera.
del sol los resplandores,
abren en el jardín y en la pradera
sus cálices las flores.

Cuando la luna, de la noche obscura
rasga el opaco velo,
brillan en torno de ella con luz pura
las estrellas del cielo.

Cuando vislumbra el soñador poeta
dos pupilas radiantes,
brotan con más calor de su alma inquieta
los versos palpitantes.

¡Lástima grande, sí, que ese tesoro
de estrellas, versos, flores,
pálida luna, sol de fuego y oro,
ojos deslumbradores;

Toda esa fantasía deliciosa
que tanto nos agrada,
en este mundo de mezquina prosa
no sirve para nada!

Intermezzo lírico

(1822-1823)

De mis ansías, tormentos y querellas
es este libro humilde panteón:
al hojear sus páginas, en ellas
aún sentiréis latir mi corazón.

Prólogo

Era un hidalgo sombrío,
de faz adusta y siniestra,
que pálido y silencioso
vagaba con planta incierta,
lleno el pecho de suspiros,
llena el alma de quimeras.
Era tan arisco y fosco
que al verlo pasar, malévolas
mirábanse y sonreían
las flores y las doncellas.
En el rincón más obscuro
de su lóbrega vivienda,
recatándose de todos,
pasaba la noche entera.
Ambos los brazos al cielo
levantaba con frecuencia,
sin decir una palabra,
sin murmurar una queja.
Pero al tocar media noche,
escuchábanse allá fuera
acordados instrumentos,
coros de voces angélicas,
y al poco rato llamaban,
blandos golpes a la puerta.
Y cual sombra que resbala,
hermosa, ideal, aérea,
entraba su dulce amante,
en gasas de espuma envuelta.
Era el velo de su frente
de hilos de escarchadas perlas;
sus mejillas, cual la rosa
que la aurora colorea.
Caían sobre sus hombros
olas de doradas crenchas;
derramaban sus pupilas
apasionadas ternezas,
y -¡ay Dios!- ¡cómo se abrazaban
el caballero y la bella!
Estrechábala el hidalgo,

y el mismo entonces ya no era:
el tímido se aventura,
el soñoliento despierta,
el arisco se enternece,
late el insensible y tiembla.
Y ella, le hostiga mimosa
y le provoca risueña,
y con el fúlgido velo,
envuélvele la cabeza.
En alcázar diamantino
el caballero se encuentra;
tanta hermosura le asombra,
tanto resplandor le ciega.
Y aún en sus ansiosos brazos
a la encantadora estrecha,
y es su afortunado esposo,
y su dulce esposa es ella,
y en torno tañe la cítara
coro de sílfides bellas.
Tañe la cítara, canta
y el pie a las danzas apresta...
El amante desfallece,
y aún abraza a la hechicera;
pero, de pronto, las luces
se apagan, y en las tinieblas,
en el rincón más obscuro
de su lóbrega vivienda,
otra vez solo y sombrío
está el hidalgo, ¡el poeta!

- 1 -

En Mayo, cuando las flores
abren todas el botón,
sentí nacer los amores
dentro de mi corazón.

En Mayo, cuando las aves
rompen todas a cantar
les dije mis ansias graves
y mi oculto malestar.

- 2 -

Vierto una lágrima, y miro
brotar al punto una flor;
y cuando exhalo un suspiro
se trueca en un ruiseñor.

Si me quieres, esas flores
todas para ti serán;

y todos los ruiseñores
en tu reja cantarán.

- 3 -

La paloma y la rosa, el sol y el lirio,
amaba en otro tiempo con delirio:
hoy, te amo solamente
a ti, mi niña hermosa,
a ti, de todo amor única fuente,
a ti, paloma y lirio, sol y rosa.

- 4 -

Cuando dulces y tranquilas
me contemplan tus pupilas,
se disipa mi aflicción;
cuando, sin miedos ni agravios,
tus labios das a mis labios,
curado está el corazón.

Cuando la cabeza inclino
en tu seno alabastrino,
el cielo siento bajar;
cuando tu labio sincero
exclama: «¡Cuánto te quiero!»
rompo entonces a llorar.

- 5 -

Te vi hermosa, purísima, radiante,
en sueño halagador; hoy vuelvo a verte:
aún es tan bello y dulce tu semblante;
pero pálido está como la muerte.

Sólo tus labios el carmín inflama,
y borra el beso sus matices rojos:
¡de aquella que admiré, celeste llama,
nada queda en tus ojos!

- 6 -

La frente inclina tú sobre mi frente,
y corran juntos nuestros lloros luego;
el pecho pon sobre mi pecho ardiente,
y los dos ardan en el mismo fuego.

Caiga sobre esa hoguera devorante
nuestro copioso llanto en largo río;

oprímate en mis brazos, loco amante,
y moriré dichoso, dueño mío.

- 7 -

Depositar quisiera el alma mía
en el cáliz gentil de un lirio en flor,
y que cantara el lirio noche y día
canciones a mi amor.

Y que se estremecieran palpitantes
esas canciones, como el beso aquel
que recibí en dulcísimos instantes
de tus labios de miel.

- 8 -

Están en el firmamento
inmóviles las estrellas,
y con dulce arrobamiento
se miran y hablan entre ellas.

Se hablan con amor profundo
en lengua tan singular,
que ningún sabio del mundo
la ha podido descifrar.

Yo la tengo descifrada
y jamás la olvidaré;
en el rostro de mi amada
el vocabulario hallé.

- 9 -

Te llevaré en las alas de mi canto,
te llevaré muy lejos, dueño mío;
a la orilla feliz del Ganges santo
tengo un albergue espléndido y umbrío.

A la luz de la luna, en valle ignoto,
floresta yace allí, fresca y lozana,
do la flor pura del sagrado loto
espera fiel a su amorosa hermana.

Allí charlan las pálidas violetas
y a los astros sonríen cariñosas;
allí dicen, en pláticas discretas,
sus cuentos aromáticos las rosas.

Allí, vagos rumores escuchando,

se para la gacela diligente;
allí, a lo lejos, con murmurio blando
fluye del Santo Río la corriente.
Reclinados allí, mi dulce dueño,
a la trémula sombra de las palmas,
de paz y dicha celestial ensueño
disfrutarán unidas nuestras almas.

- 10 -

A la lumbre del sol abrasadora
cierra la flor del loto el tierno broche;
y aguarda, soñadora,
la apetecida noche.

La luna, que es su amante,
con sus pálidos rayos la despierta;
y la flor los recibe palpitante,
la faz ya descubierta.

Arde, fulgura, exhala su perfume,
contempla ansiosa el cielo,
tiembla, suspira, llora y se consume
en amoroso anhelo.

- 11 -

El Rhin sagrado desata
su caudaloso raudal,
y en sus espejos de plata
Colonia copia y retrata
su famosa catedral.

En la catedral aquella
hay, sobre cuero dorado,
pintada una imagen bella,
que en mi cielo encapotado
siempre fue benigna estrella.

Es la Virgen, que triunfante
está de ángeles cercada;
sus ojos, su labio amante,
todo en ella es semejante
al rostro de mi adorada.

- 12 -

¿Por qué jurar y ofrecer?
Bésame con frenesí,
pues nunca, hermosa, creí

en palabras de mujer;
si tu voz me da placer,
más dulce tu beso siento;
que eres mía experimento,
y así mi ventura labras;
que lo demás son palabras,
palabras que lleva el viento.

Pero, no; ¡promete y jura!
Una palabra, mi vida,
de tu boca bendecida
toda mi dicha asegura.
Alcanzo tanta ventura
cuando en tus brazos me ves,
que sueño yo -¡soñar es!-
que has de amarme, en puridad
por toda la eternidad,
y aún mucho tiempo después.

- 13 -

No me quieres, no me quieres,
y soporto tu desdén;
tu rostro de cielo miro,
y soy más feliz que un rey.
Me odias; de tus propios labios
lo escucho: ¡cómo ha de ser!
¡Deja que tus labios bese;
y así me consolaré!

- 14 -

¡Cuántas canciones dediqué a los rojos
labios de mi adorada!
¡Cuántos tercetos a sus bellos ojos
y a su dulce mirada!

Y si mi hermosa corazón tuviera,
también, fino y discreto,
a su sensible corazón hiciera
un bonito soneto!

- 15 -

El mundo está ciego y loco;
¡cuán vanos sus juicios son!
Dice, ¡oh bien a quien invoco,
que tienes mal corazón!
El mundo está loco y ciego!
No te conoció jamás.

No sabe cómo arde el fuego
en los besos que me das.

- 16 -

Dímelo tú, dueño mío:
¿Eres sueño halagador
que en una tarde de estío
forjó el dulce desvarío
del vate, loco de amor?

¡Oh! no: tus labios de rosa,
tu gracia alegre y donosa,
tu pupila, que arde inquieta,
no pueden ser, niña hermosa,
un ensueño del poeta.

Basiliscos y dragones,
horripilantes visiones
y monstruosos disparates;
esas son las creaciones
permitidas a los vates.

Pero tu dulce alegría,
tu travesura discreta,
tu genial coquetería,
no pueden ser, vida mía,
un ensueño del poeta.

- 17 -

Como al nacer del mar Venus gloriosa,
hoy con todo el fulgor de su hermosura,
brilla mi dulce amada: tierna esposa,
amor a otro hombre jura.

¡Paciente corazón, tu enojo apaga!
no acuses su perjurio y su mancilla:
disculpa, pobre corazón, cuanto haga
la adorable loquilla.

- 18 -

No te acuso, al perderte, dueño mío:
no te acuso, aunque el alma me quebrantes:
¡Bella estás con tu espléndido atavío!
¿Podrá, empero, el fulgor de los diamantes
iluminar tu corazón sombrío?

¡Ah! lo sé todo: en dolorido ensueño

vi tu hondo corazón: ¡era morada
de noche obscura, horrible, encapotada!
Y víboras vi en él, ¡oh dulce dueño,
y vi que eras también desventurada!

- 19 -

Desdichada eres tú, querida mía;
desdichados al par somos los dos;
desdichados seremos hasta el día
que cure nuestro mal la muerte pía,
¡hasta que quiera Dios!

Brilla en tus labios risa de despecho,
y en tu mirar irónica altivez;
glorioso y satisfecho,
late el orgullo en tu triunfante pecho;
y somos desdichados a la vez!

Al arder más espléndidos tu ojos,
una lágrima en ellos asomó;
mueren las risas en tus labios rojos;
tu pecho esconde míseros enojos,
¡y eres tan desdichada como yo!

- 20 -

Preludia el violín sonoro;
sigue la música toda;
la dulce niña que adoro
celebra el baile de boda.

La flauta y el violonchelo
marcan su alegre compás:
los angelitos del cielo
lloran a no poder más.

- 21 -

¿Olvidar pudiste así
que tu corazón fue mío,
tu corazón -¡ay de mi!
el más dulce, falso y frío,
de cuantos yo conocí?

¿Así pudiste olvidar
mi querer y mi penar,
tan grandes ambos -¡ay Dios!-
que aún no he podido aclarar
cuál fue mayor de los dos?

- 22 -

Si supieran las pobres florecillas
cuán vivo es mi dolor,
me ofrecieran, piadosas y sencillas,
su aroma bienhechor.

Si supieran los tiernos ruiseñores
cuán grande es mi penar,
dieran algún alivio a mis dolores
cantando sin cesar,

Si supiesen los astros en el cielo
cuán hondo es mi sufrir
dejaran para darme algún consuelo,
su alcázar de zafir.

Pero no saben ¡ay! la pena mía
estrella, ave ni flor;
sábela sólo quien desdeña impía
mi afán y mi dolor.

- 23 -

¿Por qué veo tan pálidas las rosas?
¡Dímelo, vida mía!
¿Por qué están las violetas pesarosas
en la floresta umbría?

¿Por qué la alondra fúnebres clamores
desde los cielos vierte?
¿Por qué aspiro en la esencia de las flores
un hálito de muerte?

¿Por qué derrama el sol, lánguido y frío,
lumbre incierta y obscura?
¿Por qué está el mundo tétrico y vacío,
como una sepultura?

¿Por qué yo propio estoy tan muerto y triste?
¡Habla! ¡contesta! ¡di!
¿Por qué, mi amor, si un tiempo me quisiste,
me abandonaste así?

- 24 -

Hablaron mucho de mí
para robarte la calma;
mucho murmuraron, sí;

pero no ha llegado a ti
lo que me destroza el alma.

Entre mucho «¡Guarda, Pablo!»
soltaban, haciendo el bú,
algún horrible vocablo;
decían que yo era el diablo,
y los escuchabas tú.

Pero, entre tanto fiscal,
quedó lo más criminal,
lo más grave y de más bulto,
en el abismo fatal
de mi corazón oculto.

- 25 -

El ruiseñor cantaba; florecía
el tilo, y fulguraba el sol radiante.
Entonces me besaste, vida mía,
y trémulo tu brazo me oprimía
contra tu ansioso pecho palpitante.

La guirnalda cayó, que el tilo viste;
graznaba el cuervo; desmayado y triste
se hundía el sol; con fría indiferencia
nos dijimos 'adiós' y tú me hiciste
la más ceremoniosa reverencia.

- 26 -

¡Mucho, en verdad, los dos hemos sentido
tú por mí, yo por ti!... ¡y hemos vivido
llevándonos tan bien!... y hemos jugado
a marido y mujer, sin que arañado
nos hayamos jamás, ni sacudido.
Juntos en risa y regodeo y broma
supimos tiernamente
jugar a beso-daca y beso-toma.

Y -¡cosas de muchachos!- de repente
jugar al escondite resolvimos;
y tal jugado habemos,
y tal maña nos dimos,
y tan rebién, por fin, nos escondimos,
que ya nunca jamás nos hallaremos.

- 27 -

Con cariñosa afición

y con obsequios seguros
respondiste a mi pasión;
y en una y otra ocasión
me hiciste salir de apuros.

Me diste -¡cómo ha de ser!
de comer y de beber;
me arreglaste el equipaje,
y hasta te hube de deber
el pasaporte del viaje.

El cielo te guarde pío
en invierno y en estío;
el cielo te guarde... Mas
lo que hiciste en favor mío,
no te lo pague jamás.

- 28 -

Fue crudo y mucho duró
el triste invierno infecundo;
pero, al fin, Abril llegó:
alegróse todo el mundo,
¡todo el mundo, menos yo!
Abriéronse flores suaves;
el cencerro del rebaño
sonó con acentos graves;
y como en tiempo de antaño,
hablaron todas las aves.
No quise atender, adusto,
su idioma revelador:
tachábalo todo, injusto;
no escuchaba a nadie a gusto,
ni aun al amigo mejor.
Esto recuerdo que fue
en aquella época en que
comenzó la gente, odiosa,
a llamar 'Señora de...'
a mi niña veleidosa.

- 29 -

Mientras yo en tierras extrañas
soñaba mil despropósitos,
el tiempo se le hizo largo
a la niña a quien adoro;
cosió el vestido de bodas,
y abrazó, cual dulce esposo,
de todos sus pretendientes
al pretendiente más tonto.

Más hermosa cada día
la veo, y admiro absorto
las rosas de sus mejillas,
las violetas de sus ojos;
y esforzarme en olvidarla
ha de ser -bien lo conozco-
de todos mis desatinos
el desatino más tonto.

- 30 -

Las azules violetas ruborosas
de su pupila, que serena brilla;
las delicadas rosas
de su fresca mejilla;
las blancas azucenas de su mano:
todo, para robarme dicha y calma,
todo aún florece espléndido y lozano:
nada hay marchito en ella, más que el alma.

- 31 -

Es hoy tan bello el mundo; la alta esfera
tan azul; tan sereno el claro río;
tan blando el viento; se abre en la pradera
tanta flor empapada de rocío;
bulle tan jubilosa y placentera
la feliz muchedumbre en torno mío,
que estar quisiera en el sepulcro helado,
a su yerto cadáver abrazado.

- 32 -

Cuando en la tumba yazgas, dueño mío,
en el lecho de sombra y de reposo,
iré a buscarte en su regazo frío,
y allí por fin te abrazaré dichoso.

Te abrazaré, te besaré incesante,
pálida, inmóvil, silenciosa, muerta;
estremecido, extático, anhelante,
te oprimiré a mi pecho, muda y yerta.

Tocará media noche; irán los muertos
a danzar, de sus tumbas evocados;
y por la losa funeral cubiertos,
estaremos los dos bien abrazados.

La trompeta final sonará un día;
acudirán al juicio los difuntos;

y sordos a sus ecos, vida mía,
seguiremos allí, quietos y juntos.

- 33 -

Envuelto en frío sudario
de hielo, sobre un peñón,
se alza un pino solitario
del árido septentrión,

Sueña con una palmera
que en el oriental edén,
en abrasada ribera
suspira y sueña también.

- 34 -

La cabeza

¡Si fuera yo el escabel
de tus plantas, vida mía!
Por más que golpease en él
tu pie caprichoso y cruel,
nunca, amor, me quejaría.

El corazón

¡Si el acerico yo fuera
do tu mano clava fiera
la aguja de tu labor!
¡Cuántas más veces me hiriera
fuera mi gozo mayor!

La copla

¡Si fuera yo el retorcido
papel, al bucle prendido
que tu sien ha de adornar!
¡Cómo dijera a tu oído
lo que hoy tengo que callar!

- 35 -

Huyó la risa de mis labios tristes,
hermosa infiel, cuando te vi partir;
escucho sin cesar bromas y chistes;
¡y no puedo reír!

El llanto huyó de mis cansados ojos,
hermosa infiel, cuando te vi marchar;
rasgan mi corazón duelos y enojos
¡y no puedo llorar!

- 36 -

¡Ay! de mis penas más graves
compongo breve canción,
y agitando plumas suaves,
va a posarse (tú lo sabes)
en tu ingrato corazón.

Penetra en su oculto centro,
y volviendo luego atrás
viene llorando a mi encuentro,
sin que me diga jamás
qué es lo que ha visto allá dentro.

- 37 -

Horteras endomingados
triscan por selvas y prados
cual cabrito en la maleza,
admirando alborozados
la feraz naturaleza.

Los matorrales floridos
contemplan embebecidos;
y el cantar de los gorriones
causa en tus toscos oídos
románticas emociones.

Cubre mi ventana en tanto
negra cortina, y así,
en las alas del encanto,
los fantasmas que amé tanto
vienen de nuevo hasta mí.

Viene mi perdido amor,
rompiendo el sepulcro frío;
me abraza consolador
y sucumbe a su dolor
el pobre corazón mío.

- 38 -

A veces, una imagen ilusoria
del bien que ya perdí,
renace, por traer a mi memoria
aquellos tiempos en que fue mi gloria
estar cerca de ti.

De día, por la calle, a la ventura,
vagaba soñador;

la gente, sospechando mi locura,
contemplaba mi extraña catadura
con sorpresa y temor,

De noche, era mejor; lóbrega, fría,
desierta la ciudad;
yo, con mi sombra, en grata compañía,
silencioso y pausado recorría
la muda soledad.

Lento cruzaba el extendido puente,
resonante a mis pies;
y rasgando el nublado transparente
me mandaba la luna complaciente
salutación cortés.

Delante de tu casa embebecido,
por fuerza incontrastable conducido,
paréme veces mil;
alcé los ojos, agucé el sentido,
delirante, febril.

Yo sé que te asomaste a la ventana
en más de una ocasión;
y me viste, triunfante soberana,
inmóvil, en la esquina más cercana,
como un guardacantón.

- 39 -

Un doncel ama a una bella;
ésta adora a otro galán;
el preferido por ella
enamora a otra doncella,
y al altar felices van.

La víctima de su amor
al primer pobre señor
que encuentra, le da la mano;
el joven que la amó en vano,
sufre y calla su dolor.

Este es un antiguo cuento,
que siempre nuevo será;
y aunque es común el evento
¡ay de quien sufre el tormento
que al alma sensible da!

- 40 -

Cuando escucho la canción

que cantaba mi adorada,
me da un vuelco el corazón,
y por la amarga emoción
siento el alma desgarrada.
Un indefinible anhelo
me conduce; corro, vuelo,
y en el bosque voy a dar;
allí encuentro algún consuelo;
¡pero, a fuerza de llorar!

- 41 -

Soñé con una princesa:
huella de mortal dolor
llevaba en el rostro impresa:
bajo la enramada espesa
la abracé, loco de amor.

-«¡Ah princesa! No ambiciono
corona, cetro ni trono;
guárdelos tu padre, sí;
todo el resto lo abandono,
si lograrte puedo a ti.

-No puede ser: ¡triste suerte!
ya es la tumba mi mansión:
sólo de noche, por verte,
vengo, burlando a la muerte:
¡ve si es grande mi pasión!»

- 42 -

El piélago sin ribera
surcábamos, dulce bien,
una noche placentera,
mecidos por el vaivén
de nuestra barca ligera,

Isla encantada a lo lejos
divisábamos perplejos;
oíamos dulces sones:
y entre pálidos reflejos,
danzaban blancas visiones.

Y cada vez el cantar
era más dulce, y al par
más fantástica la danza;
y por el inmenso mar
íbamos sin esperanza.

- 43 -

Un añejo y dulce cuento
lleva el alma enamorada,
en las alas del portento,
hacia una tierra encantada.
Do, al abrirse, cada flor,
del ocaso al blando arrullo
contempla, llena de amor,
a otro entreabierto capullo.
Donde todo árbol murmura
y habla su lenguaje incierto;
donde toda fuente pura
toma parte en el concierto:
Y es tan dulce la armonía,
y es tan grata la ilusión,
que rinde su poesía
al más duro corazón.
¡Ah! ¡Si en tan bello lugar
lograse feliz reposo,
y mis penas olvidar,
y ser libre, y ser dichoso!
Mas, si esa tierra encantada
logro de noche entrever,
borra su imagen soñada
el sol al amanecer.

- 44 -

Te amé, y mi pobre corazón aun te ama;
y aunque se hundiera el universo un día,
de sus escombros la triunfante llama
de mi insensato amor renacería.

- 45 -

Era hermosa y brillante la mañana;
era el jardín espléndido y fecundo;
la flor charlaba con la flor galana:
yo iba meditabundo.

La flor charlaba con la flor galana,
y decía, mirándome el semblante:
-«¡No guardes, no, rencor a nuestra hermana,
hosco y pálido amante!»

- 46 -

Fulgura mi loco amor,
fogoso al par y sombrío,
cual canto conmovedor

que refiere un trovador
en una noche de estío.

En jardín lleno de flores
gozan, solos, su fortuna
dos rendidos amadores:
¡Cuál cantan los ruiseñores!
¡Cuál resplandece la luna!

Detiénese la doncella;
póstrase el galán ante ella;
entra, de pronto, en el huerto
el Gigante del desierto;
y huye aterrada la bella.

Cae el caballero herido,
y a su antro vuelve el gigante.
Lo mismo me ha sucedido;
la fosa abridme al instante,
y está ya el cuento concluido.

- 47 -

Me han atormentado el alma,
me han descolorido el rostro,
los unos con sus cariños,
con sus rencores los otros.

Me han envenenado el agua
que bebo y el pan que como,
con sus cariños los unos,
con sus rencores los otros.

Pero la que me ha causado
más tormentos, entre todos,
esa, ni jamás me quiso,
ni me odió nunca tampoco.

- 48 -

Brilla el ardoroso estío,
¡adorado dueño mío!
en tu rostro floreciente;
y el invierno, siempre frío,
en tu pecho indiferente.

Mas no pasa el tiempo en vano:
tu rostro el invierno cano
mustiará sin compasión;
y entonces ¡ay! el verano
arderá en tu corazón.

- 49 -

Cuando se dan la mano dos amantes,
por siempre separándose quizás,
los sollozos, las quejas delirantes
no terminan jamás.

Nosotros, en tan críticos momentos,
ni un ¡ay! tuvimos; pero, ya lo ves,
los suspiros, los lloros, los lamentos
han venido después.

- 50 -

Tomaban té y platicaban
a la vez sobre el amor,
ellos, con tono dogmático,
ellas, con dulce emoción.
-«Amor debe ser platónico»
el mustio corregidor
dijo, y exclamó sonriendo
la corregidora: -«¡Ay Dios!»-
-«El amor intemperante
es nocivo» prorrumpió
el doctoral, y una joven
-«¿Por qué?» -dijo a media voz.

-«Amor», dijo la marquesa
«es invencible pasión»,
miró al conde de soslayo
y una taza le ofreció.
Aun cabías tú en el corro,
mi bien, y seguro estoy
de que mucho mejor que ellos
dijeras lo que es amor.

- 51 -

¡Están emponzoñadas mis canciones!...
¿No lo han de estar, mi amor?
Tú mataste mis dulces ilusiones
con tósigo traidor.

¡Mis canciones están emponzoñadas!...
¿No lo han de estar, mi bien?
Llevo en el alma sierpes enroscadas;
¡te llevo a ti también!

- 52 -

Soñé: ¡mi sueño de siempre!
estaba a solas contigo;
eterno amor nos jurábamos
a la sombra de los tilos.
Después de los juramentos,
de largos besos seguidos,
en la mano por memoria,
me clavaste los colmillos.
Niña, la de ojos azules,
la de los dientes blanquísimos,
bastábame el juramento;
de más estaba el mordisco.

- 53 -

Subí a la cumbre altanera;
estaba sentimental.
«¡Si pajarito yo fuera...»
dije, pensando en mi mal.

Si fuera -¿qué más placer?
golondrina, bien querido,
pronto me vieras tejer
en tu ventana mi nido.

Si fuera yo ruiseñor,
iría a darte un concierto,
himnos cantando de amor
en los tilos de tu huerto.

Si fuera canario, a verte
también, y a cantarte, iría,
ya que tanto te divierte
tu canario, vida mía.

- 54 -

¡Anda que andarás! Corría
sin detenerse el carruaje:
vivo el sol resplandecía,
y animación y alegría
daba al hermoso paisaje.

Iba yo triste y mohíno,
recordando de contino
a mi dulce amor ausente:
tres fantasmas, de repente,
me salieron al camino.

Al pasar, me saludaron,

y horribles muecas hicieron,
y los brazos levantaron,
y gimieron y silbaron,
y a lo lejos se perdieron.

- 55 -

Lloraba en sueños con horrible espanto
soñé que estabas muerta, vida mía;
desperté, y aun el llanto
por mi rostro corría.

Lloraba en sueños: con mortal despecho
soñé que me dejabas, bien que adoro;
desperté y largo trecho
corrió amargo tu lloro.

Lloraba en sueños: con anhelo suave
soñé, mi dulce amor, que aún eras mía;
desperté, y -¡Dios lo sabe!-
hoy lloro todavía!

- 56 -

Todas las noches, en feliz ensueño,
hermosa y melancólica te miro;
tú me sonríes, y con loco empeño,
me prosterno a tus pies, lloro y suspiro.

Contemplas dolorida mi quebranto,
doblas después la cabecita rubia;
y las divinas perlas de tu llanto
tus ojos vierten en copiosa lluvia.

Y me das de ciprés rama siniestra,
y una palabra dejas en mi oído;
y despierto azorado, y en la diestra
falta la rama y la palabra olvido.

- 57 -

¡Horrible noche! Un torrente,
vierten las lluvias sonoras;
silba el ábrego inclemente:
¿qué estará haciendo a estas horas,
mi pobre niña inocente?

Viéndola estoy, asomada
al balcón, meditabunda,
la faz en lloros bañada,

y perdida la mirada
en la obscuridad profunda.

- 58 -

El cierzo silba en las ramas;
húmeda y fría es la noche;
envuelto en mi capa negra,
cabalgo a través del bosque.
Delante de mí cabalgan
mis pensamientos indóciles,
y a la mansión de mi amante
me conducen al galope.
Ladran los perros; con luces
salen ya los servidores;
van sonando mis espuelas
al subir los escalones.
En cámara que tapizan
estofas de mil colores,
mi dulce amante me aguarda
y entre sus brazos me acoge.
Y el viento silba en las ramas,
y me dice el viejo roble:
-«¿Adónde vas, loco hidalgo,
con tus locas ilusiones?»

- 59 -

Una estrella pura y bella
caía, sin dejar huella,
en la inmensidad sombría:
del amor era la estrella,
la estrella que así caía.

En lluvia de hojas y flores
al viento, verde manzano
daba sus galas mejores,
y en sus giros voladores
las llevaba el aire vano.

Blanco cisne en limpia fuente
bogaba con blandas plumas,
cantando armoniosamente:
y se hundía en las espumas
de su tumba transparente.

Todo, ¡ay mis tristes amores!
obscuro y mudo quedó:
volaron hojas y flores;
perdió el astro sus fulgores;
el blanco cisne calló.

A un maravilloso alcázar
transportóme el Dios del sueño,
lleno de mágicas luces
y de vapores siniestros.
Tropel confuso de gente
iba con pasos inciertos
por el largo laberinto
de cámaras y aposentos.
La puerta buscaban todos,
dudosos, pálidos, trémulos;
gritos angustiosos dando,
manos convulsas tendiendo.
Mezclábanse en el tumulto
señoras y caballeros,
y en el obscuro gentío
encontrábame yo envuelto.
Hállome de pronto a solas;
miro en torno, y no comprendo
cómo pudo disiparse
la turba en tan breve tiempo.
Solo, enteramente solo,
echo a andar, sin rumbo cierto;
pero plomo son mis plantas,
plomo mi angustiado pecho:
la salida busco en vano,
y de hallarla, desespero.
De pronto llegó a la puerta,
mas, cuando a la puerta llego,
encuentro en ella... ¡Dios mío!
¿Cómo decir lo que encuentro?
Era mi hermosa tirana,
era mi adorado dueño
con el suspiro en los labios
y en la frente el desconsuelo.
Vuelvo atrás despavorido,
y ella me llama en silencio
con un ademán, que ignoro
si es de súplica o imperio;
pero en sus ojos celestes
brilla dulcísimo fuego,
que en la frente y las entrañas
sentí arder al mismo tiempo.
Me miraba y me miraba
con aire amante y severo,
y a lo mejor de mirarme,
me hallé, de pronto, despierto..

- 61 -

La noche es negra y fría;
por la selva sombría
arrastro sollozando mi tristeza;
a los robles despierta la voz mía,
y mueven, compasivos, la cabeza.

- 62 -

En cualquier encrucijada
dan sepultura ignorada
a quien se quita la vida:
nace una flor azulada;
la flor del alma perdida.

Era de noche, y en una
encrucijada escondida
paréme; ¡negra fortuna!
¿Que vi? ¡Brillar a la luna
la flor del alma perdida!

- 63 -

¡Ah! doquiera que voy, triste y sombrío
cíñeme obscuridad llena de enojos,
desde que no me alumbra, vida mía,
el rayo de tus ojos.

Apagóse la luz tan clara y pura
la estrella de amor plácida y tierna;
abre a mis pies horrible sepultura;
¡trágame, noche eterna!

- 64 -

Mis ojos todo eran sombra;
mi boca, pesado plomo:
la sien fría, el pecho inmóvil,
yacía en sepulcro lóbrego.
Cuánto tiempo allí dormía
es un misterio que ignoro;
desperté porque en la tumba
me llamaban, no sé cómo.
-«¿No te levantas, Enrique?
Ya despunta venturoso
el día eterno, y los muertos
se alzan del sepulcro todos.
-Mi bien; no puedo moverme:
aún están ciegos mis ojos;
tanto su desdén lloraron,

que los cegaron los lloros.
-Verás cómo el velo, Enrique,
a fuerza de besos rompo;
y aparecerá a tu vista
todo el celestial emporio.
-Mi bien, moverme no puedo:
el corazón tengo roto;
aún mana sangre la herida
que le hicieron tus antojos.
-Sobre el corazón, Enrique,
la piadosa mano pongo,
y ya no duele la herida
ni mana sangre tampoco.
-Mi bien, moverme no puedo.
las sienes tengo hechas trozos;
yo mismo las destrozaba
al saber que tú eras de otro.
-Venda, Enrique, de tus sienes
haré con mis rizos propios,
restañando de tu sangre
los derramados tesoros».
Resistir más ya no pude
el halagüeño coloquio;
por levantarme y seguirla
hice un esfuerzo espantos.
Abriéronse las heridas;
y saltó la sangre a chorros;
al verme anegado en ella,
grité y desperté de pronto.

- 65 -

Quiero enterrar mis cantares,
quiero enterrar mis ensueños;
y un ataúd voy buscando
donde quepan todos ellos.
¡Cuántas cosas, cuántas cosas
he de meter allí dentro!
Como el tonel de Heidelberga
habrá de ser, por lo menos.
Para conducirle a cuestas
necesito dos maderos:
como el puente de Maguncia
han de ser largos y recios.
Buscaré doce gigantes,
los doce tan corpulentos
como aquel santo Cristóbal
que es de Colonia portento.
En hombros han de llevarlo
a orillas del mar revuelto;
han de arrojarlo al abismo:
¡tal fosa para tal féretro!

¿Preguntáis por qué tan grande
la caja fúnebre quiero?
¡Porque he de encerrar en ella
mi amor y mis sufrimientos!

Apéndice al «Intermezzo lírico»

- 1 -

Puras, doradas, fúlgidas estrellas,
saludad gratas a mi dueño cruel;
decidle que soy siempre, luces bellas,
tierno y sumiso, desgraciado y fiel.

- 2 -

Encadéname en tus brazos,
mujer, estréchame más;
aprieta bien tus abrazos,
y anuda tanto esos lazos,
que no se rompan jamás.
¡Así! ¡logré mi ambición!
Ya ceñido, corazón,
por la más bella serpiente,
gozarás perpetuamente
las dichas de Laocón.

- 3 -

Aunque me lo diga el cura,
no creo en el cielo, no;
creo en tus radiantes ojos,
que mi único cielo son.
Aunque me lo diga el cura,
no creo en Dios padre, no;
en tu corazón yo creo,
tu corazón, que es mi Dios.
No creo, no, en el infierno;
solamente creo yo
en tus bellísimos ojos
y en tu infame corazón.

- 4 -

Eterna y dulce memoria
me roba sosiego y calma,

recuerdo -¡dicha ilusoria!-
que en breves días de gloria
fuiste mía en cuerpo y alma.
Aún tu cuerpo palpitante
tan mórbido y arrogante,
estrechara, de amor loco;
el alma me importa poco;
alma, tengo yo bastante.
Partirla quisiera, si,
y en abrazo sin igual
la mitad dártela a ti;
y de cuerpo y alma, así
fuera el conjunto cabal.

- 5 -

Oí elogiar por igual
tres cosas de gran valor;
la piedra filosofal
y la amistad y el amor.
Ansioso tras ellas fui;
pero, ¿existen?; no lo sé.
He de deciros, de mí,
que jamás las encontré.

El regreso

(1823-1824)

- 1 -

Fulguró en mi vida obscura
imagen de excelsa prez;
pero huyó esa imagen pura,
y a ciegas voy otra vez.

El niño, cuando camina,
por tenebroso lugar,
el terror que le domina
vence a fuerza de cantar,

Niño soy, que a obscuras canto;
poco vale mi canción;
pero nada alivia tanto
mi doliente corazón.

- 2 -

Estoy triste, muy triste, sin que entienda
la razón ni el por qué:
fija tengo en la mente una leyenda
que en la infancia escuché.

Era frío el crepúsculo; rodaba
tranquilo el Rhin; el sol
las cúspides remotas alumbraba
con su último arrebol.

Allá, en la cima, en trono diamantino,
en fúlgido sitial,
peinaba sus cabellos de oro fino
doncella celestial,

Peinábalos con peine también de oro,
cantando una canción,
cuyo eco singular, triste y sonoro,
turbaba el corazón.

Surcó un barquero la corriente undosa;
oyó el dulce cantar:
y contemplando a la doncella hermosa,
fue en el escollo a dar.

Tragó el río la barca y el barquero:

y esa tirana ley
sufre siempre quien oye el lisonjero
cantar de Loreley.

- 3 -

Mi corazón está triste;
Abril alegre y florido:
al pie de los viejos muros,
sobre un tronco me reclino.
Encerrado en cauce estrecho,
corre silencioso el río;
pasa, en ligera barquilla,
cantando y silbando un niño.
A lo lejos se dibujan
en risueño laberinto,
quintas, huertos, labradores,
vacas, prados, selvas, riscos.
Lavan las mozas y tienden
en la hierba el blanco lino;
suena el batán, y las aguas
trueca en espumosos rizos.
Hay una estrecha garita
sobre el torreón sombrío;
va y viene el fiel centinela,
todo de rojo vestido.
Con el fusil, que al sol brilla,
haciendo está el ejercicio:
¡apunta bien, centinela,
y descerrájame un tiro!

- 4 -

Voy por la selva, y lloro sin sentirlo:
¡Y así pasan las horas!
Salta de rama en rama el negro mirlo:
y dice: «¿Por qué lloras?

-La golondrina azul, tu tierna hermana,
decírtelo pudiera,
pues tiene puesto el nido en la ventana
de mi niña hechicera».

- 5 -

La noche está borrascosa;
no hay en el cielo una estrella;
todos los árboles silban
cuando cruzo por la selva.
Una luz en la cabaña

del cazador centellea;
pero no llama a los ojos
su claridad macilenta.
Sentada en sillón de cuero
está la abuelita ciega,
inmóvil y silenciosa,
como una imagen de piedra.
El hijo del guardabosque
viene y va con planta inquieta;
cuelga el arcabuz al muro,
y una carcajada suelta.
Baña el lino con sus lágrimas
la bellísima hilandera;
gruñe el mastín de su padre,
gruñe y a sus pies se acuesta.

- 6 -

Si encuentro en mis excursiones
la familia de mi amada,
padre, madre y hermanitas
me reconocen y abrazan.
Me saludan, me interrogan,
y todos a un tiempo charlan;
dícenme que estoy lo mismo,
aunque más flaco de cara.
Pregunto a mi vez por tías,
por sobrinas y cuñadas,
y hasta por aquel cachorro
que tan juguetón ladraba.
Pregunto también por ella,
con otro -¡ay cielos!- casada,
y me dicen, muy gozosos,
que recién parida se halla.
Les doy mil enhorabuenas
con la sonrisa más grata,
y les digo balbuceando
que me pongan a sus plantas.
La hermanita, de repente,
dice: «Al perro le entró rabia,
y lo llevaron al río,
y lo arrojaron al agua».
La pequeña cuando ríe
es retrato de su hermana,
y tiene los mismos ojos
causantes de mis desgracias.

- 7 -

En la choza del barquero,
contemplábamos el mar;

las neblinas de la tarde
llenábanlo todo ya.
Encendió el próximo faro
su antorcha providencial;
allá a lo lejos, muy lejos,
un buque vimos pasar.
Hablábamos del marino
y de su incesante afán,
siempre en continua borrasca,
siempre en incierta ansiedad.
De lueñas tierras, del Polo
Austral y del Boreal;
de pueblos de extraña raza
y de vida singular.
En el Ganges todo ríe;
selvas perfumadas hay,
y adora la flor del loto,
gente dichosa y jovial.
En Laponia, grey escuálida
de ancha boca y sucia faz,
cuece arenques, y temblando
se acurruca en pobre hogar.
Escuchaban las doncellas;
nadie dijo nada más;
y la nave que pasaba
se perdió en la obscuridad.

- 8 -

Graciosa pescadorcilla,
tu barca, de audaces remos,
atraca a esta mansa orilla,
y mano a mano hablaremos
sin temor y sin mancilla.

En mi pecho reclinar
bien puedes tú la cabeza:
¿no fías, sin vacilar,
en la bonanza o fiereza
del alborotado mar?

Mi corazón, dulce bien,
es un mar inmenso y hondo,
tiene su eterno vaivén,
sus escollos, y también
blancas perlas en el fondo.

- 9 -

Arde la luna, lámpara bendita,
y al mar da su fulgor;

abrazo a mi adorada, y fiel palpita
en nuestro pecho amor.

Solo estoy, en los brazos de mi hermosa:
-«¿Qué es lo que escuchas, di,
en la voz de los vientos misteriosa?
¿Por qué tiemblas así?

-No es el viento, es la voz de mis hermanas,
hoy vírgenes del mar,
que en cavernas profundas y lejanas
suspiran, sin cesar».

- 10 -

La luna, colosal manzana de oro,
rasga el nublado en la celeste cumbre
y derrama en el piélago sonoro su
brilladora lumbre.

Por la extendida playa, do refrenan
su furor las corrientes, voy a solas,
y oigo las voces que incesantes suenan
en las revueltas olas.

Con grave lentitud la noche avanza
y el pecho estalla con pujante brío:
venid, ondinas, y en alegre danza
girad en torno mío.

Reciban vuestros brazos palpitantes
mi frente moribunda y dolorida;
y halle yo en vuestros ósculos amantes
raudal de eterna vida.

- 11 -

¡Cuánta nube! En sus mullidos
pliegues duermen las deidades;
y en los orbes conmovidos,
al compás de sus ronquidos,
estallan las tempestades.

El huracán turbulento
estrella al frágil bajel:
¿quién el ímpetu violento
podrá detener del viento
y del loco mar infiel?

Pues nadie puede enfrenar
de los vientos y del mar

las furiosas tempestades,
me echo a dormir y a roncar,
lo mismo que las deidades.

- 12 -

Suena el huracán la trompa;
corren sobre el mar sus ráfagas;
y al son de los latigazos
rugen las olas y saltan.
Abre el firmamento lóbrego
sus inmensas cataratas:
el Océano y la Noche
riñen su mayor batalla.
Detiénese una gaviota
en el palo de mesana:
las plumas bate y da un grito
que mil desastres presagia.

- 13 -

Crece la borrasca: brilla
el lampo en la obscuridad;
brama el viento, ruge y chilla.
¡Cómo danza la barquilla!
¡Qué noche! ¡Qué tempestad!
La mar a cada momento,
forma un monte turbulento;
húndese luego a mis pies,
y hasta el alto firmamento
encabrítase después.
En la bodega sombría
suenan el rezo apocado
o la maldición bravía;
y al mástil bien agarrado
sueño en ti, ¡casita mía!

- 14 -

Anochece; las pálidas neblinas
cubren el vasto piélago; siniestras
gimen las ondas y visión gallarda
miro surgir entre ellas.

El hada es de los mares, que a la orilla
viene, y callada junto a mí se sienta,
dejando ver su seno alabastrino
la túnica entreabierta.

Los brazos abre, y me los echa al cuello

con tal empuje, que respiro apenas:
-«Muy fuertes son, exclamo, tus abrazos,
bellísima Sirena!

-Si mis brazos te oprimen tan ansiosos,
si a mi seno te estrecho con tal fuerza,
es porque sopla congelado el cierzo
y el frío me penetra».

Entre las nubes lóbregas asoma
la luna, siempre triste y macilenta:
-«¡Tus ojos se humedecen y se enturbian,
bellísima Sirena!»

-«No se enturbian mis ojos ni humedecen:
salgo del mar que protector me alberga;
de sus olas amargas una gota
en mis pupilas queda».

Lanza un grito agorero la gaviota;
bate el mar espumoso la ribera:
-«¡Cuál tu agitado corazón palpita,
bellísima Sirena!

-¡Si así palpita mi azorado pecho,
si salta el corazón y arden mis venas,
es, gallardo mortal, porque te adoro
con ansiedad frenética!»

- 15 -

Paso por tu casa y miro,
cuando brilla la mañana:
¡cuán dulcemente suspiro
niña hermosa, si te admiro
asomada a la ventana!

En mí clavas complacientes
los ojos, negros y ardientes,
y que preguntas infiero:
-«¿Quién eres? ¿Qué es lo que sientes,
melancólico extranjero?»

-«¿Quién soy?... Un vate alemán;
y allí me conocen bien:
si citan con noble afán
nombres que gloria les dan,
citan el mío también.

«¿Qué siento?... Lo que yo siento
lo sienten muchos allí;
cuando citan un portento

de infortunio y sufrimiento,
también me citan a mí».

- 16 -

El mar brillaba con la luz extraña
que da el ocaso a las dormidas olas:
los dos, del pescador en la cabaña,
silenciosos estábamos y a solas.

Remontábase lenta nube obscura;
audaz tendía la gaviota el vuelo;
y una lágrima hermosa, tibia y pura,
bañó tus ojos y nubló su cielo.

Miré, ansioso, rodar por tu mejilla
y caer en tu mano aquella perla;
y doblé conmovido la rodilla,
y con ardiente labio fui a beberla.

Desde entonces la frente doblo triste,
y sufre el corazón rudo quebranto:
mira, desventurada, lo que hiciste;
envenenóme el corazón tu llanto.

- 17 -

Hay en las cumbres aquellas
un castillo encantador,
y en el castillo tres bellas:
me han probado todas ellas,
me han probado bien su amor.

Gocé el lunes los abrazos
de Amalia; en los mismos lazos
me estrechó el martes María,
y el miércoles Rosalía
me descoyuntó en sus brazos.

El jueves, gran recepción
tuvieron: ¡soberbia noche!
¡Qué lujo! ¡Qué ostentación!
Iba en larga procesión
gente a caballo y en coche.

No me invitaron; y a fe
que el ardid inútil fue:
mi ausencia se hizo notar,
y hubo la que yo me sé
de reír y murmurar.

- 18 -

Cual nube confusa y vaga,
la ciudad se ve a lo lejos
entre sombras y reflejos
de la tarde que se apaga.

Riza el agua el viento leve;
mi barquero, acompasados
alza los remos pesados
y la negra lancha mueve.

Y el sol su postrer fulgor
aún lanza para alumbrar
el malhadado lugar
que fue tumba de mi amor.

- 19 -

¡Bien hayas, oh bulliciosa
inexcrutable ciudad!
Entre la turba afanosa
guardaste un día a la hermosa
que era mi felicidad.

Torres y puertas, ¿qué fue
de la bella a quien adoro?
En prenda os la confié,
y cuentas os pediré,
de mi perdido tesoro.

Mas, no sois culpables, no,
viejas torres, de sus tretas;
pues hubisteis de estar quietas
cuando la loquilla huyó
con sus cofres y maletas.

Tú, que la debiste ver,
negro portal, ¿qué me dices?
Que nunca sabes qué hacer
cuando nos da una mujer
con la puerta en las narices.

- 20 -

Sigo la antigua senda acostumbrada
la calle que solía;
y me llevan los pies a su morada,
hoy lóbrega y vacía.

¡Cuán angosta es la calle! El pavimento
¡cuán escabroso y duro!
-Las paredes caer sobre mí siento,
y la marcha apresuro.

- 21 -

Entré en la estancia de la hermosa mía,
juróme amor con lágrimas fervientes:
do cayeron sus lágrimas, bullía
enjambre de serpientes.

- 22 -

Tranquila está la noche; silenciosa
la calle; éste es el sitio; aquí vivía.
Ha mucho tiempo huyó la niña hermosa:
la casa aún está allí, triste y vacía.

¡Y un hombre miro al pie, sombra importuna
que los brazos levanta delirante!...
¡Santos cielos! ¡Al rayo de la luna
descubro en su semblante mi semblante!

Pálido espectro de mis penas propias,
¿por qué, dándome inútiles reproches,
el loco afán en las tinieblas copias,
que así llenó mis anhelantes noches?

- 23 -

¿Y puedes dormir en calma
sabiendo que aún vivo yo?
¡Renace la ira en el alma
que su yugo sacudió!

¿Recuerdas lo que decía
la canción? Murió un doncel,
volvió, y a la tumba fría
llevóse a su amada infiel.

Niña hermosísima, advierte
lo que a recordarte voy:
aún vivo, aún vivo, y más fuerte
que todos los muertos soy.

- 24 -

La hermosa duerme en su cuarto:
entra en él la luna pálida;

dulce música de valses
oye sonar en la plaza.
«¿Quién turba mi sueño?» dice,
y se asoma a la ventana:
¡es un horrible esqueleto
que toca a la vez y canta!
-«Un vals tú me prometiste,
y has faltado a la palabra:
ven conmigo al Camposanto:
esta noche, allí es la danza».
La hermosa salta del lecho,
la hermosa sale de casa,
la hermosa sigue al espectro,
que al par toca, brinca y marcha.
Marcha, brinca, toca y hace
con su horrenda frente calva
al resplandor de la luna
mil reverencias extrañas.

- 25 -

Yo contemplaba su retrato en sueños,
su imagen bendecida,
y vi brotar de súbito, halagüeños,
los signos de la vida,

Dulce sonrisa, de indecible encanto,
abrió sus labios rojos;
gota feliz de cariñoso llanto
apareció en sus ojos.

Y corría también por mi semblante
lloro mal contenido;
y «¡No puedo, exclamaba delirante,
creer que la he perdido!»

- 26 -

¡Atlante soy, cansado y dolorido!
A cuestas llevo un mundo, el del dolor.
Llevo lo que llevar nadie ha podido;
y ya sucumbo al peso abrumador.

¡Soberbio corazón, tú lo quisiste!
Pedías todo el bien o todo el mal;
no puedes pretender sino más triste;
cumplida está tu aspiración fatal.

- 27 -

Los años vienen y van
se abre y se cierra la tumba,
y no logro que sucumba
este apasionado afán.

Y no querrá nunca Dios
que feliz llegue a su lado,
y exclame, a sus pies postrado:
«Señora, muero por vos».

- 28 -

¡Oh dulce ensueño! Brilla desmayada
la luna, y me conducen sus reflejos
a la ciudad do vive mi adorada
allá, lejos, muy lejos.

Contemplo su morada embebecido,
y un beso en el umbral mi labio sella,
en el umbral que roza su vestido
y su breve pie huella.

Larga es la noche y fría cual ninguna:
frío el umbral, do extático me postro;
y en la ventana, al rayo de la luna,
resplandece su rostro.

- 29 -

Oh solitaria lágrima ¿qué quieres?
¿Por qué enturbias mis ojos?
Ultimo resto y único tú eres
de pasados enojos.

¡Muchas hermanas, lágrima, tuviste!
¡Todas se evaporaron!
Con mi breve ilusión y mi afán triste,
cayeron y pasaron.

Pasaron los fantásticos reflejos
que en larga noche obscura
alumbraban falaces a lo lejos
mi soñada ventura.

Pasó el ansiado amor, cual soplo leve
de la fortuna varia:
¡pasa, cual ellos, silenciosa y breve,
lágrima solitaria!

- 30 -

Brilla la menguante luna
entre nubarrones pardos;
solitaria la abadía
está junto al Camposanto.
La Biblia estudia la madre;
mira la luz el muchacho;
la hermana mayor dormita;
dice la otra bostezando:
«¡Todos los días lo mismo!
¡Qué fastidio y qué cansancio!
han de enterrar algún muerto
para ver nosotros algo».
Sin dejar la madre el libro,
dice: «Ya trajeron cuatro
desde el día en que a tu padre,
(que en paz descanse) enterraron».
La hermana mayor exclama:
«De pasar hambre me canso:
iréme a casa del conde,
que es rico y apasionado».
Y el mozo: «Tres cazadores
vi en la venta, echando un trago:
van esparciendo doblones,
y han de enseñarme a buscarlos.»
La Biblia le arroja al rostro
la madre, y con grito amargo,
prorrumpe: -«¡Facineroso
quieres ser, hijo malvado!»
Y llaman a la ventana,
y signos hace una mano,
y está allí el padre difunto
envuelto en sus negros hábitos.

- 31 -

¡Cuánta nieve! ¡Cuánto frío!
¡Qué noche! ¡Qué tempestad!
Ruge el huracán bravío,
y en la ventana, sombrío,
contemplo la obscuridad.

¿Qué es aquel fulgor lejano
que pálida luz refleja?
Una pobrecilla vieja,
con la linterna en la mano,
pausadamente se aleja.

Va a comprar regocijada
manteca, huevos y miel;
y a su niña idolatrada
le hará el que tanto le agrada

jugoso y dulce pastel.

Reclinada en sillón blando
la hija, con plácido hechizo,
la luz mira dormitando,
y un dorado y suelto rizo
baja, sus hombros rozando.

- 32 -

Dicen que amor inclemente
abrió a mis pies un abismo;
tanto lo dice la gente,
que acabaré, finalmente,
por creérmelo yo mismo.

Muchas veces te juré
amor y constante fe,
niña de rasgados ojos,
y te dije mis enojos,
y que por ti moriré.

Mas no, solo, en tu aposento
te declaré lo que siento;
cuando en tu presencia me hallo
cuanto más decir intento,
más vacilo, tiemblo y callo.

Angeles malos mi boca
cerraron -¡aprensión loca!-
y por ello sufro así:
¡ángeles malos, cuán poca
piedad hubisteis de mí!

- 33 -

¡Pudiera yo tu mano de azucena
besar sólo una vez!
¡Llevarla al corazón, que por ti pena,
y morir de amorosa languidez!

Tus ojos de violeta ruborosa
fulguran día y noche para mí:
ese problema azul, que así me acosa,
¿qué significa? Di.

- 34 -

-«¿Y tu amorosa dolencia
no habrá llegado a entender?
¡No pudiste en ella ver

señal de correspondencia!
¿Cuando estás en su presencia,
nada del fuego interior
te revela el resplandor
de sus pupilas hermosas,
a ti, que en tan dulces cosas
eres maestro y doctor?»

- 35 -

Ambos se amaban, y ninguno quiso
confesar su pasión;
¡cual si enemigos fueran, se miraban,
muriéndose de amor!

Separáronse al fin; no más en sueños
el uno al otro vio;
estaban ambos muertos, sin saberlo
ninguno de los dos.

- 36 -

Cuando con hondos lamentos
les dije mis sufrimientos,
nadie los quiso escuchar:
hoy cuento los mismos males
en renglones desiguales;
y me aplauden a rabiar.

- 37 -

Llamé al diablo, y vino al punto.
¡No fue pequeño mi asombro!
no es, como dice la gente,
feo, cornudo ni cojo.
Es simpático, elegante,
bastante joven, buen mozo,
muy cortés, hombre de mundo,
complaciente y obsequioso.
Es, además, consumado
político, y en sus ocios
sobre el Estado y la Iglesia
diserta con gran aplomo.
Tiene la color quebrada,
y mas no es extraño tampoco,
y pues ahora estudia el sanscrito
y los modernos filósofos
Su poeta predilecto siempre es Fouqué. Gusta poco
de los críticos, y evita
debates contradictorios.

Alegráse cuando supo
que estudié en años remotos
jurisprudencial y me dijo
que él cursó los prolegómenos.
Añadióme que estimaba
mi trato, como un tesoro;
e inclinándose repuso:
«Os vi, si no me equivoco,
en la embajada española».
Y, mirando bien su rostro,
caí al fin en que hace tiempo
conocía yo al demonio.

- 38 -

Acuérdate del diablo y de sus cuernos;
la humana vida es breve:
y la caldera que arde en los infiernos,
no es cuento de la plebe.

Paga las deudas, y el Señor te asista;
larga es la vida humana,
y tendrás que acudir al prestamista
quizá otra vez mañana.

- 39 -

Preguntan los magos venidos de Oriente
a todos aquellos que encuentran y ven:
«Decid, gente honrada, decid, buena gente,
¿cuál es el camino que va hacia Belén?»

Si nadie contesta, si nadie lo sabe,
no el séquito regio su marcha paró:
estrella divina de luz pura y suave
les marca la ruta que el cielo trazó.

Detiénese el astro de luz bienhechora
encima del santo y humilde portal;
el buey allí muge, y el Niño-Dios llora,
y entonan los Magos el himno triunfal.

- 40 -

Inocentes niños éramos,
inocentes niños ambos;
solíamos en la paja
del gallinero ocultarnos.
Al gallo y a las gallinas
tanto y tan bien remedábamos,

que oír la gente pensaba
a las gallinas y al gallo.
Con unos tapices rotos
y unos cajones del patio,
para vivir los dos juntos,
fingíamos un palacio.
Una gata vieja y flaca
venia de vez en cuando:
¡cuántos saludos le hicimos,
reverencias y agasajos!
¡Cuántas afables preguntas
sobre su salud y estado!
¡Ay! ¡con cuántas gatas viejas
habremos hecho otro tanto!
Como personas formales
hablábamos algún rato,
echando siempre de menos
el feliz tiempo de antaño.
«Amor, buena fe, constancia,
se van, como por ensalmo;
está el café por las nubes;
¿y el dinero?... ¡no hay un cuarto!»
Pasaron aquellos juegos,
y también -¡ay Dios- pasaron
amor, buena fe, constancia
ilusión, vida y encanto.

- 41 -

Me oprime anhelo profundo,
si pienso en la antigua edad:
¡cuán deleitoso era el mundo!
¡Qué manantial tan fecundo
de amor y felicidad!

Hoy, un mal va de otro en pos;
y por rendir testimonio
de su impotencia los dos,
muerto, allá arriba, está Dios;
muerto, allá abajo, el demonio.

¿Qué de nosotros sería
en esta Babel sombría,
do lucha todo sin calma,
a no guardar, vida mía,
un poco de amor el alma?

- 42 -

Como en el negro cielo encapotado
surge la luna plácida y serena,

así del fondo obscuro del pasado
brota imagen de amor que me enajena.
Surcábamos el Rhin: pausadamente
empujaba la barca el patrio río:
brillaba en la ribera floreciente
tarde feliz de luminoso estío.

A las plantas sentado de mi amante,
el bien gozaba que perdido lloro;
el sol, arrebolando su semblante,
daba a su blanca frente nimbo de oro.

Coro de bellas vírgenes cantaba:
todo era amor y encanto y alegría:
el pecho ¡cuán feliz se dilataba!
el cielo !cuán azul resplandecía!

Aldeas y castillos, selva y prados,
pasaban en visión esplendorosa,
y yo los contemplaba retratados
en las claras pupilas de mi hermosa.

- 43 -

Hallé en sueños a mi amada:
¡cuán desdichada criatura!
Encorvado está su cuerpo
y todas sus gracias mustias.
Lleva un niño de la mano,
otro en los brazos, y anuncian
mirada, ademán y traje
flaquezas y desventuras.
Por la plaza del mercado
va errante y meditabunda;
me mira, y así le digo
con voz pausada y convulsa:
«Enferma estás y abatida;
ven, mujer, mi casa es tuya»;
con mi auxilio y mi trabajo
no ha de faltarte pan nunca.
De esos dos niños que llevas,
curaré, si Dios me ayuda;
y de ti, más que de todos,
¡desventurada criatura!
Para contar que te quise
ha de ser mi boca muda,
y una lágrima piadosa
verteré en tu sepultura».

- 44 -

¿Siempre repetirás, oh caro amigo,
una misma canción?
¿Siempre estarás inmóvil empollando
los huevos rancios de tu añejo amor?
Los polluelos la cáscara quebrantan;
pían, brincan después, corren al sol;
y atrapándoles tú -¡pobres polluelos!-
en tus libros les das jaula y prisión.

- 45 -

No te impacientes, cariñoso amigo,
porque al añejo afán
responda con monótonos acentos
cada nuevo cantar.

Aguarda, aguarda a que se pierda el eco
de mi pasión fatal,
y los trinos de nueva primavera
del alma brotarán.

- 46 -

Ya es hora, sí, ya es sazón
de apartar del corazón
la locura que lo asedia;
bastante, cual pobre histrión,
representé la comedia.

Eran góticos salones
bambalinas y telones;
purpúreo manto mi traje;
novelescas mis pasiones;
romántico mi lenguaje.

Di fin a tal fingimiento;
pero el mal no se remedia:
las mismas angustias
siento: parece que represento todavía la comedia.

Es que, burlando, decía
mi afán secreto y profundo:
la muerte en el alma mía
llevaba cuando fingía
al luchador moribundo.

- 47 -

Reza, suspira, ayuna y se flagela

Wiswamitra, el gran rey,
porque la vaca de Wasista anhela
ganar en buena ley.

Pues de ese modo atormentarte quieres,
Wiswamitra, gran rey,
por una vaca mísera, no eres
más que un solemne buey.

- 48 -

Corazón, corazón, calla y espera;
sufre sin quejas el destino eterno
renacerá otra vez la primavera
tras el áspero invierno.

Aún no agotó la vida sus mercedes:
¡Bello es el mundo, luminoso el día!
y todo aquello que te plazca, puedes
amarlo todavía.

- 49 -

Hermosa, sencilla y pura
eres tú, cómo una flor;
cuando admiro tu hermosura
mi pobre pecho tortura
indefinible dolor.

Y mi diestra cariñosa
sobre tus sienes se posa,
y a Dios pido, para ti,
que siempre seas así:
pura, sencilla y hermosa.

- 50 -

Niña, por tu salvación
pido al ángel de tu guarda
que tu puro corazón
en la insensata pasión.
que abrasa el mío, no arda.

Y de tan cumplido modo
acoge Dios mi querella,
que a tanto no me acomodo,
y a veces exclamo: ¡si ella
me amase, a pesar de todo!

- 51 -

Siempre que en la noche obscura
el lecho tranquilo y blando
sosiego y paz me procura,
pasa, mis sienes rozando,
una imagen bella y pura.

El sueño con su beleño
cierra mis ojos risueño;
y esa imagen, pura y bella,
en lo mejor de mi sueño
su apacible luz destella.

Y cuando el alba tardía
borra de la fantasía
toda nocturna visión,
aún la llevo todo el día
dentro de mi corazón.

- 52 -

¡Niña de las pupilas brilladoras
y el labio de rubí!
¡Niña, niñita mía! a todas horas,
estoy pensando en ti.

La luenga noche del invierno helado
me retiene en tu hogar,
y feliz puedo, junto a ti sentado,
charlar y más charlar.

¡Si pudiera rozar con labio ardiente
tu mano ¡oh dulce bien!
y derramar en ella juntamente
mis lágrimas también!

- 53 -

Caiga la nieve a montones,
llueva y granice sin fin,
haga el viento en mis ventanas
todos los vidrios crujir:
poco el temporal me importa,
llevando dentro de mí
la imagen de mi adorada
y los céfiros de abril.

- 54 -

A San Pedro o San Pablo rezan unos;

otros, devotos de la Virgen son;
yo sólo a ti consagro mis plegarias,
a ti, plácido sol!

Sé para mí benéfica y piadosa;
dame besos y abrazos, dame amor,
entre adorados soles, virgen bella,
entre vírgenes bellas, áureo sol!

- 55 -

¿No te basta que pálido el semblante
te revele mi afán y mi dolor?
¿Quieres tú que mendigue suplicante
mi propio labio tu altanero amor?

Altanero es también el labio mío:
sólo sabe besar o sonreír
y fingirá quizás mofa o desvío
cuando estaré sintiéndome morir.

- 56 -

«¡Ay! amigo, nuevamente
ama tu espíritu ardiente
con insensata pasión;
no la define aún tu mente;
mas late en tu corazón.

»Tú protestas: ¡*Dios me guarde!*
¡Yo enamorado!... ¡Embeleco!
y tu corazón tal arde,
cuando eso dices cobarde,
que se te quema el chaleco».

- 57 -

Mi corazón anhelante
buscó reposó y placer
a tu lado; tú, inconstante,
te separaste al instante:
¡tenías mucho que hacer!

Te dije, prenda adorada,
que era tuya el alma mía;
y tú, esquiva y asombrada,
soltando la carcajada,
me hiciste una cortesía.

La herida que me abre el pecho

después más profunda has hecho,
y un agravio de otro en pos,
me ha negado tu despecho
hasta el beso del adiós.

¿Piensas que una bala cruel
fin a mis ansias dará?
Cuesta tragar tanta hiel;
pero eso, mi hermosa infiel,
me ha pasado otra vez ya.

- 58 -

Espléndidos zafiros
son tus azules, celestiales ojos:
¡Feliz, feliz el hombre
a quien miren extáticos y absortos!

Purísimo diamante,
es tu fiel corazón, como no hay otro:
¡Feliz, feliz el hombre
por quien irradie sus destellos todos!

Son fúlgidos rubíes
tus dulces labios, que me vuelven loco:
¡Feliz, feliz el hombre
a quien sonrían tiernos y amorosos!

Si en apartada selva
yo, frente a frente, le encontrara, y solo,
¡cuán poco sus venturas
duráranle, cuán poco!

- 59 -

Tu corazón perseguí
con vanas galanterías;
pero en mis redes caí,
trocándose para mi
en veras las burlas mías.
Tú, con faz galante y leda,
puedes en igual moneda
pagar mi tardo suspiro;
y a mí un recurso me queda
radical... ¡pegarme un tiro!

- 60 -

El mundo, el alma, la vida,
son descosidos fragmentos:

buscando voy un filósofo,
germánico, por supuesto,
que un buen sistema me hilvane
atando esos cabos sueltos.
Con su bata y con su gorro,
ya, orondo y grave, le veo
tapando todas las grietas
y fallas del Universo.

- 61 -

Quebréme la cabeza noche y día
con mil problemas de áridos enojos;
y descubrí la incógnita, alma mía,
al contemplar tus ojos.

Todo mi ser del resplandor brillante
de tu dulce pupila está suspenso:
desde que soy tu afortunado amante,
en nada más ya pienso.

- 62 -

Está toda la casa iluminada:
gran fiesta tienes hoy:
pasar veo una sombra por el claro
del abierto balcón.

Tú no ves que abismado en las tinieblas
aquí, a tus pies, estoy;
y menos podrás ver lo que escondido
guardo en el corazón.

Mi corazón palpita y se destroza,
loco por ti de amor;
mi corazón te adora y se desangra;
mas tú, no lo ves, no.

- 63 -

Para dárselas al viento,
y que el viento las llevara,
quisiera encerrar mis penas
en una sola palabra.
A ti te la llevaría,
hermosísima tirana,
para que a cada momento
la oyeras y la escucharas.
Y cuando cierra la noche
tus pupilas adoradas,

aún la estarías oyendo
en los ensueños del alma.

- 64 -

Tienes perlas, diamantes, todo cuanto
vosotras anheláis;
tienes ojos hermosos cual ningunos:
dime, ¿qué quieres más?

Millares dediqué de dulces versos,
que nunca morirán,
a tus ojos, hermosos cual ningunos:
dime, ¿qué quieres más?

Y esos ojos hermosos cual ningunos,
pagáronme tan mal,
que a tus plantas exánime fallezco:
dime, ¿qué quieres más?

- 65 -

El que ama por vez primera,
aunque amado ser no espera,
es grande, cual Dios, quizá;
pero el que así otra vez quiera
un majadero será.

Yo soy ese majadero,
que otra vez amo y no espero:
sol, luna y estrellas, todo
se ríe de mí a su modo;
yo río también... ¡y muero!

- 66 -

Diéronme con insistencia
consejos -¡aún los escucho!-
y con gran benevolencia
inculcáronme paciencia:
¡oh, me protegieron mucho!

Mas, protegiéndome así,
en la tumba dan conmigo,
si al verme cerca de allí,
un valiente, un buen amigo,
no se interesa por mí.

El me sostuvo y salvó;
jamás habré de olvidarlo:

una cosa me afligió;
no poder nunca abrazarlo,
porque ese amigo... era yo.

- 67 -

Este gentil mozalbete
me encanta y hace feliz:
a veces toma conmigo
ostras, licores y Rhin.
Temprano, en paños menores,
bata y gorro de dormir,
viene todas las mañanas,
y se interesa por mí.
Me habla de mi excelsa gloria,
de mi ingenio y de mi *vis*,
pronto siempre a complacerme
en cuanto pueda servir.
Por la noche, en la tertulia,
con sonoro retintín
mis versos a las señoras
hace escuchar y aplaudir.
¡Qué fortuna haber hallado
un mozo de tanto *esprit*,
en el tiempo que corremos
tan envidioso y tan ruin!

- 68 -

Soñé que era el señor Dios,
y que estaba allá en el cielo;
circundábanme los ángeles
cantando a coro mis versos.
Hartábame a todas horas
de merengues y buñuelos;
bebía Jerez y Málaga,
y a nadie adeudaba un céntimo.
Era feliz: ¡me aburría!
a la tierra hubiera vuelto;
y a no ser Dios en persona,
a los demonios me entrego.
«Gabriel, ángel zanquilargo,
ponte las botas corriendo;
busca a mi amigo Perico;
tráemelo sin perder tiempo.

»No lo busques en las aulas,
ni en la iglesia mucho menos;
en casa de Juana búscalo,
en la taberna o el juego».
Abre sus alas de gallo

el ángel, y emprende el vuelo;
dentro de pocos minutos
vuelve con mi amigo Pedro.
«Dios soy, amigo Perico;
factótum del Universo.
¿No te dije muchas veces
que era mozo de provecho?
»Cada día hago un milagro:
y ahora, para tu recreo,
voy a convertir en Jauja
a Berlín por un momento.
»Se abrirán los adoquines,
y al abrirse todos ellos,
una, ostra, fresca y sabrosa,
aparecerá allí dentro.
»Lloverá sidra y cerveza;
e irá manando y fluyendo
el mejor vino del Rhin
por todos los sumideros.
»¡Cuál corren los berlineses!
¡Cómo doblan el pescuezo
y en el arroyo se abrevan
los áulicos consejeros!
»¡Cuánto deleita a los vates
el celestial refrigerio!
Alféreces y tenientes
chupan y lamen los suelos.
»Alféreces y tenientes
piensan, cual gente de seso,
que no se repiten todos
los jueves estos portentos».

- 69 -

En Agosto os dejé, señora mía,
y en el glacial Enero os vuelvo a ver;
en vuestro pecho es hoy ceniza fría
lo que era lava de volcán ayer.
Os dejo: cuando vuelva nuevamente,
ni frío ni calor sentiréis ya;
hollaré vuestra tumba indiferente
muerto también mi espíritu estará.

- 70 -

¡Arrancado a tus labios de ambrosía!
¡A tus abrazos, que tan dulces son!
Detenerme quería;
pero impaciente el látigo esgrimía
el fiero postillón.

¡Esa es la vida, sí! ¡Continuo llanto,
continuo adiós, continuo padecer!
¿Por qué, si me amas tanto,
no tuvieron tus ojos más encanto,
no tuvieron tus brazos más poder?

- 71 -

Era noche bien obscura
la que en la posta pasamos;
abrazaba tu cintura,
y con alegre locura,
reímos y bromeamos.

Cuando el matinal albor
brilló alegre y placentero,
vimos con mudo estupor
sentado otro pasajero
entre los dos: el Amor.

- 72 -

¡Dios sabe dónde esa loca
chiquilla se habrá hospedado!
Toda la ciudad, lloviendo,
he corrido, y renegando.
Pregunté de fonda en fonda;
y en todas me desahuciaron
mayordomos desabridos
y camareros zanguangos.
De pronto, al balcón la veo,
y suelta a la risa el trapo:
¡quién pensara que vivieras,
niña, en tan regio palacio!

- 73 -

Cual fantásticas figuras,
a un lado y al otro lado
se extienden casas obscuras:
en negra capa embozado
marcho tras dulces venturas.

Doce campanadas toca
la vieja torre sombría:
con mil besos en la boca,
me aguarda, de amores loca,
la querida niña mía.

La luna brilla oportuna,

y sus pálidos raudales
iluminan mi fortuna;
llego a los gratos umbrales
y exclamo: «¡Propicia luna!

»¡Astro piadoso y bendito!
Yo tu constancia acredito,
pues no me engañas jamás;
ahora, no te necesito;
brilla para los demás.

»Y si al recorrer los cielos,
ves algún amante triste
llorando amargos anhelos,
dale los dulces consuelos
que en otros tiempos me diste».

- 74 -

Y cuando seas mi feliz esposa,
amada niña mía,
tu vida será cielo de oro y rosa,
de amor y de alegría.

Sufriré tus caprichos más perversos
con cachazudo aguante;
mas, si no elogias tú todos mis versos,
divórciome al instante.

- 75 -

La sien ardorosa inclino
sobre tus hombros de nieve,
y sorprendo y adivino
otro cambio repentino,
en tu corazón aleve.

Suena trompeta cercana,
y se acerca presurosa
tropa de húsares galana;
ya sé, niña veleidosa,
que me dejarás mañana.

Mañana me dejarás;
pero aún eres hoy mi encanto:
y te estrecho más y más,
y en tu! brazos gozo tanto
corno no gocé jamás.

- 76 -

Suena trompeta cercana;
¡Cuál trota la compañía
de los húsares galana!
Toma esta rosa temprana;
tómala, querida mía.

¡Qué estruendo! ¡Qué confusión!
¡Qué animado movimiento!
¡Gallardos mancebos son!
¡Cuántos en tu corazón
tendrán ya su alojamiento!

- 77 -

También en mis dulces años
placeres y desengaños
del amor, niña sentí.
Hoy la hoguera está apagada
no arde la leña mojada;
y ¡pardiez! más vale así.

Enjuga, pues, niña bella,
esa lágrima, y con ella
borra un recuerdo a la vez.
Deja cerrarse la herida,
y el antiguo amor olvida
entre mis brazos ¡pardiez!

- 78 -

¿Por qué tan duro rigor?
¿Cómo mudanza tan breve?
Todos, ¡oh mujer aleve,
han de escuchar mi clamor!

Tus labios, amante impía,
¿qué quejas pueden tener
del que con tanto placer
los besaba noche y día?

- 79 -

Esos son, esos son los claros ojos
que me daban la alegre bienvenida;
esos son, esos son los labios rojos
que endulzaban mi vida.

Esa es la blanda voz que el alma absorta
oyó en sueños de vago idealismo;

pero ¿qué importa ¡ay misero! qué importa,
si yo no soy el mismo?

Aún son dulces y tiernos sus abrazos,
aún me encadena su flexible nudo;
pero yo estoy inmóvil en sus brazos,
inmóvil, hosco y mudo.

- 80 -

Ni pudisteis comprenderme,
ni os pude yo comprender;
cuando en el fango caímos
nos comprendimos muy bien.

- 81 -

¡Cuánto se alarmaron, cuánto
los eunucos, ¡cielo santo!
cuando levanté la voz!
¡Dijeron que era mi canto
grosero, incivil, atroz!

Unieron en sutil coro
sus vocecitas de grillo,
y con el mayor decoro
cantaron rancio estribillo,
sentimental y sonoro!

Era amorosa canción,
llena de tiernas querellas,
y la escuchaban las bellas
con tan sensible emoción,
que lloraban todas ellas,

- 82 -

Salamanca, en tus afueras
es el aire puro y fresco;
allí, en las tardes de estío,
con mi dama me paseo.
Su deliciosa cintura
con brazo atrevido estrecho;
y mi diestra feliz siente
el palpitar de sus pechos.
Pero suena en la arboleda
murmurio vago y siniestro;
ronco molino repite
fatales presentimientos.
¡Mal presagio, hermosa mía!

Próximo miro el encierro:
afueras de Salamanca,
dieron fin nuestros paseos.

- 83 -

El gallardo caballero
le llaman a don Enríquez;
junto al mío está su cuarto;
sólo hay por medio un tabique.
Las damas de Salamanca
por mirarlo se desviven
cuando cruza calle abajo,
con sus galgos y mastines.
Mas él la tranquila noche
pasa, solitario y triste,
los dedos en la vihuela,
y el alma en los imposibles.
Sus ensueños y canciones
llevan los vientos sutiles:
¡compasión me das y grima,
don Enríquez, don Enríquez!

- 84 -

Nos vimos, y en tus ojos al instante
comprendí que a mi afán correspondías;
si tu madre cruel no está delante,
estallan, sí, tus ansias y las mías
en beso delirante.

Tu hogar tranquilo dejaré mañana;
seguiré solitario mi sendero;
saldrás, hermosa rubia, a la ventana;
y yo te mandaré, desde lejana
cumbre, mi adiós postrero.

- 85 -

En la lejana cúspide el sol brilla
despertando al aprisco balador:
¡si antes de abandonar la hermosa villa,
pudiera verte, dulce corderilla,
sol matutino, idolatrado amor!

Alzo los ojos: ¡esperanza vana!
¡Adiós! Marcho, mi bien, ¡lejos de ti!
Quieta está la cortina en la ventana:
aún duerme mi querida soberana:
¡quién sabe si estará soñando en mí!

- 86 -

Hay en Halle, en la plaza del Mercado,
dos leones gigantes y soberbios:
¡leones ferocísimos del Halle,
cómo os domaron ya! ¡cómo os pusieron
Hay en Halle, en la plaza del Mercado,
un figurón fornido y corpulento;
espada empuña pero no la esgrime:
inmoble está; petrificólo el miedo.

Hay en Halle, en la plaza del Mercado,
una iglesia tan grande, que allí dentro
todas las cofradías y hermandades
tienen sitio y lugar para sus rezos.

- 87 -

Inunda bosque y pradera
la noche de primavera,
hermosa como ninguna:
brilla en Oriente la luna
dorada en la azul esfera.

Junto a la mansa corriente
el grillo chilla estridente;
y en la tranquila extensión
algo el pasajero siente,
cual vaga palpitación.

Allá, en fuente cristalina,
báñase la hermosa ondina;
y con plácidos asombros,
la tibia luna ilumina
su blanca espalda y sus hombros.

- 88 -

La noche cubre campos y senderos;
lacio está el cuerpo, enfermo el corazón.
Vierte, oh luna, tus rayos placenteros,
como una bendición.

Calmen tus luces puras y tranquilas
de las tinieblas el pavor fatal,
y derramen en mi alma y mis pupilas
rocío celestial.

- 89 -

Dura jornada es la vida,
noche fresca, bendecida
lo que el mundo muerte nombra;
duerme, duerme, alma rendida:
lo llena todo la sombra.
Árbol de eterno verdor
crece ya sobre mi tumba;
trina en él un ruiseñor,
y en mis sueños aún retumba
un postrer canto de amor.

- 90 -

Dime, dime ¿qué fue de aquella hermosa
que inspiró tu dulcísimo cantar?
¿Qué fue de aquella hoguera esplendorosa
donde tu corazón iba a estallar?
Murió la hoguera, tan voraz un día;
cansado late el pecho y sin calor;
y este mísero libro es la urna fría
que guarda las cenizas de mi amor.

Ocaso de los dioses

Mayo llegó, con sus doradas lumbres,
sus tibios soplos y perfumes suaves;
y abriendo de las pálidas violetas
las azules pupilas, nos saluda.
De hebras de luz y perlas de rocío
teje verde tapiz, bordando flores
la Primavera, y a los hombres llama,
que al llamamiento dóciles acuden.
Calzón de dril y chupa dominguera
el galán viste, con botones de oro;
traje ostenta de cándida blancura
la dama; el boquirrubio mozalbete
se atusa el bozo; y la doncella libre
deja ondular el oprimido seno.
Mete en la faltriquera el vate urbano
los espejuelos, el papel y el lápiz;
y al abierto portal lánzanse todos.
Sobre el césped acampan; los renuevos
admiran de los árboles; arrancan
pintadas flores; los gorjeos oyen
de las alegres aves, y gozosos
lanzan su grito a la cerúlea esfera.
Mayo llegó: ¡también para mí vino!
llamó tres veces a la puerta, y -«Abre:

Mayo soy, dijo; acariciarte quiero,
pálido soñador». Pasé el cerrojo,
rodé la llave, y contestéle: -«En vano,
en vano llamarás, pérfido huésped;
te conozco: conozco el artificio
del mundo; he visto tanto, que ya el alma
perdió toda ilusión y la atormenta
dolor eterno. Los cerrados muros
pasa mi vista del hogar humano
y del humano corazón, y dentro
hallo farsa y ardid, miseria y dolo.
Leo los pensamientos en las frentes;
¡pensamientos infames! El rosado
rubor de la doncella, esconde el ansia
secreta del placer; y en la orgullosa
sien del mancebo audaz, miro el birrete
multicolor de la locura; sólo
mamarrachos deformes o enfermizas
sombras veo en la tierra, y me pregunto
si es manicomio u hospital. Penetro
la corteza. terrestre; cual si fuera
de transparente vidrio; en hoyo estrecho
veo los muertos, con las manos juntas,
las pupilas abiertas, blanco el rostro,
blanco el sudario, y en los secos labios
amarillentas larvas. ¡Y contemplo
sentado al hijo, con su alegre amante
en coloquio trivial, sobre la tumba
de su padre infeliz! Los ruiseñores
cantan mordaces; maliciosas ríen
las flores doctas; tiembla el padre muerto
en su féretro obscuro, y dolorida,
se estremece también la madre Tierra.
¡Mísera Tierra! ¡tu dolor comprendo!
Arder el fuego en tus entrañas miro,
abrirse tus arterias, y a torrentes
llamaradas lanzar y verter sangre.
Veo salir a los soberbios hijos
de los Titanes, de las negras simas,
rojas antorchas agitando; yerguen
su escala férrea, y a la eterna cumbre
trepan con sordo estrépito; tras ellos
negros enanos van, y al rudo choque
caen hechas trizas las estrellas de oro.
Con mano audaz desgarran del divino
tabernáculo el velo, y acometen
con feroces aullidos, a la santa
angélica legión. Pálido y mudo,
está Dios en su trono: la corona
arranca de las sienes, y se mesa
la cabellera augusta. Los titanes
avanzan; las antorchas encendidas
dentro del reino celestial arrojan;
y los enanos negros, con azotes

flamígeros, castigan las espaldas
de los vencidos ángeles, que ruedan,
se encorvan, se retuercen, y arrastrados
por las guedejas son. ¡Y estaba entre ellos
mi ángel también; el de dorados bucles
y dulce rostro; el que el amor eterno
lleva en los labios, y en la azul pupila
la dicha celestial! Y un duende negro,
hediondo y espantable, álzalo en brazos,
contempla ansioso su gentil belleza
y con muelle deleite lo acaricia.
Y suena entonces pavoroso grito,
que agita al Universo; sus pilastras
rechinan y se tuercen; cielo y tierra
húndense juntos, y lo llenan todo
la antigua noche y la perpetua sombra».

Doña Clara

En el jardín, al declinar la tarde,
pasea la hija del alcaide a solas:
música suena, fuera del alcázar,
de atabales y trompas.

-«¡Cuál me fatigan las insulsas danzas!
¡Cómo me aburre la trivial lisonja,
y ese tropel de insípidos donceles
que al sol me parangonan!

»¡Cómo me aburre y me fatiga todo
desde que, al rayo de la luna, absorta,
al galán vi, cuyo laúd el alma
me conmueve y trastorna.

» Gallardo, altivo, pálido el semblante,
y ardiendo en él pupilas luminosas,
juzgué, cuando le vi, ver a San Jorge
bajando de la gloria».

Así, clavando en tierra la mirada,
piensa la bella; cuando en sí retorna,
el gallardo galán desconocido
a sus plantas se postra.

A la luz de la luna, de las manos
cogidos van en plática amorosa;
el céfiro los besa y acaricia;
les saludan las rosas.

Las rosas les saludan, cual si fueran
mensajeros de amor, y se arrebolan.

-«¿Por qué, mi bien, tu seductor semblante
vivo carmín colora?

-» Picáronme mosquitos, dulce dueño,
y en verano me irritan y trastornan,
cual si fuesen de hebreos narigudos
abominable tropa.

-»Déjate de mosquitos y de hebreos,
dice el galán que tierno la enamora:
en blanquísimos copos los almendros
sus pétalos deshojan.

» En blanquísimos copos los almendros
te dan, mi bien, su delicioso aroma:
dime, tu corazón ¿es todo mío?
¿Es mía tu alma toda?

-»¡Toda, sí! Te lo juro, dulce dueño,
por el Dios Redentor que mi alma adora,
por aquél a quien pérfidos judíos
dieron muerte afrentosa.

-» Deja al Dios Redentor y a los judíos,
dice el galán que tierno la enamora:
mira los lirios, que en fulgor bañados,
columpian sus corolas.

» Mira los lirios, que en fulgor bañados,
contemplan las estrellas brilladoras.
Di, mi bien, en tus tiernos juramentos,
¿de falsedad no hay sombra?,

-» No hay en mí falsedad, oh dulce dueño,
como en mi sangre, que mi estirpe abona,
de sangre de judíos ni de moros
no hay siguiera una gota».

-«Déjate de judíos y de moros».
dice el galán que tierno la enamora
y a un bosquecillo de frondosos mirtos
en brazos la transporta.

En las redes de amor ya está prendida:
largos los besos, las palabras cortas,
con fuerza igual en ambos corazones
la pasión se desborda.

El ruiseñor amante, en la enramada
ya los nupciales cánticos entona;
las luciérnagas saltan y en el césped
fingen danzas de antorchas.

Escúchase, no más, en el silencio,

como apagadas y furtivas notas
el susurro discreto de los mirtos
y el beso de las rosas.

Suena de pronto en el vecino alcázar
música de atabales y de trompas;
despierta la doncella, y de los brazos
huye que la aprisionan.

-«Las músicas me llaman, dulce dueño;
pero no marches, sin que el labio rompa
del nombre tuyo el pertinaz secreto,
que a tu amante ya enoja».

Apacible sonríe el caballero;
besa después la mano de la hermosa;
besa después su nacarada frente;
besa después su boca.

Y dice -«Yo, tu amante, noble dama,
el hijo soy de quien las gentes honran;
del docto y venerable gran rabino,
Jacob de Zaragoza».

Almanzor

- I -

Hay mil trescientas columnas
en la catedral de Córdoba;
hay mil trescientas columnas
que la cúpula soportan.
Muros, columnas y cúpula
versos del Korán decoran,
grabados entre arabescos
de guirnaldas caprichosas.
Reyes moros levantaron
ese templo, de Alá en honra;
las mudanzas de los tiempos
a otros usos lo acomodan.
En la torre en que vibraba
la voz del muecín sonora,
hoy tañen tristes y lúgubres
las campanas melancólicas.
En las gradas do se oyeron
las palabras de Mahoma,
hacen tonsurados prestes
sus extrañas ceremonias.
Ante imágenes pintadas
se arrodillan y se postran;

humo de tristes candelas
mancha las bruñidas bóvedas.
Está Almanzor-ben-Abdala
en la catedral de Córdoba,
y las columnas contempla,
y de este modo razona:
-«Para el gran Alá os labraron,
columnas firmes y sólidas,
y al culto odiado de Cristo
dais vuestro homenaje ahora.
»Si así aceptáis la mudanza
que os humilla y os deshonra,
¿qué ha de hacer el hombre débil,
columnas firmes y sólidas?»
Y con semblante sereno
la gallarda frente dobla
en las pilas bautismales
de la catedral de Córdoba.

- II -

De la catedral ya sale,
y al punto que sale, monta
en un selvático potro,
que rozagante galopa.
Camino va de Alcolea,
y sueltas al viento flotan
sus guedejas aún mojadas
y las plumas de su gorra.
Camino va de Alcolea,
do al Guadalquivir coronan
almendros de flor nevada,
naranjos de dulce aroma.
El venturoso jinete
canta y ríe, triunfa y goza;
trinos de aves le acompañan
y murmurios de las ondas.
En Alcolea reside
doña Clara de Mendoza;
mientras su padre guerrea,
vive alegre y sin zozobras.
Almanzor oye lejanos
sonar timbales y trompas;
ve al través de la arboleda
resplandecer las antorchas.
¡Oh castillo de Alcolea!
¡Gran baile esta noche logras!
Bailan doce caballeros
con otras tantas hermosas.
Apuestos son los galanes,
son las damas seductoras;
Almanzor, el más gallardo
entre todos y entre todas.

Feliz va de dama en dama
con la sonrisa en la boca;
para todas cuantas mira
tiene a punto una lisonja.
A Isabel la mano besa;
la deja luego por otra;
se sienta a los pies de Elvira
y en sus pupilas se arroba.
Si hoy merece sus bondades
le pregunta a Leonora,
y le muestra la cruz de oro
que su capotillo adorna.
A fe de cristiano viejo
les jura que las adora,
y el juramento repite
treinta veces en tres horas.

- III -

El castillo de Alcolea
envuelven silencio y sombra;
ya no hay damas ni galanes,
ya no hay músicas ni antorchas.
Almanzor y doña Clara
están callados y a solas;
el último candelabro
su último fulgor arroja.
Ella, en el sitial sentada;
él, a sus plantas, apoya
en sus trémulas rodillas
la cabeza soñadora.
En sus obscuras guedejas
un frasco de agua de rosas
ella solícita vierte;
él, dormitando, solloza.
En sus obscuras guedejas
los labios amantes posa
ella, y un ósculo imprime;
nublada la sien él dobla.
En sus obscuras guedejas
ella, las que tierna llora
dulces lágrimas, derrama;
él, se estremece de cólera.
Sueña: está, la sien rendida,
en la catedral de Córdoba,
y sus guedejas gotean,
y oye voces que le asombran.
Las colosales columnas
su carga ya no soportan;
se agitan y bambolean,
se tuercen y se desploman.
Los clérigos palidecen,
se hunde con fragor la bóveda,

y los sonantes escombros
las imágenes destrozan.

La Romería

- I -

El hijo en el lecho está;
la madre, junto al balcón:
-«Hijo, levántate ya;
ahora mismo pasará
la sagrada procesión».

-«¡Ay, madre, madre bendita!
crecen mi mal y mi cuita;
ni oigo ya, ni puedo ver:
en la pobre Margarita
pienso, y lloro sin querer.»

-»Toma el libro y el rosario;
vendrás conmigo al santuario
de la Virgen pura y bella;
y quizás obtengas de ella
el alivio necesario».

Y avanzan al grave són
de triste lamentación,
cruces, banderas sin fin;
y a Colonia sobre el Rhin
va la santa procesión.

La madre amorosa y pía
marcha en pos y con afán
al hijo sostiene y guía;
y todos cantando van:
«¡Gloria a vos, Santa María!»

- II -

Hoy la Madre del Señor
viste su manto mejor,
y largo trabajo tiene:
un tropel conmovedor
de enfermos al templo viene.
Y con devoción sincera
la multitud lastimera
se acerca a depositar
brazos y piernas de cera
en el milagroso altar.

No la implora nadie en vano:
quien le consagra una mano,
la suya curada ve;
y si es un pie, bueno y sano
se va por su propio pie.

Alguien con muletas vino
que en la cuerda brinca ya;
y hay manco -¡poder divino!-
que tañendo en el camino
la vihuela, volverá.

La madre, de blanca cera
labró un tierno corazón
-«¡Hijo, la Virgen te espera!
llévale esta ofrenda, y quiera
tener de ti compasión».

El hijo suspira en tanto;
toma el exvoto, y sin calma
penetra en el templo santo;
de sus ojos brota el llanto,
y esta oración de su alma:

-«¡María! ¡Reina y Señora
de los cielos! ¡Bienhechora
madre de Dios! escuchad
a un desdichado, que implora
vuestra infinita piedad.

»Con mi madre, que aun contemplo,
vivía, de dicha ejemplo,
en Colonia, ciudad santa,
donde a cada paso un templo
en vuestro honor se levanta.

»Nuestra vecina ¡ay Dios! era
Margarita, y muerte fiera
hiriéla sin compasión:
traigo un corazón de cera:
¡curad vos mi corazón!

»Curad vos el alma mía,
y con religiosa fe,
sollozando noche y día,
¡Gloria a vos! repetiré,
¡Gloria a vos, Santa María!»

- III -

El hijo y la madre amante
en su cuarto se han dormido;

y la Virgen al instante
aparece deslumbrante
y entra sin hacer ruido.

Inclínase sobre el lecho;
al enfermo infeliz mira;
pónele la mano al pecho,
y su intento satisfecho,
dulce y lenta se retira.

Todo, en visión transparente,
lo ve la madre, y más ve;
y despierta de repente.
¡Ay! ¿Por qué ladran, por qué
los perros lúgubremente?

Pálido, rígido, yerto,
está el hijo, ¡el hijo muerto!
y la renaciente aurora
con su fulgor aún incierto
su blanca frente colora.

Y ambas las manos juntando
la madre amorosa y pía,
con acento triste y blando,
cae de hinojos, exclamando:
«¡Gloria a vos, Santa María!»

En las montañas del Harz

(1824)

Prólogo

Elegancia, distinción,
muchas flores, muchos lazos,
muy dulce conversación,
muchas sonrisas y abrazos...
¡Si tuviera corazón!

¡Corazón dentro del pecho,
y amor verdadero en él!
Cáusame grima y despecho
el canto falso y contrahecho
de una pasión de oropel.

Subir quiero a la montaña,
do la virtud inocente
vive en humilde cabaña;
do libre corre el ambiente
que mi libre frente baña.

Trepar a la sierra quiero
do el raudal fluye ligero,
el abeto al cielo sube,
canta el pájaro parlero
y altiva flota la nube.

¡Adiós, salones brillantes!
¡Adiós, damas rozagantes!
¡Adiós, sociedad cortés!
Desde estas cumbres gigantes
os contemplaré a mis pies.

En el Hardenberge

¡Despertad, antiguos sueños!
¡Corazón, abre tus puertas!
¡Sonad de nuevo, cantares!
¡Corred, lágrimas deshechas!
Vagar quiero entre los árboles,
do manan fuentes risueñas,
do el ufano ciervo trisca,
y el vivaz mirlo gorjea.
Trepar quiero a la montaña
en cuyas rocas enhiestas
su roto muro el castillo

a la luz del sol aún muestra.
Allí pensaré tranquilo
en generaciones muertas,
en extinguidas estirpes,
en apagadas grandezas.
El humilde jaramago
cubre la liza soberbia
donde el paladín glorioso
ganó la ansiada presea.
La hiedra esconde la ojiva
donde la hermosa doncella
vengo con una mirada
a aquél que a todos venciera.
El vencedor poderoso
y la vencedora espléndida
entrambos fueron vencidos
por campeón de más fuerza:
Que siempre en la humana justa
nos hace medir la arena
el pálido caballero
de la guadaña siniestra.

Idilio en la montaña

- 1 -

Hay una choza en el monte;
viejo montañés la ocupa:
allí silban los abetos
y resplandece la luna.
Un sillón hay en la choza
tallado en la encina dura
¡Feliz quien en él se sienta!
Hoy gozo yo esa fortuna.
En el escaño a mis plantas,
descansa la niña rubia;
los brazos alabastrinos
sobre mis rodillas cruza.
Cual dos estrellas azules
brillan sus pupilas fúlgidas;
como el botón de la rosa
su boca, fresca y menuda.
Y las estrellas azules
clava en mí, cándida y pura,
y al labio el dedo de nieve
lleva con pueril astucia.
Pero la madre está hilando;
ni nos ve, ni nos escucha;
tañe el padre la vihuela
y vieja canción modula.

La doncella, en voz muy baja, charla, gozosa
y confusa, revelándome los graves secretos
que la atribulan.
-«Desde que murió la abuela
no vamos al pueblo nunca;
ni a las fiestas del mosquete,
que son las que más me gustan.
»Aquí estamos, siempre solos,
en estas cumbres adustas
donde entre nieves y escarchas
el invierno nos sepulta.
»Niña soy y tengo miedo
a la noche negra y muda,
y a los espíritus malos
que en sus tinieblas se ocultan».
Calla la niña: sus propias
revelaciones la asustan,
y extiende sobre sus ojos
las manecitas ebúrneas.
El torno rueda y rechina;
el viento en las ramas zumba;
pulsa el viejo la vihuela
y canta al són de la música:
«¡Oh niña, no tengas miedo
a duendes, trasgos ni brujas:
un angelito del cielo
de día y noche te escuda!»

El abeto a la vidriera
llama con trémulas manos;
la luna, mudo testigo,
la traspasa con sus rayos.
En la alcoba, padre y madre
durmiendo están y roncando;
en delicioso coloquio
los dos a solas velamos.
-«Creer que a menudo rezas
me cuesta mucho trabajo;
aunque tus labios se mueven,
no mueve el rezo tus labios.
»Ese mudo movimiento
me causa miedo y espanto;
mas después me tranquilizan
tus ojos dulces y claros.
»Pero aún dudo que tú creas,
como todo fiel cristiano,
en el Padre y en el Hijo
y en el Espíritu Santo».
-«Cuando, niño, a un reposaba
en el materno regazo,
creí también en Dios-Padre,

infinito, bueno y sabio;
»El que creó cielo y tierra,
y al noble linaje humano;
el que dio luz a los soles;
el que dio rumbo a los astros.
»Después crecí; fue mi mente
más perspicaz, vi más claro:
y entonces creí en el Hijo,
el hijo amante y amado;
»El que con amor inmenso
amó a los hombres, que ingratos
le dieron según costumbre,
por recompensa el Calvario.
»Crecí más, crecí del todo:
mucho he visto y he observado,
y hoy, con toda el alma, creo
en el Espíritu Santo.
»El es quien obró y aún obra
los más pasmosos milagros;
rompe todas las cadenas;
vence a todos los tiranos;
»Cura todas las heridas;
da a las leyes fin más alto;
y hace, de los hombres todos,
una familia de hermanos.
»El rasgó nieblas y brumas,
y ahuyentó duendes y trasgos,
que traidores nos persiguen,
al bien y al amor contrarios.
»Un millar de caballeros
armó ese Espíritu Santo,
y les dio tesón y bríos
para cumplir sus mandatos.
»Su estandarte al viento ondea,
su espada lanza relámpagos:
¡cuánto dieras, niña mía,
por verlos y contemplarlos!
»Contémplame, pues, y bésame,
porque yo soy, dueño amado,
uno de esos caballeros
que armó el Espíritu Santo».

La luna tras los abetos
se ha escondido, y melancólica
la lámpara en nuestro cuarto
el campo cede a las sombras.
Pero aún mis astros azules,
aún la purpurina rosa
resplandecen, y así dice
la niña que me enamora:
-«Diminutos duendecillos

nos cercan y nos acosan;
aunque cerrada esté el arca,
el pan, del arca, nos roban.
»De la azucarada leche
sorben la nata sabrosa,
y en el destapado cazo
la gata apura las sobras.
»Está embrujada la gata,
y de noche corre loca
al torreón demolido
de la montaña diabólica.
»Hubo allí soberbio alcázar
do, a la luz dé las antorchas,
con gallardos caballeros
bailaban damas hermosas.
»Maldíjolo una hechicera;
y hoy son sus hundidas bóvedas
montón de escombros, do el búho
se guarece y arrincona.
»Pero contaba la abuela
que si en cierto sitio y hora,
alguien pronuncia y repite
cierta palabra simbólica;
»Júntanse otra vez las piedras,
resplandecen las antorchas;
con sus gallardos galanes
bailan las damas hermosas;
»Y es todo para el que dijo
la palabra exacta y propia,
y pífanos. y atambores
su señorío pregonan».
Así, encantadas imágenes
sus dulces labios evocan,
mientras sus ojos azules
celestes fulgores copian.
Trenza en mis manos sus bucles;
mis dedos cuenta y los nombra;
juega y charla, canta y ríe;
calla al fin, grave y absorta.
Todo, en el mudo aposento,
dulcemente me impresiona;
miro cual viejos amigos
la mesa y las sillas toscas.
Me habla el reloj, la vihuela
vibra y suena por sí sola,
y entre sueños vagarosos
mi espíritu incierto flota.
Sin duda, niña querida,
éstos son el sitio y la hora,
y ésta, que en mis labios tiembla
la palabra exacta y propia.
Porque suena media noche
y todo late en las sombras,
y el viejo bosque despierta

y el negro abeto solloza.
Sones de citara salen
de las quiebras de las rocas,
cantos de gnomos y enanos
llenan las cavernas lóbregas.
Y cual florescencia extraña
de una primavera loca,
maravillosos jardines
por arte mágico brotan.
Flores de inflamadas tintas,
de embriagadores aromas,
resplandecen y fulguran
en las palpitantes frondas.
Entre ellas, cual llamaradas,
arden encendidas rosas;
y el cáliz yerguen los lirios
como cristalinas copas.
Estrellas grandes cual soles
los contemplan amorosas,
y un raudal de luces vierten
en sus abiertas corolas.
También a nosotros llega
el prodigio, y nos transforma:
todo en torno es seda y oro,
todo lámparas y antorchas.
Imperial princesa es ella;
regio alcázar esta choza,
do con sus bellos galanes,
danzan las damas hermosas;
Y para mí es la princesa,
y alcázar, y sus pompas;
y pífanos y atambores
mi señorío pregonan.

El zagal

Rey es el zagal errante:
verde colina es su trono;
a su frente ruda y libre
da el sol su corona de oro.
Tiene en los mansos corderos
cortesanos meritorios;
arrogantes adalides
en los becerros indómitos.
Comediantes de su corte
son los juguetones chotos;
música le dan las aves
y los esquilones broncos.
Los árboles le acompañan,
las cascadas le hacen coro;
y con tan dulce concierto,

se duerme el rey poco a poco.
Gobierna entre tanto el reino,
ministro fiel y celoso,
un mastín, cuyos ladridos
llenan aquellos contornos.
-«¡Oh! ¡cuán pesado es el cetro!»
dice el rey con un sollozo:
estar quisiera ya en casa
con la reina a quien adoro.
«En sus brazos mi cabeza
encuentra el mejor apoyo,
y mi vasta monarquía
está encerrada en sus ojos».

En el Brocken

La naciente luz del día
rasgó triunfal las tinieblas;
pero aún, opaca y sombría,
inunda la serranía
la avalancha de las nieblas.

¡Ah! Si las alas del viento
me diera un encantador,
veloz como el pensamiento
volara al grato aposento
donde reposa mi amor,

Apartando suavemente
la cortina transparente
de su lecho virginal,
te besaría la frente
y los labios de coral.

Y acercándome a su oído,
con aliento reprimido,
le dijera luego así:
«Sueña que no te he perdido,
y que aún vives para mí».

La princesa Ilsa

Soy Ilsa, la princesa que hechizada
guarda el río en sus antros misteriosos;
ven conmigo a mi espléndida morada,
y seremos felices y dichosos.

Ven a bañar en mi raudal fecundo
tu frente atribulada y abatida;

y olvidarás, oh joven moribundo,
todas las amarguras de la vida.

Ven a dormir entre mis blancos brazos,
ven a yacer sobre mi blanco seno;
y soñarás, prendido en estos lazos,
otro mundo mejor, de hechizos lleno.

Al goce y al placer roto ya el dique,
te abrazaré, te besaré anhelante,
como al glorioso emperador Enrique,
que fue mi fiel y apasionado amante.

Pero la muerte su sepulcro sella,
e inmóvil yace en el sombrío lecho;
yo antojadiza soy, joven y bella,
y aún ansioso de amor, late mi pecho.

Ven a mi oculto alcázar cristalino:
allí, galanes, que el amor engríe,
bailan con damas de esplendor divino
y el tropel de los pajes canta y ríe.

Allí crujen las túnicas de seda,
allí rechinan las espuelas de oro;
y tocan los pigmeos de faz leda
la trompa grave y el timbal sonoro.

Como al glorioso emperador un día
te estrecharán mis brazos encendidos:
cuando el marcial clarín le estremecía,
con besos le tapaba los oídos.

El Mar del Norte

(1825-1826)

Ciclo primero

Coronación

¡Cantares! ¡Cantares míos!
¡En marcha! En marcha otra vez!
Sonad trompas y añafiles;
ceñid vuestras armas bien;
y a la encantadora niña,
que rindió todo mi ser,
como reina y soberana,
alzadla sobre el pavés.
¡Salud, bellísima reina!
por ti el sol escalaré,
y arrancándole la aureola
de oro y luz y rosicler,
daré la mejor diadema
a tu consagrada sien.
De la seda azul del cielo,
do con viva nitidez
los diamantes de la noche
centellean en tropel,
rico jirón desgarrando,
imperial manto he de hacer,
y verás tus regios hombros
engalanados con él.
Formarán tu servidumbre
y tu cortesana grey
aristocráticas odas,
y por mayor honra y prez,
almibarados sonetos
y madrigales también.
Por batidores, discretas
agudezas te daré;
mi fantasía estrambótica
tu bufón habrá de ser;
y mi agridulce humorismo
tu heraldo de buena ley,
llevando risas y lágrimas
por divisa en el broquel.
Y yo mismo, reina mía,
arrodillado a tus pies,
en cojín de terciopelo,
mi razón te ofreceré,

mi razón, o lo que de ella,
por compasiva merced,
dejóme la que en el trono
tu predecesora fue.

Crepúsculo

A solas voy pensativo
por la playa triste y húmeda;
el cárdeno sol poniente
rojos destellos fulgura.
Ruedan olas espumosas
que escondida fuerza impulsa,
y a mis plantas avanzando,
trémulo canto preludian.
Misteriosas voces fingen
que en el corazón retumban,
silbidos, risas, sollozos,
suspiros, llantos y súplicas;
y brota de su armonía
embelesadora música,
cual las plácidas canciones
que columpiaron mi cuna,
cual los olvidados cuentos,
cual las leyendas confusas,
que aprendí, niño inocente,
a la luz de ocaso turbia,
cuando del umbral paterno
sentado en las piedras duras,
a otros niños escuchaba
con la boca abierta y muda,
los ojos fijos y absortos
y el alma llena de angustia;
mientras las niñas mayores,
vírgenes bellas y puras,
formando un grupo de rosas
con sus cabecitas rubias,
entre los tiestos de flores
que la ventana perfuman,
brillaban y sonreían
al resplandor de la luna.

Puesta del sol

El sol radiante y purpúreo
declina con pompa regia
hacia la mar, que se extiende
nacarada y cenicienta;
enfrente la opaca luna,

entre nubes que la velan,
el rostro descolorido
temerosa transparenta,
y en pos, cual dorado enjambre,
vienen todas las estrellas.

Juntos un día y felices
cruzaron la azul esfera,
luna y sol, fieles esposos,
dioses de la luz él y ella
y de los menores astros
las muchedumbres espléndidas
tiernos hijos inocentes,
su común séquito eran.

Malas lenguas atizaron
disensiones y querellas;
y al fin, a los dos esposos
separaron malas lenguas,

Hoy, durante el claro día,
con solitaria grandeza,
el astro-rey los espacios
celestiales señorea;
y el hombre feliz y altivo
lo adora, canta y celebra.
Pero en la lóbrega noche
aparece triste y bella
la luna, madre infelice,
con toda su prole huérfana;
y en éxtasis melancólico
le dan lágrimas y endechas
la doncella enamorada
y el pensativo poeta.

¡La pálida luna! siempre
constante, amorosa y tierna,
a su celestial consorte
dulce cariño conserva.
Cuando la tarde se apaga
asoma indecisa y trémula,
entre las nacientes brumas,
y al lejano sol contempla.
Quizás afligida exclama:
-«Ven, nuestros hijos te esperan!»
pero el astro soberano,
avivando más su hoguera
con las rojas llamaradas
del despecho y la soberbia,
busca en el piélago frío
lecho de viudez perpetua.

Malas lenguas ponzoñosas
sembraron de esa manera

en los eternos esposos
cuita y amargura eterna.
Y los dos míseros astros
surcan la región etérea
desconsolados siguiendo
la interminable carrera;
y como son inmortales,
continuo, voraz, sin tregua,
entre luces y fulgores
su duelo espléndido llevan.

¡Más dichoso yo mil veces,
hijo infeliz de la tierra!
¡más dichoso, pues, al menos,
tendrán término mis penas!

Noche en la playa

Obscura y fría es la noche ;
gruñe el mar alborotado;
sobre las aguas tendido
el aquilón boca abajo,
como un viejo que chochea,
les cuenta cuentos extraños,
guerras, ardides y burlas
de gigantes y de endriagos,
y a la vez canta y aúlla,
en su gaznate mezclando
con evocaciones rúnicas
conjuros escandinavos;
y es tan feroz su alegría,
tan grotesco su sarcasmo,
que surgiendo del abismo
en tropel desordenado,
saltan y gritan gozosos
los hijos del Océano.
Por la playa tenebrosa
que humedece el mar amargo,
desconocido extranjero
avanza altivo y gallardo.
Si hay borrasca en mar y viento,
aun es mayor la de su ánimo.
En donde fija la planta
saltan rojizos chispazos,
y las conchas de la orilla
crujen rotas a su paso,
Avanza entre negras sombras
envuelto en su obscuro manto,
y su fijo rumbo guía
débil resplandor lejano,
que en una mísera choza

fulgura trémulo y vago.
Allá en el mar está el padre,
allá en el mar el hermano;
joven, sin madre, la hija
en el hogar solitario,
joven, sin madre, y hermosa
como un ensueño fantástico.
Cerca del fogón sentada,
halagadores presagios
oye en la negra caldera
que hierve lenta, y va echando
ramas que chisporrotean
al fuego medio apagado.
Sopla después, e iluminan
llamas de fulgores cárdenos
su bello rostro encendido
y sus hombros de alabastro,
que descubre mal ceñido
el corpiño grueso y áspero,
y sus manos hacendosas,
sus breves y blancas manos
que al mórbido talle anudan
el desprendido refajo.
De pronto se abre la puerta,
entra el extranjero, y ávido
clava en la cándida niña
dulces los ojos huraños.
Estremécese la hermosa
cual lirio en trémulo vástago,
y él sonríe y se adelanta,
la capa al suelo arrojando.
-«Mira, cumplí mi palabra»
dice, entre tierno y ufano;
«Vine, y vinieron conmigo
los buenos tiempos de antaño,
los tiempos en que los dioses
bajaban enamorados.
y a las hijas de los hombres
se unían, y de esos lazos
nacían reyes gloriosos
y héroes, de la tierra pasmo.
No te asombres, pues oh niña,
al ver mi celeste rango;
prepárame una caliente
taza de té, y de ron cárgalo,
porque en la maldita playa
sopla un cierzo de mil diablos,
y también en estas noches
las deidades atrapamos
un inmortal garrotillo
o algún divino catarro».

Poseidón

La luz del sol resplandeciente brilla
sobre el móvil cristal del mar inquieto,
y allá, a lo lejos, en la abierta rada,
espera dócil el bajel velero,
para llevarme a los perdidos lares,
soplo feliz del suspirado viento.
Yo, reclinado en la arenosa duna,
que de la árida playa se alza en medio,
leyendo estoy los cantos inmortales,
eternamente hermosos de Odiseo
en los que suenan las revueltas olas,
y aspiro de los dioses el aliento,
gozo la aurora del linaje humano,
y el cielo azul de la Hélada contemplo.

Leal mi corazón, sigue afanoso
en los azares de su rumbo incierto,
al hijo de Laertes. Afligido
con él, extraño huésped, tomo asiento
en el dichoso hogar, donde las reinas
hilan purpúrea lana. A sus esfuerzos
uno mi afán cuando sagaz escapa
del antro del Gigante, o de los tiernos
abrazos de la ninfa apasionada;
en las ciméreas sombras con él entro
y le sigo en borrascas y naufragios,
sus cuitas y peligros compartiendo.

Y suspirando exclamo:-«¡Cuán terribles
tus iras son, engañador Poseidón!
Temblando estoy por el retorno». Digo,
y el espumoso mar hierve al momento;
la frente, que coronan verdes juncos,
saca del agua, y su robusto pecho,
el poderoso Dios; mírame esquivo,
y me habla así con mofador acento:

-«Nada temas, poetilla,
de las olas ni los vientos;
no es digno de tempestades
tu mísero barquichuelo,
ni tu inocente existencia
de afanes, sustos y duelos.
No encendiste, pobre vate,
jamás mi rencor tremendo,
ni en las murallas de Troya
la menor brecha has abierto;
ni una pestaña arrancaste
al ojo de Polifemo,
ni Palas, la sabia diosa,
fue tu consejera y Méntor».

Dice así el dios con desdeñoso labio,
y en el hirviente mar se hunde de nuevo;
y suenan bajo el agua carcajadas,
y es que a sus toscas befas hacen eco
Amfitrite, la diosa pescadera,
y las hijas idiotas de Nereo.

Declaración

Comienza el mar a gemir,
la sombra empieza a caer;
sentado en la extensa playa
miro con triste avidez
danzar las revueltas olas
en espumoso tropel;
y mi corazón con ellas
alborótase también.
Memorias y anhelos vagos
surgen y crecen en él,
porque tu voz y tu imagen
oigo y miro, dulce bien;
tu imagen que sobre todo
flota siempre, pura y fiel;
tu voz, que en todo la escucho,
y en todo la escucharé,
en el viento que solloza,
en la ola, muerta a mis pies,
y hasta en el propio suspiro
de mi recóndito ser.

Con ligera caña escribo
en la arena: «Te amo, Inés».
Y suspirando traidora,
mansa viene la ola infiel,
y al punto borra la dulce
declaración de mi fe.

¡Caña frágil! ¡Leve arena!
¡Pérfida mar! ¡Ola cruel!
Para nada os quiero; nunca
a engañarme volveréis.
En la selva escandinava
crece altivo, entre otros cien,
abeto, que al cielo sube,
ese abeto arrancaré,
En las entrañas del Etna
fuego eterno se ve arder;
en las entrañas del Etna
hundiré el tronco después.
Con esa tremenda pluma

y esa tinta escribiré
en la bóveda enlutada
de la noche: «Te amo, Inés».

Entre los vívidos astros
las cifras de mi querer
brillarán todas las noches
hoy y mañana y después.
Generaciones de ángeles
veránlas resplandecer,
y por siglos de los siglos
repetirán: «Te amo, Inés».

Noche en el camarote

El cielo azul tiene estrellas
de hermosísimo fulgor,
el hondo mar perlas bellas;
yo, un tesoro mejor que ellas,
en mi corazón: su amor.

Mayor es que cielo y mar
mi corazón proceloso;
astros y perlas al par
son bellos, a no dudar;
pero es mi amor más hermoso.

Niña, aunque es muy pobre don,
acepta mi corazón.
Corazón, y mar, y cielo,
funden en igual anhelo,
su amorosa adoración.

Si en la celestial esfera
do brillan los astros de oro,
posar los labios pudiera!
¡Cuán dulce y plácido lloro
por mis mejillas corriera!

¡Estrellas! sois sus pupilas,
que a través del negro tul,
en desordenadas filas
me saludáis intranquilas
desde el firmamento azul.

Y hacia el azul firmamento
levanto calenturiento
los brazos con hondo afán,
y a vosotras siempre van
espíritu y pensamiento.

¡En mi sien, astros de amor,
derramad vuestro fulgor,
y roto el lazo del alma,
en ese mundo mejor
dadme vida, luz y calma!

Así en lóbrego y pequeño
camarote sueño a solas,
mecido en el frágil leño
por el vaivén de las olas,
por la ilusión de mi ensueño.

Y por la abierta escotilla
miro ansioso y soñador
cómo allá, en el cielo, brilla
la luz pura y sin mancilla
de tus ojos, dulce amor.

Y tus pupilas hermosas,
diciéndome tiernas cosas,
a través del negro tul,
me sonríen cariñosas
desde el firmamento azul.

Hacia esa altura divina
sin temor y sin enojos
mi espíritu se avecina,
hasta que blanca neblina
pasa y me roba tus ojos.

Y en la tabla do indolente
recliné feliz la frente,
se estrella la mar obscura;
y así misteriosamente,
a mis oídos murmura:

«Remontas mucho tu afán;
cortos tus brazos serán
para alcanzar tu tesoro:
clavados al cielo están
los astros con clavos de oro.

»¡Inútil es el fervor
de tu anhelo engañador!
Amigo, si quieres creerme,
cierra los ojos y duerme:
¡Eso será lo mejor!»

Dormí, soñé; la nieve se extendía
sobre una inmensa y árida llanura,
y bajo aquella alfombra blanca y fría
estaba yo en estrecha sepultura.
Brillaban las estrellas rutilantes
vertiendo en mi sepulcro su fulgor;

mirábanme tranquilas y triunfantes,
con la plácida luz de inmenso amor.

Borrasca

Ruge la negra borrasca;
ruge con terrible cólera;
latigazos de los vientos
encabritan a las olas;
y como grandes montañas
pasan en carrera loca.
El mísero barquichuelo
bríos busca, fuerzas toma,
sube a la líquida cumbre,
y apenas la cumbre dobla,
abre la mar negro abismo,
y en él se hunde y se desploma.

¡Pérfida mar! ¡fiera madre
de la deidad más hermosa,
la que entre rizos de espumas
nació en tus entrañas hondas!
¡Abuela del Amor-niño!
bien tu condición denotas.
Ya con alas palpitantes,
vuela siniestra gaviota;
ya el sangriento pico aguza
en el mástil codiciosa;
ya husmea voraz la presa,
y esa presa ¡mar traidora!
es mi corazón, que llena
de tu bella hija la gloria,
y tu nieto, el rapazuelo,
por juguete pueril toma.

¡Toda súplica es inútill
¡Toda plegaria es ociosa!
Olas y vientos en guerra
mi voz apagan y ahogan,
y como tropel de orates
silban, rugen y alborotan.
Pero ¿qué vago murmurio
llega al alma soñadora?
Es la vibración del arpa,
es voz dulce y melancólica,
canto que el alma desgarra,
canto que el alma transporta,
y de esa voz y ese canto
conozco todas las notas.

En la escocesa ribera

álzanse cortadas rocas,
y en las rocas una torre,
de mar y playa señora.
Hay en la soberbia torre
ventana de estrecha bóveda,
hay en la estrecha ventana,
dama pálida y hermosa.
Soberana es su hermosura
y es su palidez marmórea;
y canta y el arpa pulsa,
y las brisas bulliciosas
sus blondos bucles agitan,
y sus cantares arrojan
a la inmensidad sombría
de las turbulentas olas.

Bonanza

Está la mar encalmada;
el sol en las aguas brilla;
verde surco de esmeraldas
en ellas abren las quillas.
Junto al timón, el piloto
ronca, echado panza arriba;
bajo el mástil, el grumete
zurce velas descosidas.
Tiemblan sus labios; se encienden
bajo el hollín sus mejillas;
sus hermosos ojos negros
no se sabe adonde miran,
Pues el capitán, airado,
se yergue ante él y le grita:
«Mala pécora, un arenque
me has birlado de esa pipa».
Está la mar encalmada;
la dorada cabecita
saca un pez y sus aletas
el móvil cristal agitan.
La gaviota de los aires
rápida se precipita,
y con el pez en el pico
vuela y se pierde de vista.

Visión en el mar

De bruces sobre la banda
del buque, inmóvil y absorto,
en las aguas cristalinas
ávidos clavo los ojos.

Más adentro y más adentro
van entrando codiciosos,
hasta que sombras inciertas
me velan el negro fondo.
Pero las inciertas sombras
acláranse poco a poco,
y con pálidos matices,
y con trémulos contornos,
dibujan torres y cúpulas,
portales, muros y fosos.
Antigua ciudad flamenca
contemplo, por fin, atónito;
pero animada y viviente
con sus moradores todos.
Ancianos de noble traza
con la negra capa al hombro,
con blanquísima gorguera,
cadenas y dijes de oro,
la luenga espada en el cinto,
la gravedad en el rostro,
van y vienen por la plaza
del mercado bullicioso,
por el ancho graderío
del popular Consistorio,
donde imperiales imágenes,
labradas por rudo escoplo,
velan calladas e inmóviles,
con acero, cetro y globo.
Ante las casas, que lucen
vidrieras de alegres tonos,
y en largas y rectas filas
se extienden a un lado y otro,
pasan con crujir de seda
bajo los tilos frondosos,
damiselas de buen talle,
de semblante ruboroso
que ciñe negra toquilla,
cárcel de sus rizos blondos;
y a la castellana usanza
engalanados los mozos,
las siguen y las obsequian
con sonrisas y piropos.
Nobles matronas y dueñas
con holgantes mantos lóbregos,
y en las descarnadas manos
rosario y libro devoto,
hacia el templo se encaminan,
y avivan sus pasos cortos
repiques de las campanas
y vibraciones del órgano.

¡También en el alma mía
retumbáis, ecos sonoros!
Anhelo infinito y vago,

afán secreto y recóndito,
del corazón mal curado
todas las fibras han roto.
Paréceme que su herida
besan labios cariñosos,
y las cicatrices saltan
y mana sangre de pronto,
y la sangre va cayendo
gota a, gota y poco a poco;
va cayendo al mar profundo,
va cayendo al negro fondo,
va cayendo en una casa,
una casa que conozco,
una casa, que, desierta,
tristeza inspira y enojos;
y a la ventana, una hermosa
imagen del abandono,
la frente apoya en la diestra
y en el alféizar el codo;
¡y esa niña triste y sola
es la hermosa, que yo adoro!

¡Así te ocultaste, ingrata,
a mi amor inmenso y loco!
¡Así te ocultaste, ingrata,
por un femenil antojo,
en otro mar, aun más grande,
en otro mar, aun más hondo!
Y regresar ya no puedes,
y allí vives, no sé cómo,
para ti, todos extraños,
y tú extraña para todos.
Yo te busco sin sosiego,
yo te busco sin reposo,
te busco por todas partes,
te busco de todos modos,
amor que siempre idolatro,
ilusión que siempre lloro,
ventura que siempre anhelo,
felicidad que hoy recobro.
Sí, te hallo al fin, y de nuevo
miro tu espléndido rostro,
y tu radiante sonrisa
y tus soñadores ojos;
y jamás he de perderte,
pues todas mis dichas logro,
y con los brazos abiertos
a tus dulces brazos corro.

Digo así, y al tiempo mismo,
ya doblando el cuerpo todo,
del capitán que me agarra
siento el brazo vigoroso,
y su voz oigo, que grita:

-«Doctor, ¿os lleva el demonio?»

Purificación

¡Bien estáis en el abismo
insondable de la mar!
Imágenes engañosas,
¡bien en el abismo estáis!
Disteis a mis luengas noches
sueños de dicha falaz,
y aún, al resplandor del día,
me perseguís sin cesar.
¡Yaced, yaced sepultadas
por toda la eternidad!
Al abismo que os esconde,
quiero también arrojar
mis amarguras y enojos,
mi anhelo y mi tierno afán,
el gorro de cascabeles
de mi locura fatal,
que tanto tiempo en mis sienes
su música hizo sonar,
y el infame disimulo
de mi ser, triste disfraz
del alma mía, que enferma
de loca incredulidad,
de Dios renegó y los ángeles,
y maldecida aún está.
¡Hurra! soplaron las brisas;
todas las velas soltad;
tersas, crujientes e hinchadas,
comienzan a palpitar.
La móvil nave resbala
sobre el rizado cristal,
y gozosa el alma mía
recobra la libertad.

Segundo Ciclo

Saludo al mar

¡Thalatta, sí, thalatta!
¡Oh mar, oh eterno mar, yo te saludo
con animoso pecho y con voz grata!
Diez mil veces, oh mar, mi labio rudo
te aclama, como un día,
cuando el hogar cercano aparecía,

te aclamaron, con himnos de victoria,
tras luenga y ruda y desigual porfía,
los diez mil combatientes de la historia.

Las olas espumantes
rodaban y mugían altaneras;
el sol con arreboles deslumbrantes
teñía las riberas;
volaban espantadas las gaviotas
al aire dando sus discordes notas;
relinchaban gozosos los corceles;
chocaban los broqueles;
y en la extensión, que inmensa se dilata,
sonaba el grito salvador: *¡Thalatta!*

¡Oh mar, eterno mar, yo te saludo!
Como voz del hogar, en mis oídos
suena tu voz, cuando a tu orilla acudo;
en tu móvil cristal mi fantasía
finge de la niñez sueños queridos;
y otra vez vuelve a la memoria mía
el recuerdo de aquellas
de la infancia dichosa joyas bellas,
de aquellos sorprendentes
de Noche-Buena espléndidos presentes,
conchas pintadas, pececillos de oro,
nítidas perlas, ramas purpurinas
de brillante coral, todo el tesoro
que escondes en tus urnas cristalinas.

¡Cuánto en extraña tierra
sufrí! Como arrancada
flor, que en su bote de latón estrecho
el botánico encierra,
mustióse el corazón dentro del pecho;
y como enfermo soy, que en triste lecho
pasó el invierno, en lóbrega morada,
y luego, el mal curado, de repente
goza de Primavera, al esplendente
rayo del sol de Abril, alborozada;
y con blandos arrullos
le saludan los ramos cimbradores
cubiertos de capullos;
y con sus ojos llenos de fulgores
contémplanle las flores;
y todo arde y palpita,
y alienta, y resplandece y canta y grita;
y en la bóveda azul, con trinos suaves,
¡Thalatta! dicen las canoras aves.

¡Corazón que en la noble retirada
triunfas cual los diez mil! ¡Cuántas, en duras
contiendas, te acosaron de la odiada
bárbara grey, temibles hermosuras!

Cayeron sobre mí como saetas,
de sus rasgados, vencedores ojos,
las miradas inquietas;
mi espíritu intranquilo
hería su palabra engañadora,
arma de doble filo;
y aumentaban mis duelos insensatos
sus cartas, en mal hora
llenas de deliciosos garabatos.
En vano, en vano tras el fuerte escudo
me guarecí: silbaba el dardo agudo;
los golpes a los golpes sucedían,
y las beldades ¡ay! del Norte rudo
hasta tu playa, oh mar, me perseguían;
hasta tu playa, donde al fin aliento,
y con pecho animoso y con voz grata
el grito de victoria doy al viento:
¡Thalatta, oh mar libertador, Thalatta!

Tormenta

Sobre la mar tenebrosa
yace la hinchada tormenta;
murallón de obscuras nubes
el turbio horizonte cierra,
y con angulosas ráfagas
resplandece el rayo entre ellas;
resplandece y se disipa,
cual luminosa ocurrencia
que cruzó del padre Jove
por la olímpica cabeza.
Sobre las desiertas olas
el trueno retumba y rueda;
desenfrenados galopan
con las blancas crines sueltas,
corceles que engendró el Bóreas
en las erictonias yeguas;
y las marítimas aves
lúgubres revolotean,
cual las sombras de los muertos
en las estigias riberas,
cuando Carón las rechaza
de su barca ya repleta.
¡Ay, desdichada barquilla!
¡Ay, infeliz barquichuela,
que la danza estás danzando
más peligrosa y siniestra!
Eolo burlador envía
porque su juguete seas,
los músicos más sonoros
de su estrepitosa orquesta.

Unos silban, otros soplan,
otros te acosan y obsequian
con figles que se acatarran
o trompas que se destemplan,
y el piloto dando tumbos,
junto al timón, siempre en vela,
fija la vista en la brújula,
alma del bajel inquieta,
alza las manos y exclama:
«¡Acudid en mi defensa,
Cástor, triunfador jinete,
Pólux, invencible atleta!»

El naufragio

¡Esperanza y amor! ¡Todo perdido,
deshecho y roto!... Y yo ¡desventurado!
como un cadáver soy, que embravecido
a la ribera el mar ha vomitado.
El piélago desierto miro enfrente;
duelos detrás, congojas y amarguras;
y nubes sobre mí, nubes obscuras,
hijas deformes del pesado ambiente.
Sus odres en el mar continuamente
llenan, y sin sosiego,
llevándolas en hombros afanosas,
en el mar otra vez los vierten luego:
labor interminable, aborrecida,
y a pesar de sus ansias trabajosas,
estéril ¡ay! como mi propia vida.

Gimen las olas, lanzan sus graznidos
las gaviotas, y surgen halagüeños
recuerdos de otra edad medio perdidos.
Imágenes borradas, vagos sueños,
llenos al par de encantos y de enojos,
tristemente risueños,
brillan de nuevo a mis cansados ojos.

Allá en el Septentrión vive una hermosa,
de beldad soberana y deslumbrante
su talle esbelto, como palma airosa,
ciñe cándida túnica flotante.
De su frente, de trenzas coronada,
bajan en luengos rizos sus cabellos,
tan negros y tan bellos
como noche feliz y sosegada.
Su pálido semblante pensativo
esos obscuros rizos embellecen,
y los ojos en él con fulgor vivo
como dos soles negros resplandecen.

¡Soles negros! ¡Cuán dulce el alma mía
en vuestros resplandores
bebió la ardiente inspiración un día!
Y al fijaros en mí fascinadores,
¡cómo ¡ay Dios! vacilaba y sucumbía!
Una sonrisa púdica, inocente,
abría entonces tierna y cariñosa
el labio de mi bella displicente,
una sonrisa tan tranquila y pura
como rayo de luna en noche obscura,
tan dulce como aliento de una rosa;
y encumbrando mi espíritu su anhelo
cual águila caudal volaba al cielo.

¡Callad, olas del mar embravecido!
Roncas aves, callad! ¡Todo perdido,
dicha, esperanza, amor! Triste y doliente
náufrago yazgo en playa sin guarida,
y en la infecunda arena aborrecida
llorando escondo la ardorosa frente.

Los dioses de Grecia

Luna, tu luz brillante
en fúlgido raudal de oro fundido
trueca el mar, y en la playa
tan clara como el día rutilante,
pero más dulce y tímida desmaya.
En el sereno cielo esclarecido
no brilla ningún astro,
y pasan a través de sus cristales
blancas nubes, fingiendo colosales
ídolos de alabastro.
Mas ¿qué miro? No son blancos vapores;
son ellos, sí, son ellos;
los de la antigua edad dulces señores,
los de Grecia risueña, dioses bellos.
¡Las deidades de ayer! vencidas, muertas,
vanos espectros hoy, sombras inciertas,
que, con vano reproche,
cruzan sin par las bóvedas desiertas
de la enlutada noche.
Asombrado contemplo
convertidos los cielos luminosos
en soberano templo;
y en movimiento blando
los pálidos colosos
tristes y pensativos van pasando.
Cronos, el rey de la celeste esfera,
aparece el primero; escarcha fría

cubrió su cabellera,
que el olimpo, al moverse, estremecía;
con cansado desmayo
empuña ya su diestra inútilmente
el apagado rayo;
infortunio y dolor nublan su frente;
pero aún augusta huella
de la antigua soberbia miro en ella.
Eran tiempos mejores,
Zeus, los tiempos en que ninfa bella
saciaba, o hecatombe ensangrentada,
tus divinos furores;
mas no hay eterno nada:
sucede el joven dios al dios anciano;
tu mismo, tú, con temeraria mano
¿no despojaste en desigual partida,
a los titanes y a tu padre cano,
Júpiter parricida?
Aún la soberbia Juno está a tu lado,
¡vanos fueron, oh diosa tus desvelos!
otro el cetro ha empuñado,
y no eres ya la reina de los cielos.
Tus grandes ojos, que el dolor apena,
cierras, penden tus brazos de azucena
mustios, y ya no alcanza
a la virgen que a un dios abrió los brazos,
ni al héroe que nació de sus abrazos,
tu implacable venganza.
¡Cuán triste vienes tú, Palas prudente;
a las deidades defender no pudo
tu poderoso escudo,
ni preservarlas tu perspicua mente.
¡Tú, Afrodites, también! Hoy plata pura
son tus dorados rizos;
espanto me da y miedo tu hermosura,
a pesar de que aún miro en tu cintura
el ceñidor falaz de tus hechizos.
Si obtuviera tu amor, tan grato. un día,
¡oh Venus voluptuosa!
espantado en tus brazos moriría,
cadavérica diosa.
Te convirtió la suerte
en deidad pavorosa de la muerte.
Marte de ti se aparta, y con celosa
pasión ya no te mira;
aburrido suspira
Febo-Apolo, el divino mozalbete,
y de su floja mano cae la lira
que alegraba el olímpico banquete.
Y aún suspiras tú más, cojo Vulcano,
al ver que la ambrosía perfumada
no sirves al Congreso soberano,
y que llevó por siempre el viento vano
de los dioses la eterna carcajada.

No os amé nunca, dioses altaneros:
no fueron mi ilusión los inconstantes
griegos jamás, ni los romanos fieros;
más siento grima y compasión al veros,
vencidos, tristes, pálidos y errantes.
Y al pensar cuán hipócritas y crueles
los tristes dioses son, que os han vencido,
y rigen hoy a los humanos fieles;
zorros, que de cordero blancas pieles,
por mejor dominarlos han vestido,
combatir por vosotros yo quisiera,
llena el alma de cólera sombría,
y los nuevos altares destruyera
y vuestro buen derecho defendiera
perfumado de amor y de ambrosía.
Yo los antiguos templos renovara,
poblándolos de víctimas y flores,
y a los pies de vuestra ara,
a los profundos cielos brilladores
los suplicantes brazos levantara.
Cierto es que al revolver de las edades,
en toda fiera lid, los vencedores
os tuvieron propicias ¡oh deidades!;
pero es más noble el corazón humano,
y yo, en vuestros combates repetidos,
tomo parte, aunque en vano,
por los dioses vencidos.
Digo así; los espectros se enrojecen;
míranme tristes con supremo anhelo,
y súbitos después desaparecen.
Cubre la luna tenebroso velo;
brama la mar, y triunfadoras, bellas,
rasgando nubes brillan en el cielo
las eternas estrellas.

El enigma

Llena la mente de dudas,
llena el alma de tristezas,
un mancebo contemplaba
la mar profunda y desierta,
y a las inconstantes olas
decía de esta manera:

«Explicadme el tenebroso
misterio de la existencia,
el inescrutable enigma,
el viejísimo problema,
el que ocupó noche y día,
tantas humanas cabezas,
unas de asiáticas mitras

o de turbantes cubiertas,
otras, de negro birrete
o de peluca tremenda
y fue, por siglos y siglos,
tormento de todas ellas.
¿Qué es él hombre? ¿Cuál su origen?
¿Cuál su fin? ¿Qué hace en la tierra?
¿Cuál ser es el ser que vive
tras las cerúleas esferas?»

Y las olas inconstantes
gemían su queja eterna:
pasaban las pardas nubes,
soplaba la brisa inquieta,
indiferentes y mudas
fulguraban las estrellas;
¡y allí estaba el pobre loco
aguardando una respuesta!

El Fénix

Pasó un ave, volando del ocaso,
volando hacia el oriente,
volando hacia los límites remotos
de sus patrios vergeles,
hacia el bello país donde los árboles
balsámicos florecen;
donde airosas las palmas se columpian
y brotan frescas fuentes;
y así, volando, el ave prodigiosa
cantaba dulcemente.

-«Le ama la hermosa, le ama sin saberlo;
sin saberlo le quiere;
siempre lleva su imagen en el alma;
pero escondida siempre.
Sólo en la vaga sombra de sus sueños
gentil se le aparece,
y ella entonces, le besa entrambas manos,
suspira, llora, ruégale,
lo llama por su nombre y al nombrarlo
despierta de repente;
los blancos dedos por los ojos pasa
y de sí misma teme,
y es que la hermosa le ama sin saberlo,
sin saberlo le quiere».

Al pie del mástil del velero buque,
inmóvil sobre el puente,
escuchaba feliz el dulce canto
del peregrino fénix.

Las alteradas olas, cual si fueran
verdinegros corceles,
luengas crines de plata sacudían,
a lo lejos perdiéndose;
tropel de cisnes con abiertas alas
fingían los bajeles;
en el eterno azul, blancas brillaban
las nubecillas tenues,
y en medio de ellas la encendida hoguera
del luminar celeste,
rosa inmortal del firmamento puro,
faro resplandeciente,
a quien brindan los cielos y los mares
espejos y doseles.
Y los cielos y el mar y el alma mía
en concierto solemne,
formaban solo un eco repitiendo:
«¡Le quiere, sí, le quiere!»

En el puerto

¡Feliz quien al puerto llega
y a la mar la espalda vuelve,
y libre ya de sus riesgos,
se sienta cómodamente
en el abrigado sótano
de la taberna de Bremen!
¡Cuán bello y sereno el mundo
en mi copa resplandece!
y ese inquieto microcosmo
que en la roja linfa hierve,
del labio al sediento pecho,
¡cuán dulce y grato desciende!
Todo en el cristal brillante
a mis ojos aparece:
cosas de antaño y de hogaño,
lo pasado y lo presente,
griegos y otomanos juntos,
Gans discutiendo con Hégel.
Allá, bosques de naranjos,
aquí militantes huestes;
Túnez al lado de Hamburgo,
Berlín tocando con Memfis,
y en medio de todas esas
imágenes esplendentes,
la angelical cabecita
de mi amada brilla siempre,
sobre el fondo de oro fino
del vino del Rhin alegre.
¡Cuán hermosa, vida mía,
cuán hermosa y gentil eres!

Eres rosa: no la rosa
de Shiraz, que allá en Oriente
ama el ruiseñor; no aquella
rosa de Sarón celeste,
que los profetas cantaron
en sus místicos vergeles.
Eres la rosa más bella
de cuantas fueron y fueren,
rosa de las rosas, ¡rosa
de la taberna de Bremen!
Cuanto más los días pasan
más espléndida floreces;
y tu aroma me extasía
me transporta, de tal suerte
que en el duro suelo diera
¡ay Dios! a no sostenerme
en sus fraternales brazos
el tabernero de Bremen.
¡Valeroso camarada!
Mano a mano y frente a frente
bebemos y discutimos
cuanto nos viene a las mientes,
las cuestiones más abstrusas
los problemas más rebeldes.
Después dulces suspiramos,
y haciendo unas cuantas eses,
o voy a dar en sus brazos
o en mis brazos a dar viene.
El, en mis santos propósitos
me confirma y me sostiene;
por mis propios enemigos
bebo y brindo alegremente;
perdono a los malos vates
(¡logre yo iguales mercedes!),
y al fin llanto de ternura
mis pupilas humedece.
Abrense entonces las puertas
que guardan discretamente
la bodega sacrosanta
¡para mí la gloria! y vense
en fila los doce Apóstoles
(¡doce soberbios toneles!)
que, mudos, a todo el mundo
catequizan y convierten,
pues su universal idioma
todos los hombres entienden.
¡Cuán hermosos personajes!
de tosco roble vistiéronse;
mas tanto por dentro brillan,
fulguran y resplandecen,
cual los ufanos levitas
que en el templo alzan la frente;
como aquellos cortesanos,
que lucían insolentes

en el palacio de Herodes
sus brocados y joyeles.
¡Dios del cielo y de la tierra!
¡Señor! He pensado siempre
que, al vivir en este mundo,
vuestros compañeros fieles
fueron personas de viso,
no grosera y zafia plebe.
¡Aleluya! Verdes palmas
de Bethel, ¡cómo trasciende
y me halaga vuestro aroma!
Mirra de Hebrón ¡qué bien hueles!
Santo Jordán, ¡cómo ondula
y desmaya tu corriente!
Ondulante yo desmayo
también, y trémulo y débil
ondula el buen tabernero,
y a empellones y vaivenes
me hace subir la escalera
al sol y al aire volviéndome.
Contempla, buen tabernero
de la taberna de Bremen,
tropel de angelitos rubios
en los tejados de enfrente;
por sus cantos y sus risas
cuán ebrios están se advierte.
Mira el sol allá en el fondo
de la bóveda celeste;
nariz es que victoriosa
la borrachera enrojece,
del espíritu del mundo
nariz tremenda y solemne,
y el universo beodo
en torno suyo se mueve.

Epílogo

Como en fértil campiña mies lozana,
así brotan en haces apretados
los pensamientos en la mente humana,
y aquéllos que inspiraron los amores,
son como las que veis en los sembrados
rojas o azules flores.
¡Flores rojas o azules! Displicente
os deja el segador; el campesino
sin piedad os destroza;
y el mismo pasajero indiferente,
aunque alegráis su vista en el camino,
os llama «estéril broza».
Mas la doncella del lugar, que goza
tejiendo su guirnalda,

ávida os busca con sus ojos bellos,
os recoge en su falda,
os coloca después en sus cabellos,
y, así adornada, vuela
a la plaza, do en ecos repetidos
resuenan el rabel y la vihuela,
o al matorral espeso, que ella sabe,
donde escucha otra voz, a sus oídos
más que el rabel y la vihuela suave.

Nueva primavera

(1831)

Prólogo

En los palacios y los museos
veréis pintado paladín rudo,
que revistiendo nobles arreos,
embraza ufano lanza y escudo.

Pero risueña tropa de amores
lo envuelve en giros de alegre danza,
échale al cuello lazos de flores
y le despoja de escudo y lanza.

Así, entre dulces cadenas muero,
llorando inútil vanas porfías,
mientras esgrimen otros su acero
en los combates de nuestros días.

- 1 -

Blanco está el árbol que asiento
te da glacial a sus pies,
y escuchas gemir el viento,
y en el cielo ceniciento
pardas nubes pasar ves.

Todo está yerto y helado;
monte y valle, selva y prado;
y con mortal desazón,
ves al invierno albergado
en tu propio corazón.

De pronto, el ramaje mueve
sobre ti el árbol llueve
ráfagas alabastrinas,
y tú, que son imaginas
copos de escarcha y de nieve.

Pero, a los pocos instantes,
ves con risueños asombros,
que son pétalos fragantes
los que dispersos y errantes
cayeron sobre tus hombros.

¡Oh prodigio halagador!
Diciembre truécase en Mayo,
la nieve cámbiase en flor,
y tu corazón a un rayo
se abre otra vez, del amor.

- 2 -

Reverdece la pradera
al soplo de blanda brisa,
y el sol en la azul esfera
dice, con dulce sonrisa:
-«¡Bienvenida, oh Primavera!»

Te oigo otra vez, ruiseñor,
ora alegre y trinador,
ora triste y quejumbroso;
pero, doliente o gozoso,
¡tu canto siempre es de amor!

- 3 -

La hermosa noche del Abril florido
abre sus ojos apacibles ya;
el amor te ha postrado y abatido;
¡él te levantará!

Entre las hojas, en la muda calma,
trina feliz el tierno ruiseñor,
y ensancha el corazón y eleva el alma
su canto halagador.

- 4 -

Amo a una hermosa flor; no sé a cuál de ellas,
y por eso suspiro.
Un alma busco, y sus corolas bellas
una por una miro.

La flor trasciende al expirar el día;
cantan los ruiseñores;
un alma busco, como el alma mía,
rendida a los amores.

Cantan los ruiseñores y comprendo
sus ayes desmayados;
estamos por igual, a lo que entiendo,
medrosos y azorados.

- 5 -

Llegó el alegre Mayo;
brillan el árbol y la flor hermosa;
y resbalan con lánguido desmayo

allá en el cielo azul nubes de rosa.

El ruiseñor sencillo
canta dichoso en la flexible rama;
ligero brinca el rubio cabritillo
sobre la alfombra de mullida grama.

Yo, con las ansias mías,
doliente yazgo en el vergel risueño;
oigo sonar lejanas armonías,
y sueño sin saber qué es lo que sueño,

- 6 -

Resuena en el alma mía
placentera melodía
como un eco celestial;
hiende la región vacía
¡oh canción primaveral!

Vuela a la floresta umbrosa,
y entre las flores, allí,
encontrarás una rosa;
saluda a la flor hermosa,
salúdala tú por mí.

- 7 -

La bella mariposa ama a la rosa
y vuela en torno de sus rojas galas;
ama el sol a la bella mariposa
y su brillante luz quiebra en sus alas.

Pero la esquiva rosa ¿por quién arde?
Si he de deciros la verdad, lo ignoro.
Quizás ama a la estrella de la tarde;
ama quizás al ruiseñor canoro.

No sé a quien ama la encendida rosa;
mas yo amo a todos con igual amor;
estrella de la tarde, mariposa,
rosa, rayo de sol y ruiseñor.

- 8 -

Todo canta en la floresta,
la rama, el nido y la flor.
¿Quién es, en la alegre fiesta
el experto director
que tan bien rige la orquesta?

¿Es la formal ave fría
quien el dulce coro guía?
¿Es la abubilla pedante
que nos cansa todo el día
con su *cut-cut* incesante?
¿Es la cigüeña quizás
la que, con su larga pata,
lleva el seguro compás,
y hace callar o desata
las voces de los demás?
¡Ah! no; el docto profesor
que así preside la fiesta,
lo llevo yo en mi interior:
es gran director de orquesta,
creo que se llama Amor.

- 9 -

« El ruiseñor dio comienzo
cantando sus dulces coplas,
y brotaron verdes céspedes,
lirios, alelís y violas.
Con el pico abrióse el pecho
y saltó la sangre roja;
surgió un rosal de la sangre;
se llenó el rosal de rosas,
y el ruiseñor a esas flores
su amor cantó y sus congojas.
Su hermoso canto a las aves
unió en fraternal concordia;
pero si cesa algún día
su voz, moriremos todas,
y morirá juntamente
la selva que nos aloja».
En el nido que la encina
guarda oculto entre sus frondas,
así a los gorrioncetes
el gorrión alecciona.
Dice mientras *pío, pío,*
la maternal gorriona,
que, como ama de la casa,
en sitio de honor reposa.
Es pájara muy casera,
muy buena cobijadora,
que jamás, cuidando el nido,
se altera ni se alborota.
En tanto, el pájaro viejo
fácil pasatiempo logra
dándoles a sus hijuelos
educación religiosa.

- 10 -

Tibia noche de Abril en dulce calma
abre todas las flores; si se aduerme
en descuidados éxtasis el alma,
¡cuán fácil al Amor será el prenderme!

Mas ¿cuál de tantas deliciosas flores
rendir podrá mi voluntad serena?
dícenme los parleros ruiseñores:
«Guárdate de la cándida azucena».

- 11 -

Crece el afán, estallan los enojos,
y el seso otra vez siento transtornado.
La primavera y dos hermosos ojos
contra mi corazón se han conjurado.

¡Primavera! ¡Pupilas amorosas!
¿Por qué me habéis robado la razón?
¡Ay! también -o sé poco de estas cosas-
andan los ruiseñores y las rosas
en la conjuración.

- 12 -

Mi corazón ansía
llorar, llorar con amoroso llanto,
con llanto de tristeza y alegría.
¡Cómo temo, alma mía,
que al fin consigas lo que anhelas tanto!

¡Ay! la amarga ventura
del amor y su dulce sufrimiento,
penetrar en la hondura
del mal curado corazón ya siento.

- 13 -

Entre las verdes hojas indiscretas
los ojos brillan del Abril florido,
y son las azuladas violetas
que para hacerte un ramo he recogido.

En ti pienso, y las miro dulcemente,
y todos mis ensueños seductores
conforme van brotando de mi mente,
publicándolos van los ruiseñores.

Publicándolos van, y el fugaz viento

los esparce después en vuelo suave;
mira cómo mi oculto pensamiento
toda la selva lo conoce y sabe.

- 14 -

Si pasas cerca de mí
y me roza tu vestido,
siento loco frenesí,
y se lanza en pos de ti
mi corazón atrevido.
Mas si en movimiento leve
fijas en mí la atención,
tal tu mirar me conmueve,
que a seguirte no se atreve
mi cobarde corazón.

- 15 -

Abre el cáliz hermoso
la flor de la laguna,
y un ósculo callado y amoroso
le da la blanca luna.

La frente avergonzada
la flor baja al instante,
y en el agua la faz ve retratada
de su pálido amante.

- 16 -

Si tienes ojo avizor,
a través de mi cantar,
siempre, cual sombra de amor,
verás con vago fulgor
hermosa joven pasar.

Si tienes fino el oído
escucharás su querido
acento con embeleso,
y canto, risa o gemido,
ha de trastornarte el seso.

Su voz, su mirada amante
te robarán paz y calma;
e irás por la selva errante,
llevando siempre delante
los dulces sueños del alma.

- 17 -

-« En noche de primavera,
poeta, ¿qué haces aquí?
las flores de la pradera
se han vuelto locas por ti.

»Están las púdicas rosas
encendidas; azoradas
las violetas; las medrosas
azucenas desmayadas».

-«¡Luna, me cuentas horrores!
raza bien sentimental
es la raza de las flores!
¡Hice mal; pero muy mal!

»Mas ¿quién hubiera creído
que escuchaban todas ellas
cuando mi amor, conmovido,
declaraba a las estrellas?»

- 18 -

Con tus azules pupilas
me miras tan tierna y dulce,
que ni abrir puedo los labios,
trastornado por sus lumbres.

De tus azules pupilas
todos mis anhelos surgen,
y mi alma inunda un torrente
de pensamientos azules.

- 19 -

Ya está otra vez mi corazón vencido;
domada está otra vez su estéril ira;
el soplo del Abril lo ha enternecido
y nuevo esclavo del amor, suspira.

Sigo las alamedas del paseo,
atento a mi ilusión camino errante;
si un sombrero de paja lejos veo
pienso encontrar su celestial semblante.

Recorriendo las márgenes del río,
al viejo puente voy con mis antojos,
por si pasa en su coche el dueño mío
y se encuentran sus ojos con mis ojos.

Y en el sordo rumor de la cascada

una voz oigo, para mí elocuente,
y traduzco en el alma apasionada
lo que dice esa voz de la corriente.

Cruzo el parque soñando sin sentirlo,
y me pierdo en su dédalo intrincado,
y oculto en la maleza silba el mirlo
burlándose del loco enamorado.

- 20 -

¿Percibe la hermosa flor
la esencia, que entrega al viento?
¿Sabe el diestro ruiseñor
el halago embriagador
que nos produce su acento?

No lo sé, y es grave cosa
averiguar la verdad:
si mienten pájaro y rosa
¡qué mentira tan sabrosa
y de cuánta utilidad!

- 21 -

No te enojes, querida;
porque te adoro tanto, huyo de ti.
¿Cómo elevar mi frente dolorida
junto a tu rostro floreciente? di.

Tal me ha puesto el amor que doy espanto;
y al verme, te apartaras tu también.
Huyo de ti porque te adoro tanto;
no te enojes, mi bien.

- 22 -

Entre las flores voy, hermoso dueño,
y florece a la par mi corazón;
voy vacilante, como en vago sueño,
como en fugaz visión.

Sosténme, dulce bien. Turba mi mente
la embriaguez del amor, que estalla ya;
y me postro a tus plantas, y de gente
lleno el jardín está.

- 23 -

La imagen de la luna se estremece
en las olas del mar, tristes y obscuras;
y lejano su disco resplandece
tranquilo en las alturas.

Así tú pasas plácida y tranquila,
¡oh dulce amor! en inocente calma,
y tu imagen triunfal tiembla y vacila
en el fondo de mi alma.

- 24 -

Santa alianza celebraron
nuestros dos pechos también;
cariñosos se estrecharon
y se comprendieron bien.

Pero tu confederada,
la que tu pecho adornó,
la fresca rosa, aplastada
en el abrazo quedó.

- 25 -

Dime, dime, ¿quién era
el que inventó el reloj,
y en horas y minutos
el tiempo dividió?
Hombre frío sería,
frío y calculador.
Las noches del invierno
insomnes las pasó,
contando uno por uno
los pasos del ratón
y el rechinar del triste
gusano roedor,
que, oculto en la madera,
excava su prisión.

Dime, ¿quién el primero
los besos inventó?
Hombre feliz seria,
de ardiente corazón,
que, al inventar el beso,
sólo en besar pensó.
¡Era en el dulce Mayo;
abríase la flor,
trinaban los jilgueros,
resplandecía el sol!

- 26 -

¡Cómo los frescos alelís trascienden!
El cielo es de azul pálido y en él
son las estrellas, que su luz encienden,
abejas de oro en volador tropel.

Blanca, alegre, feliz, quinta cercana
miro entre negros árboles brillar;
rechina la vidriera en la ventana,
y la querida voz oigo charlar.

¡Dulce y viva emoción que inunda el pecho!
¡tierno y tímido abrazo del amor!
¡y están las rosas nuevas en acecho!
¡y preludia su canto el ruiseñor!

- 27 -

¿No he soñado ya estos sueños?
¿no he amado ya estos amores?
¿no eran ¡ay! tan halagüeños
aquellos besos risueños
y aquellas fragantes flores?

Luz de luna mal velada
¿no entraba también filtrada
en nuestro nido de yedra?
¿no velaban a la entrada,
cual hoy, deidades de piedra?

¡Ah! Bien sé que en giro leve
huye siempre la ilusión;
y al soplar el cierzo aleve,
cubre una capa de nieve
los campos, y el corazón.

Y mañana olvidaremos
la ventura que hoy gozamos
hoy, que tanto nos queremos
y con tan dulces extremos
¡ay de mí! nos abrazamos.

- 28 -

¡Oh dulces besos en la sombra hurtados,
y que en la sombra el labio devolvió!
¡Cuán dulces vuestros goces regalados
son para el alma que constante amó!

Extasiados en plácidas memorias
y en esperanzas de mayor placer,
pensamos nuevas dichas y victorias
de venideros días entrever.

Mas cuando el beso estalla delirante
¿quién puede discurrir y razonar?
¡Llora, mi bien; nada hay en ese instante
más dulce que llorar!

- 29 -

Era un rey triste y anciano,
un rey de cabello cano,
de alma enferma y pesarosa;
a niña muy hermosa dióle
trono, cetro y mano.

Era un paje alegre y bello,
de suelto y rubio cabello,
de alma amorosa y lozana;
llevaba, orgulloso de ello,
la cola a su soberana.

¿Sabes esa historia cruel?
Siempre en mi pecho
llagado triste y dulce ha resonado.
Murieron reina y doncel;
se querían demasiado.

- 30 -

Agólpanse otra vez al pensamiento
las bellas sombras que borró el olvido.
¿Qué es lo que tiene tu amoroso acento,
que así me ha conmovido?

No digas que me quieres. Todo cuanto
brilla en el mundo y seductor florece,
primavera y amor, vida y encanto,
todo expira y fenece.

¡No digas que me quieres, dulce dueño!
bésame silenciosa: así me agradas.
Y sonríe mañana, si te enseño
las rosas frescas hoy, ya deshojadas.

- 31 -

-«A los serenos fulgores

de la luna abren los tilos
sus aromáticas flores;
llenan los bosques tranquilos
gorjeos de ruiseñores.

»Ven aquí, mi fiel amante,
y veremos sin congojas
cómo tiembla palpitante
el rayo puro y brillante
de la luna entre las hojas.

»Mira, como un corazón
las hojas del tilo son;
por eso los que bien quieren
en la más dulce ocasión
su grata sombra prefieren.

»Mas tú en la región vacía
tiendes incierta mirada,
desatento a la voz mía.
Di, ¿qué nueva fantasía
surge en tu alma enamorada?»

-«Yo te lo diré, bien mío:
quisiera que el cierzo frío
tremendo turbión trajera,
y que ese turbión sombrío
de nieve el campo cubriera.

»Y en un trineo, en ropón
envueltos, de blandas pieles,
por la nevada extensión
resbaláramos al són
de látigo y cascabeles».

- 32 -

A la luz de la luna, en selva umbría,
los elfos voladores vi pasar
en corceles blanquísimos, y oía
sus trompas resonar.

Llevaban sus corceles cuernos de oro
y trotaban con loco frenesí,
como los cisnes que en tropel sonoro
volar a veces vi.

La reina, con sonrisa leve y fría,
en volador escape me miró.
¿A mis nuevos amores aludía,
o mi cercana muerte presagió?

- 33 -

Voy al campo, y violetas ruborosas
busco y te envío todas las mañanas;
vuelvo al campo al ocaso, y de las rosas
elijo para ti las más lozanas.

¿Sabes tú lo que dicen, vida mía,
esas flores, galantes mensajeras?
Que me quieras constante todo el día,
y por la noche, que también me quieras.

- 34 -

Tu carta cruel de recibir acabo,
querida, y no me amarga.
Dices que ya no me amas; pero, al cabo,
¡tu epístola es tan larga!

¡Doce planas completas! Y es, hermosa,
tu letra bien metida.
Nadie ha gastado nunca tanta prosa
para una despedida.

- 35 -

No temas que ante la gente
descubra yo mi ansiedad,
aunque afanoso y ardiente
hable hiperbólicamente
mi labio de tu beldad.

Bajo ese inmenso montón
de metafóricas flores,
que disfrazan mi pasión,
velan su conspiración
nuestros secretos amores.

Y si chispas sospechosas
estallan entre esas rosas,.
no te alarmes, vida mía;
nadie cree en estas cosas
y dirán: «Es poesía».

- 36 -

Los rumores de Abril en pleno día
penetran en mis noches halagüeños,
cual ecos de una verde melodía

que se deslizan en mis dulces sueños.

Pero, como en Edén maravilloso,
trinan entonces más los ruiseñores,
es el aire más blando y delicioso,
y son más aromáticas las flores.

Las rosas hermosísimas contemplo
con sus nimbos de luz en la corola,
cual los querubes que en antiguo templo
pintó el artista con dorada aureola.

Yo mismo entonces imagino y siento
que soy cual otro ruiseñor, y canto,
y el amoroso afán que experimento
digo a las rosas con secreto encanto.

Hasta que me despiertan los fulgores
de la aurora y la tropa charlatana
de esos otros amantes ruiseñores,
que vienen a cantar a mi ventana.

- 37 -

Con sus piececitos de oro
por el firmamento el coro
de los astros lento va.
Despertar no quiere al mundo
que en el regazo profundo
de la noche duerme ya.

Los bosques humedecidos
se vuelven todos oídos;
y silenciosos también,
en contorsiones extrañas
se estremecen las montañas
que allá a lo lejos se ven.

¿Qué es ese trémulo acento
que en el corazón yo siento
con encanto halagador?
¿Suena la voz de mi hermosa,
o no es quizás otra cosa
que el trino del ruiseñor?

- 38 -

La primavera está pálida y fría,
hay en sus sueños inquietud sombría;
hay tristeza en sus flores;
vaga melancolía

en la voz de sus tiernos ruiseñores.

¡Hermosa niña, a quien adoro tanto!
no me sonrías con alegre encanto.
Llora, querida, llora;
quiero enjugar tu llanto
besándote la faz encantadora.

- 39 -

Al corazón que amo tanto
el mío debo arrancar...
¡viviera aquí tan dichoso
sin dejarte a ti jamás!
Rueda el coche, cruje el puente;
¡oh, cuán turbio el río va!
¡Adiós! ¡De ti me despido,
de ti, mi felicidad!
Dispérsanse las estrellas,
huyendo de mi quizás...
¡Adiós, mi amor! Por muy lejos
que me lleve hado fatal,
en mi corazón tu imagen
por siempre florecerá.

- 40 -

Florece ilusión temprana
y mustia en seguida está;
vuelve a florecer lozana,
y así va la vida humana
hasta que en la tumba da.

Esas leyes del destino
nubes de mi dicha son;
y, de su mal adivino,
desángrase de contino
gota a gota el corazón.

- 41 -

Paréceme hoy el cielo
rostro de anciano,
con guedejas de pelo
mugriento y cano;
y turbio, rojo,
en medio de la frente
no más un ojo.

Hacia la tierra mira

con honda angustia,
y todo al punto expira,
todo se mustia;
mueren las flores
y en el alma con ellas
risas y amores.

- 42 -

Tétrico y meditabundo
voy al azar por el mundo
triste y frío;
Otoño a morir camina,
y la pálida neblina
desplega el manto sombrío.
El cierzo las sueltas hojas
que yacen mustias y rojas,
lento mueve;
suspira el pino en el monte,
enlútase el horizonte,
y lo peor es que llueve.

- 43 -

Pardas brumas otoñales
inundan selvas y prados,
y álzanse por todos lados,
cual espectros funerales,
los árboles deshojados

Uno entre ellos solamente
tierno siempre y floreciente,
con silenciosa armonía
columpia su verde frente,
que dulce llanto rocía.

Mi corazón parecido
es a ese campo aterido
por tormenta destructora,
y el árbol fresco y florido
es vuestra imagen, señora.

- 44 -

Un cielo gris, triste, soso;
la ciudad siempre la misma,
contemplándose en el Elba
pesarosa y aburrida;
narizotas que, al sonarse,
gruñen como antes gruñían,

y que se inclinan hipócritas
o que petulantes se hinchan...
¡Tierras del sol! ¡Cielo claro
y azul! ¡Deidades benignas!
os adoro más que nunca
desde que otra vez soy víctima
de esta grotesca gentuza
y este insoportable clima.

Tannhauser

Leyenda

I

Las redes evitad, buenos cristianos,
que Satanás os tienda;
os contaré la historia de Tannhauser,
para que estéis alerta.

Sintió Tannhauser, noble caballero,
de amor y de placer ansias frenéticas;
fue a la montaña de la hermosa Venus;
siete años vivió en ella.

-«Señora Venus, mi gentil Señora,
pásalo bien, idolatrada reina,
voy a marchar de aquí; dejarte quiero,
y te pido licencia».

-«Tannhauser, noble caballero mío,
aún tus besos mis labios hoy esperan.
Bésame cariñoso,
y explícame las faltas que en mí encuentras.

»¿No te escanció jovial todos los días
el mejor vino, como dulce néctar?
Todos los días, a tu noble frente,
¿no ciño rosas frescas?»

-«Señora Venus, mi gentil Señora,
tósigo son, que suave me envenena,
tus dulces besos y tu dulce vino.
Hoy amarguras ansia mi alma enferma.

»Jugamos y reímos demasiado;
lágrimas sólo mi dolor anhela,
en vez de frescas rosas, ceñir quiero
de espinas mi cabeza».

-«Tannhauser, noble caballero mío,

¿por qué así te querellas?
No dejarme jamás, mil y mil veces,
me ha jurado tu lengua.

»A mi cámara ven, y gozaremos
las emociones del amor secretas;
allí tu sangre encenderá mi cuerpo
blanco cual azucena».

-«Señora Venus, mi gentil Señora,
florecerá por siempre tu belleza;
ardieron por ti muchos,
y arderán otros muchos en tu hoguera.

»Al pensar en los dioses y en los héroes
a quienes fue tu amor fácil ofrenda,
casi me causa repulsión tu cuerpo,
blanco cual azucena.

»Tu cuerpo, sí, cual azucena blanco,
me espanta aún más, si en multitud inmensa
imagino tus nuevos gozadores
de la edad venidera».

-«Tannhauser, noble caballero mío,
no hables de esa manera;
prefiero que iracundo me golpees,
como tú me golpeas.

»Prefiero que iracundo me golpees
a que me insultes, y mejor quisiera
que para mí, cristiano adusto y frío,
tu corazón cerrase la soberbia.

»Porque mucho te amé, recibo y oigo
semejantes ofensas.
Pásalo bien; ya tienes mi permiso.
Ve; yo te abro la puerta».

II

¡A Roma! ¡A Roma! En la ciudad bendita
suenan campanas, cánticos y rezos.
La procesión avanza,
y el augusto Pontífice va en medio.

Es el justo y piadoso Papa Urbano.
Tres coronas le sirven de ornamento;
de púrpura es su manto;
llevan su cola nobles caballeros.

-«Escucha, Padre Santo, Papa Urbano,
tranquilo no te dejo,
hasta que oyendo en confesión mis culpas,
me salves del infierno».

Cesan los cantos místicos; se aparta
formando corro el pueblo.
¿Quién es el peregrino? Ante el Pontífice
él se arrodilla, trémulo.

-«Escucha, Padre Santo, Papa Urbano,
puedes atar y desatar. Benévolo
sálvame de las llamas infernales,
sálvame del Protervo.

»Soy el noble Tannhauser; sentí un día
de amor y de placer el voraz fuego;
la montaña de Venus busqué ansioso,
y siete años viví bajo su imperio.

»¡Venus es una hermosa encantadora
que hechiza el alma y encadena el cuerpo;
es más dulce que aroma de las flores
y luz del sol, su acento.

»Como, sobre la flor, la mariposa,
revolotea, y en su cáliz tierno
liba la miel, volaba el alma mía
sobre sus labios, cual las rosas frescos.

»Ciñen su noble frente
crenchas rizadas de cabellos negros;
cuando nos miran sus rasgados ojos
el hálito perdernos.

»Cuando nos miran sus rasgados ojos,
cautivos somos, en sus redes presos.
Para escapar de la fatal montaña
hice un supremo esfuerzo.

»Pude escapar de la fatal montaña;
pero me van buscando y persiguiendo
los ojos de la hermosa,
y por señas me dice: -'Ven de nuevo'.

»De día soy cual mísero cadáver;
cobro de noche vida y sentimiento;
sueño en mi hermosa, y viene, y feliz ríe
sentándose en mi lecho.

»Ríe feliz, regocijada, loca,
y me muestra, al reír, al descubierto
sus blancos dientes y suspiro y lloro
cuando en sus risas pienso.

»Amóla con amor irresistible,
que reprimir no puedo;
es tremenda cascada, que destroza

los diques a ella opuestos.

»De roca en roca salta con blanquísimos
borbotones de espuma y bronco estruendo;
se quiebran sus raudales,
mas sigue audaz su curso turbulento.

»El cielo a mi hechicera le daría,
si fuera mío el cielo,
el sol, la luna y las estrellas todas
que hay en el firmamento.

»Amóla con amor irresistible,
en cuya viva hoguera estoy ardiendo...
¿Son éstas ya las infernales llamas?
¿Los tizones eternos?

»Escucha, Padre Santo, Papa Urbano;
puedes atar y desatar; benévolo
sálvame de las llamas infernales;
líbrame del Protervo».

Alzó la mano majestuosa el Papa,
y le habló en estos términos:
-«Tannhauser infeliz; es imposible
romper tu encantamiento.

»Es el peor de los demonios todos
el que apellidas Venus;
para arrancate a sus hermosas garras,
facultades no tengo.

»Debe pagar por siempre el alma tuya
los goces de la carne pasajeros.
Estás ya condenado al perdurable.
suplicio del infierno».

III

Corrió Tannhauser el mundo
llagados los pies tenía.
Al monte de Venus vuelve;
media noche es cuando arriba
Despierta la hermosa Venus;
salta del lecho tranquila;
le tiende los blancos brazos;
le estrecha cariñosísima.
De su nariz brota sangre,
y lloro de sus pupilas;
con la sangre y con el lloro
el rostro al galán le pinta.
El, sin desplegar los labios,
en el lecho se reclina;
ella al fogón se dirige,
y buena sopa le guisa,

La sopa y el pan le ofrece;
los pies le cura y le limpia;
le peina bien el cabello;
le alegra con sus sonrisas.
-«Tannhauser, mi caballero,
larga fue tu correría.
Las tierras que has visitado
quiero que tú me las digas».
-«Para el país de los celtas
fue mi primera visita;
asuntos en Roma tengo,
y allá fui con ansias vivas.
»Roma, junto al río Tíber,
se encumbra en siete colinas;
hablé con el Padre Santo,
y me dio para ti albricias.
»De regreso, vi a Florencia
y a Milán, ciudad magnífica;
y entré por los vericuetos
de la selvática Suiza.
»Trepé animoso, a los Alpes;
desde allí, ¡qué hermosa vista!
Volaba graznando el águila;
un lago azul sonreía.
»Cuando llegué al San Gotardo,
la Germania hallé dormida,
de sus treinta y seis monarcas
bajo la guardia solícita.
»Vi la escuela de los vates
en Suavia: ¡menuda y mísera
ralea! con chichoneras
resguardan las cabecitas.
»En Dresde vi el mejor perro
que he visto en toda mi vida;
perdió los dientes; no muerde;
pero ladra todavía.
»En Weimar, grato a las Musas,
tristes lamentos se oían:
'-¡Ha muerto Goethe!' clamaban;
'¡Y Eckermann aún vive y triunfa!'
»Oí en Berlín fuertes gritos,
y pregunté: -'¿Por qué gritan?'
-'Gans, desde el siglo pasado
lección igual nos explica'.
» Florecen todas las ciencias,
mas no dan fruto, en Gotinga,
al llegar en noche obscura,
no vi una luz encendida.
»Vi el correccional de Celle;
sólo Hannover lo utiliza;
un correccional nos falta
que a toda Alemania sirva.
»La honrada ciudad de Hamburgo
es de bandidos guarida;

y cuando llegué a la Bolsa
aún en Celle me creía.
»Estuve en Altona luego;
tiene hermosa perspectiva.
Lo que me pasó en Altona,
te lo contaré otro día».

Romances y otras poesías

El caballero Olao

I

Dos hombres hay ante la iglesia, y visten
los dos traje purpúreo.
Es uno de ellos el monarca; el otro...
el otro es el verdugo.

Dice al verdugo el rey: -«Ya las postreras
oraciones escucho;
están cumplidos los nupciales ritos:
el hacha ten a punto».

Suena el órgano, suenan las campanas;
sale el pueblo en tumulto;
y salen entre el séquito brillante
los esposos en triunfo.

Pálida, cual la muerte, va la hermosa
hija del rey adusto;
el bravo Olao, impávido y sereno,
con sonrisa de júbilo.

Con sonrisa de júbilo le dice
al rey: -«Yo te saludo,
suegro y señor; aguarda mi cabeza
el hacha del verdugo.

»He de morir; pero hasta media noche
no sea, y como es justo,
a la boda banquetes y cantares
y danzas den tributo.

»Permitidme vivir hasta que apure
mi labio moribundo
la última copa; hasta que alegre marque
el baile el compás último».

-«Sea como lo pide el noble yerno»
dice el rey, y al verdugo,
-«Viva hasta media noche», y luego añade:

-«el hacha ten a punto».

II

Olao, con regio banquete
sus tristes bodas celebra,
y apura de un solo sorbo
la fatal copa postrera.
En los hombros del mancebo
dobla la hermosa cabeza
la hija del rey sollozando...
y está el verdugo a la puerta.
Nuncia música festiva
que ya las danzas comienzan,
y Olao el talle flexible
de su desposada estrecha.
En rápido remolino,
trazando círculos vuelan,
y es el círculo postrero...
y está el verdugo a la puerta.
¡Cómo suspiran las flautas!
¡cuál sollozan las vihuelas!
¡Todos asombrados miran
la hermosísima pareja;
asombrados miran todos,
y el corazón se les vuelca.
Van bailando, van bailando...
y está el verdugo a la puerta.
Como un ascua resplandece
la sala del baile espléndida,
y así en voz baja le dice
Olao a su compañera
-«¡Cuánto te quiero, alma mía!
¡si comprenderlo pudieras!
¡Cuán frío estará el sepulcro!!!»
Y está el verdugo a la puerta.

III

Olao, tu vida concluye,
ha sonado media noche;
sedujiste a una princesa
con tus livianos amores.
Ya van cantando los prestes
las últimas oraciones;
ya el verdugo junto al tajo,
se apoya en el hacha inmóvil.
Ya desciende el caballero
hacia el ancho patio donde
brillan espadas y antorchas
con siniestros resplandores.
Y aún la sonrisa a su rostro
da triunfales arreboles,
y aún extasiado y radiante,
va diciendo estas razones:
-«Bendigo, al sol y a la luna

y a las estrellas menores,
al luminar de los días
y a los astros de la noche.
»Bendigo a las avecillas
que al aire dan sus canciones,
bendigo al mar y a la tierra,
a los campos y a las flores.
» Bendigo a las azuladas
violetas que allá en el bosque
copian de sus ojos claros
los matices y fulgores.
»Bendigo esos ojos claros,
tumba de mis ilusiones,
y el árbol a cuya sombra
gocé, oh bella, tus favores».

Godofredo Rudel y Melisenda de Trípoli

¡Oh castillo de Bley! Tus aposentos
aún con flotantes pliegues cubren hoy
viejos tapices, que con diestra mano
la condesa de Trípoli bordó.
Los bordó con la aguja y con el alma,
bañándolos en lágrimas de amor;
de las escenas de su propia vida
traslado exacto las figuras son.
Moribundo, en la playa, la condesa
halla a Rudel, el bello trovador,
y al punto mira en él estremecida
al ideal amante que soñó.
Rudel mira anhelante a la condesa,
y como celestial aparición,
por vez primera y última contempla
la imagen fiel de su soñado amor.
Ella se inclina sobre el yerto joven
y lo estrecha con trémula emoción,
besando, mudo y lívido, aquel labio
que dijo tantas trovas en su honor.
Y ese beso feliz de bienvenida
será a la vez el ósculo de adiós,
y apuran juntos en el mismo cáliz
el mayor goce y el mayor dolor.

¡Oh castillo de Bley! todas las noches
se oye en tus aposentos vago són,
y en los viejos tapices las figuras
vida recobran, movimiento y voz.
Los fantásticos miembros sacudiendo,
saltan del muro dama y trovador;
y por las anchas salas van y vienen,
y vuelven a pasar juntos los dos.

¡Dulces suspiros!¡inocentes juegos!
¡tiernos secretos de infeliz pasión!
¡galanterías de los dulces tiempos
del gay-saber, desconocidas hoy!
-«¡Godofredo! a tu acento cariñoso
se despierta mi muerto corazón;
de sus frías cenizas una chispa
brota del fuego aquel que me abrasó».
-«¡Melisenda! mirándome en tus ojos
vida y sentido recobrando voy;
sólo en mí ser murieron para siempre
humano afán y terrenal dolor».
-«¡Godofredo! primero nos quisimos
en sueños de dulcísima ilusión;
hoy en la fría muerte nos amamos:
¡portento es este del flechero dios!»
-«¡Melisenda! ¡Mi bien! ¿Qué son los sueños?
¿Qué es la muerte? Palabras sin valor.
amor sólo es verdad, y eternamente
me has de amar tú y he de adorarte yo».
-«¡Godofredo! ¡Cuán dulce y deleitoso
es de la luna el tibio resplandor!
Bien estamos aquí; nunca salgamos
a la importuna claridad del sol».
-«¡Melisenda! ¡tú eres, prenda mía,
sol, claridad y ráfaga y fulgor!
Donde estás allí están la primavera
y la luz, y la dicha y la ilusión!»

Así diciendo, las gentiles sombras,
de sala en sala van, juntas las dos,
y a través de la gótica ventana
la luna acecha su vagar veloz.
Hasta que al fin las viejas galerías
inunda y dora el matutino albor,
y en los tapices de flotantes pliegues
escóndese la doble aparición.

El rey Haraldo

En brazos de fada hermosa
yace el noble rey Haraldo;
en el fondo del mar yace,
y los días van pasando.
Ni vivir ni morir puede,
tal la fada lo ha hechizado;
y en ese dulce martirio
lleva ya doscientos años.
La cabeza el rey descansa
sobre el seductor regazo,
y los bellos ojos mira,

sin acabar de mirarlos.
Plata son ya sus cabellos,
su cuerpo está enfermo y flaco;
los pómulos amarillos
saltan de su rostro escuálido.
A veces turban sus sueños
estremecimientos vagos,
cuando bate la borrasca
su cristalino palacio.
A veces oye, allá arriba,
gritos de guerra normandos
y alza los brazos de pronto,
para volver a bajarlos.
A veces mira a lo lejos
marinos que van cantando;
lo que cantan los marinos
glorias son del rey Haraldo.
Y entonces profundo gime,
y la hechicera, al notarlo,
se inclina, y risueña estampa
beso de fuego en sus labios.

Un azraíta

Al jardín todas las tardes,
cuando quiere anochecer,
la hija del sultán hermosa
baja y pasea por él.
Junto a la fuente sonora
detiene el paso tal vez
y los limpios surtidores
ve saltar y oye caer.
Al jardín todas las tardes,
cuando quiere anochecer,
viene el esclavo gallardo,
e impasible se le ve
junto a la fuente escuchando
los surtidores también.
Cada tarde, de su rostro,
es mayor la palidez.
Una tarde la princesa
llega presurosa ante él:
-«¿Cuál es tu nombre? le dice,
tu patria, esclavo, ¿cuál es?
-Arabia me dio la cuna;
llamáronme Mohamet.
Soy de aquellos azraítas
que mueren cuando aman bien».

Fiesta primaveral

¡Cuán tristes, oh Primavera,
cuán tristes son hoy tus goces!
Vírgenes atribuladas
en ansioso tropel corren,
la túnica desceñida,
los cabellos en desorden,
y con ayes lastimeros
«¡Adonis!» gritan «¡Adonis!»
La luz apaga el ocaso,
y ellas, por valles y bosques,
agitando rojas teas,
van buscando y dando voces.
Y entre lágrimas y risas,
y lamentos y clamores,
el eco apesadumbrado
¡Adonis!» repite «¡Adonis!»

El más gallardo mancebo,
el más amoroso joven,
tendido entre rosas yace
helado, lívido, inmóvil;
la púrpura de sus venas
colora todas las flores,
y llena todos los aires
el grito «¡Adonis! ¡Adonis!»

A la madrugada

Esta mañana, lóbrega envolvía
la niebla el arrabal de San Marcelo,
tarda niebla otoñal, pálida y fría,
cual noche clara en despejado cielo.

Envuelto en su penumbra misteriosa,
vagaba yo al azar, cuando asombrado
imagen femenil leve y hermosa
cual rayo de la luna, vi a mi lado.

Cual un rayo apacible de la luna
deslizábase muda, tenue y bella,
no vi en Francia jamás mujer alguna
tan gallarda y airosa como aquella.

¿Era la misma luna, que del carro
nacarado bajó, y al mundo vino,
porque halló, más hermoso y más bizarro,
otro Endimión en el Cuartel latino?

Marché a casa pensando: temerosa

de mi se recataba y se escondía:
sin duda me tomó la casta diosa
por Febo, el boquirrubio, que el sol guía.

Un astro caído

Era un astro, y tan fúlgido brillaba
que a fuerza de brillar cayó del cielo.
¿Qué es el amor, oh niña, me preguntas?
Astro caído en un montón de estiércol.

Como roñoso can, muerto y corrupto,
de podredumbre hedionda está cubierto;
el gallo canta; gruñe y en el fango
su lascivia feroz revuelca el cerdo.

Caiga yo en el jardín, donde las flores
me aguardan ya con impaciente anhelo;
y encuentre allí, como anhelante imploro,
pulcra la muerte y perfumado el féretro.

Una mujer

Se amaban con frenética pasión;
ella era una ramera; él un ladrón;
cuando él fraguaba alguna fechoría,
se echaba ella en la cama, y se reía.

Pasaba el día en huelga y sin afán,
y la noche en los brazos del galán;
cuando se lo llevó la policía,
del balcón lo miraba, y se reía.

Él, de la cárcel, le mandó decir
que no podía sin su amor vivir;
a un lado y otro lado ella movía
la cabeza fisgona, y se reía.

A las seis lo colgaron; al sonar
las siete, lo llevaron a enterrar;
cuando daban las ocho el mismo día,
ella se emborrachaba, y se reía.

La desconocida

Sé que a los jardines regios
de las Tullerías va

todas las tardes la hermosa
rubia, que es mi dulce imán,
y que bajo sus frondosos
castaños la he de encontrar.
La acompañan dos odiosas
damas de madura edad.
¿Son sus tías? ¿son dragones
con femenino disfraz?
Las dos dueñas bigotudas
horrible miedo me dan,
y aun mi corazón inquieto
más miedo me hace pasar;
y así, cuando en los jardines
me cruzo con mi beldad,
ni el más mínimo requiebro
me decido a pronunciar,
y apenas en mis pupilas
arde el interior volcán.
Hoy he sabido su nombre
por pura casualidad;
se llama Laura, lo mismo
que la hermosa provenzal,
por el excelso poeta
amada con loco afán.
¡Se llama Laura!, ¡Qué dicha!
me encuentro en el caso igual
que el Petrarca, cuando ansioso
consagraba a su deidad
de sonetos y canciones
inagotable raudal.
¡Se llama Laura! y lo mismo
que Petrarca, he de gozar
la platónica delicia,
la pura felicidad
de embriagarme en la dulzura
de su nombre celestial.
Al fin y al cabo, Petrarca
no consiguió nada más.

La fortuna

¡Ah, señora Fortuna! inútilmente
desdeñosa te muestras. Tus favores
conquistaré con ánimo valiente
como todos los bravos luchadores.
En la reñida lid caerás domada;
ya forjo el yugo al que serás uncida;
pero al verte a mis plantas desarmada,
siento en el corazón mortal herida.
La roja sangre brota en largo río
y el dulce soplo del vital aliento...

y cuando el triunfo que anhelé, ya es mío,
ceder mis fuerzas y morir me siento.

Alí Bey

Alí Bey, el más heroico
paladín de los creyentes,
en los brazos de una hermosa
disfruta el mayor deleite,
y el mismo Alah poderoso
se complace y goza viéndole
disfrutar del Paraíso
anticipados placeres.
Odaliscas le rodean
bellas como hurís celestes;
una las barbas le riza,
otra le ha ungido las sienes,
otra la cítara pulsa,
baila y canta alegremente,
y el pecho le besa, en donde
todas las delicias hierven.

Suenan trompetas de pronto,
fragor de encontradas huestes,
choque de espadas y alfanjes,
estampidos de mosquetes,
y entre ellos voces que gritan:
-«¡Gran señor, los francos vienen!»
En su caballo de guerra
intrépido monta el héroe;
como en sueños, corre al campo
del combate, porque siempre
de los brazos de su hermosa
los dulces halagos siente,
y mientras caen a sus golpes
cabezas de los infieles,
cual feliz enamorado
sonríe tranquilamente.

Primavera

La corriente resbala brilladora;
cuán vivo es el amor en Primavera!
Teje fresca guirnalda la pastora
y sonríe sentada en la ribera.

Las flores dan al viento su ambrosía;
¡cuán vivo en Primavera es el amor!
-«¿A quién esta guirnalda yo daría?»

¿dice la hermosa llena de rubor?

Un caballero pasa galopando;
la saluda con júbilo al pasar.
La bella lo contempla palpitando,
y una pluma a lo lejos ve ondular.

Arroja al río las brillantes flores,
y prorrumpe en un llanto agobiador.
¡Cómo cantan los tiernos ruiseñores!
¡cuán vivo en Primavera es el amor!